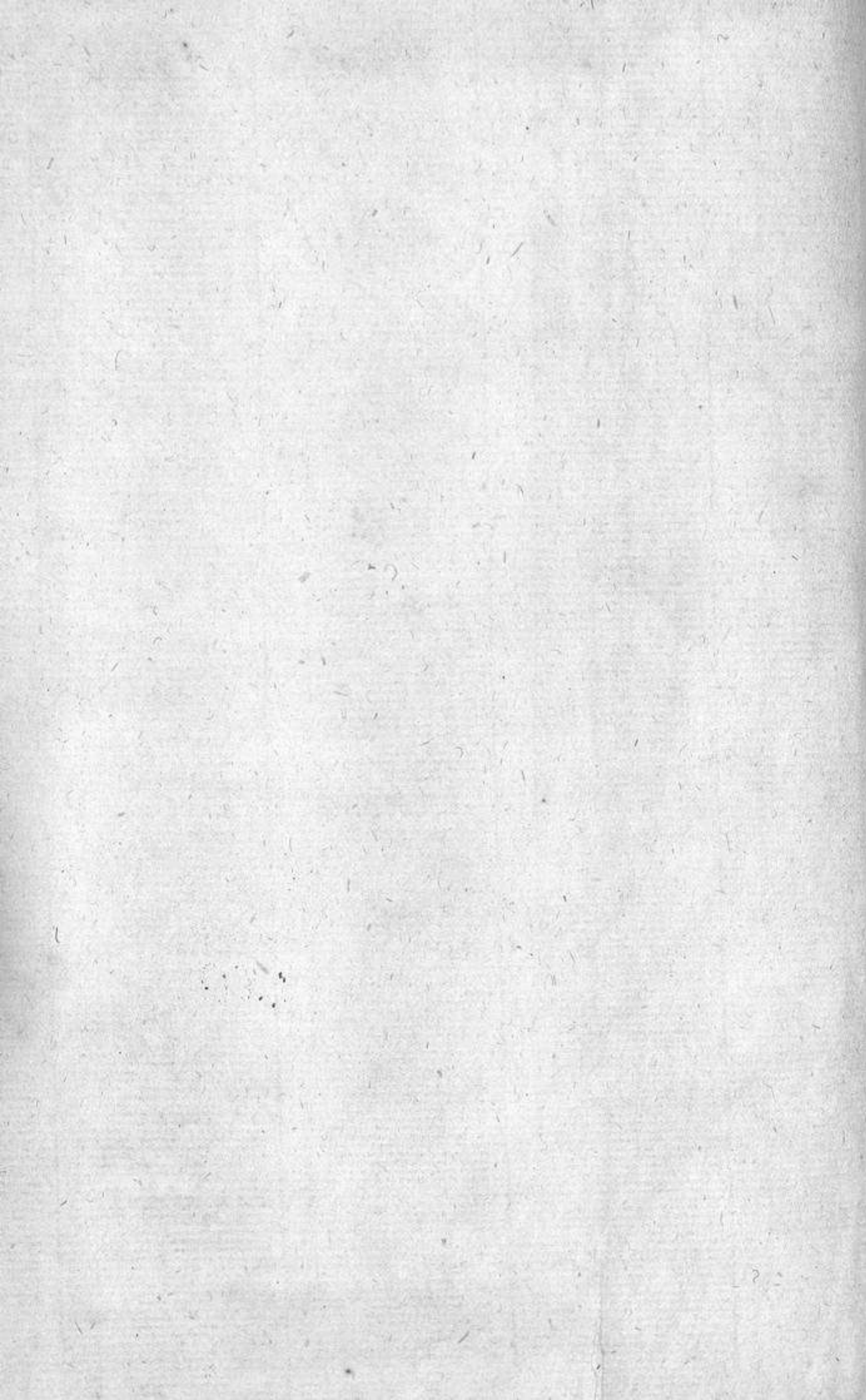


920/30

Ch-1-51





Compendio
Unib. 27-VII-49

COMPENDIO

DE LA HISTORIA

DE ESPAÑA:

POR

D. Gerónimo de la Escosura.

TOMO II.



MADRID: OCTUBRE 1831.

Imprenta de D. LEON AMARITA.

COMPENDIO

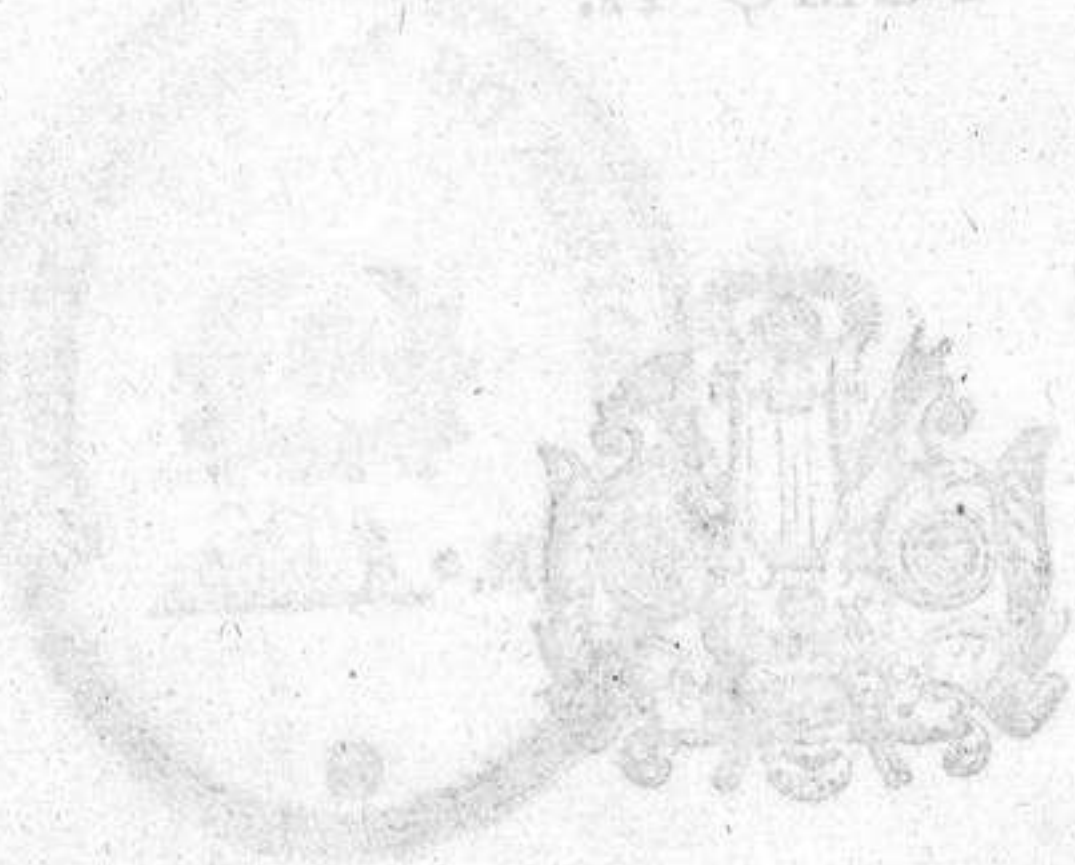
DE LA HISTORIA

DE ESPAÑA:

POR

D. Fernando de Guzman

TOMO II.



MADRID: OCTUBRE 1831.
Imprenta de D. Leon Amalia

COMPENDIO

DE LA

HISTORIA DE ESPAÑA.

CAPITULO 35.

Carlos V de Alemania y I de España.

Vamos á entrar en una época de nuestra historia, en que los acontecimientos se suceden con tal rapidez, y se multiplican de una manera tan simultánea y portentosa, que á pesar de haberme estendido en este capítulo y el siguiente, tal vez mas de lo que convendría á los límites de esta obra, será preciso prestar el mayor grado de atención para no confundirse. Y bien merecen tan corto sacrificio los altos hechos con que los españoles ilustraron este memorable período de nuestras glorias; período, al cual nos

complacemos en volver la vista á cada paso; periodo, á que recurrimos por término de comparacion siempre que se trata de magnanimidad y de heroismo; periodo, cuyo recuerdo no han podido amortiguar los trastornos y extraordinarios sucesos de tres siglos; y periodo, en fin, que ha hecho el nombre español inmortal para siempre.

1516 Volviendo á tomar ahora el hilo de la narracion, diré: que al fallecimiento de Fernando pasó el cardenal Jimenez á Guadalupe, donde estaba el consejo real, á tomar posesion de la regencia de Castilla. Quiso disputársela el dean de Lobaina Adriano de Utrech, en virtud de la comision que tenia del príncipe D. Carlos para gobernar el reino en su nombre; mas despues de una ligera contestacion, que no alteró sus ánimos, se convinieron en gobernar los dos juntamente, dando noticia al príncipe, que se hallaba en Bruselas, del estado del reino, y de lo necesaria que era en él su presencia para mantener la tranquilidad. Era precisa toda la habilidad del cardenal, ademas de sus grandes talentos, para manejarse en la crítica coyuntura en que se hallaban los negocios del reino. Los nobles, aunque re-

primidos por Fernando, eran aun poderosos y esforzados; los fueros y privilegios que gozaban muchas ciudades, les daban grande influencia política en el estado; y aunque el monarca precedente habia puesto coto á la ambicion, era de temer que á su falta rompiese los diques que la habian tenido comprimida por tanto tiempo, y abortase de nuevo el espíritu de faccion.

Trasladada á Madrid la regencia, fue confirmada por el príncipe, con la prevencion de que procediese á proclamarle rey en todo el reino, pues el emperador y el Papa le daban este título. El cardenal juntó el Consejo Real y los grandes; y aunque se promovieron muchos y acalorados debates, por cuanto Doña Juana, si bien no se hallaba en estado de gobernar, no habia sido declarada legalmente incapaz para ello, al fin se convino en que se daría al príncipe el título de rey, poniendo sin embargo en todas las órdenes, edictos y actos públicos, el nombre de la reina antes que el suyo. Proclamado Carlos solemnemente por todas las ciudades y estados del reino, procuró el cardenal afirmarle en el trono contra las pretensiones de la nobleza, con un vigor y energia superio-

res á su avanzada edad. Conociendo que sin el auxilio de la fuerza armada no podria hacerse obedecer, ni reprimir á los que intentasen alterar la tranquilidad pública, ofreció privilegios y recompensas á los que quisiesen alistarse para tomar las armas, les señaló oficiales que los instruyesen en los dias festivos, y formó asi un cuerpo de treinta mil hombres obedientes á su mandado. Alarmados los grandes con esta novedad, que tan contraria podia ser á sus intereses, incitaron á la desobediencia á varias ciudades, siendo Valladolid la primera á resistirse, y siguiendo su ejemplo Burgos y otras muchas. Mantúvose firme el cardenal en medio de esta tormenta, y nombró una comision para examinar el origen de las propiedades de los señores, de las cuales una gran parte provenia de donaciones obtenidas, ó de tierras segregadas de la corona en los tiempos de turbulencia. Como hubiera sido difícil, si no imposible, desentrañar el origen de esta especie de usurpacion, que el tiempo habia legitimado en cierto modo, el cardenal, ateniéndose al reinado anterior, incorporó á la corona muchas posesiones, con que la liberalidad de Fernando habia recompensado á

algunos de sus fieles servidores, y esto produjo las sumas necesarias para la manutencion del ejército.

Por mas admiracion que nos inspiren el genio y los talentos extraordinarios del cardenal, no será fácil justificar su conducta en esta circunstancia; por que en efecto, ¿cómo habria hombres que quisiesen sacrificar su vida por un estado, si el príncipe no tuviese la facultad de recompensarlos, ó si despues de haber encanecido en su servicio hubiesen de perder á su muerte los dones que hubiesen recibido de su mano? Esta injusticia resalta aun mas, por quanto se contrajo al reinado de Fernando, á quien seguramente no se puede motejar de pródigo. ¿Ni qué príncipe tenia mas derechos á premiar, que el que habia cogido el sazonado fruto de los señalados servicios que elevaron la España al alto grado de esplendor á que jamás habia llegado nacion alguna?

Semejantes reivindicaciones no podian menos de escitar la murmuracion y el descontento, señaladamente de la nobleza, que como tan interesada en ellas, trató de apelar de la decision del cardenal á la espada. Mas antes de llegar á este extremo, nombró

algunos individuos de su seno para examinar los poderes, en cuya virtud ejercia el cardenal una autoridad de esta naturaleza. Opúsoseles el testamento de Fernando ratificado por Carlos, y el almirante de Castilla, el duque del Infantado y el conde de Benavente, encargados de este negocio, clamaron altamente contra el abuso que hacia el cardenal de la confianza del rey difunto. Como la conversacion se fuese acalorando, Jimenez los condujo insensiblemente hasta un balcon, desde el cual se veía un cuerpo de tropas numeroso sobre las armas, y un tren de artillería formidable; y llamando su atencion sobre este marcial aparato, «ved aquí, *les dijo*, los poderes con que me ha «revestido S. M. Católica,» y levantando luego la voz continuó: «Con ellos gobierno la «Castilla, y la gobernaré, hasta que vuestro «amo y el mio venga á tomar posesion de «su reino.» Esta firmeza desconcertó á los diputados de los nobles, y sofocó toda idea de revolucion.

Dos guerras que sobrevinieron aumentaron el embarazo del cardenal, y le dieron margen á desplegar de nuevo su penetracion y grandeza de alma. El destronado rey de

Navarra, Juan de Albret, trató de entrar en sus estados durante la ausencia de Carlos, mas hubo de retirarse con precipitacion al acercarse las tropas españolas. Jimenez hizo desmantelar todas las villas y ciudades de Navarra, á escepcion de Pamplona, que por el contrario procuró fortificar de nuevo y poner en estado de defensa.

La espedicion que el cardenal habia enviado contra Hornuc Barbarroja, que de simple corsario se habia hecho rey de Argel, no tuvo tan buen resultado como la de Navarra, por la impericia y descuido de Diego de Vera que la mandaba. Dejóse sorprender por los enemigos, y fue tan completamente derrotado, que quedó muerta en el campo de batalla la mitad de la gente que llevaba, parte del resto prisionera en poder de los infieles, y los pocos que sobrevivieron á la derrota volvieron á España con mucho trabajo y no poca ignominia. El valor y entereza con que se portó Jimenez en este desastre, convencieron á sus contemporáneos de que el temple de su alma era superior al capricho de la fortuna.

La conducta de la corte de Flandes hizo olvidar bien pronto este revés, causando

inquietudes de otra naturaleza mas trascendental, no solo al regente sino á toda la nacion. Chevres, primer ministro y favorito del jóven monarca, si bien reunia grandes cualidades, las oscurecia con la avaricia sordida de que se hallaba poseido. Abusando del favor de su amo, vendia los primeros empleos de España; y los que tenian alguna parte en la administracion, siguiendo su ejemplo, hacian un escandaloso tráfico, vendiéndolo todo al que mas daba. Clamaba Jimenez sin rebozo contra la corrupcion de los flamencos, y representó con eficacia al rey las murmuraciones é indignacion que esta conducta causaba en un pueblo libre y esforzado, suplicándole que viniese sin dilacion á España, á disipar con su presencia la tempestad que se iba levantando en el reino.

1517. Estas representaciones produjeron su efecto. D. Carlos, despues de haber enviado á su ministro Chevres á Noyon, donde estaba la corte de Francia, y de ajustar con Francisco I un tratado sumamente favorable á este monarca, se embarcó en Midlebourg, acompañado de Chevres y otros muchos caballeros españoles y flamencos. Desembarcando luego en Villaviciosa, en el principado de

Asturias, fue recibido con tanto mayor júbilo, cuanto que habia mucho tiempo que suspiraban por la presencia de su soberano. Jimenez, informado de la llegada del monarca, se puso en marcha para salirle al encuentro, pero una enfermedad violenta le obligó á detenerse en Roa. Creció el mal por momentos, y abandonando los negocios mundanos, no se ocupó ya mas que de los de la eternidad, á la cual pasó dentro de breves dias. Fue este grande hombre uno de los mayores políticos de su siglo. Elevado, por su incomparable mérito, de simple religioso á la silla episcopal y á la regencia del reino, se mostró siempre justo, liberal hasta la magnificencia, protector de los talentos y virtudes, y promotor de las letras. En medio de la grandeza, que por su dignidad se veia precisado á ostentar en público, fue tan humilde, que jamás se olvidó de la pobreza en que se habia criado. Llevaba constantemente bajo los vestidos pontificales el hábito de S. Francisco, que componia y repasaba por sus propias manos; no se ponía jamás camisa de lino; no probaba ninguno de los delicados manjares que cubrian su mesa, ateniéndose estrictamente al sencillo ali-

mento prescrito por la regla de su orden; dormía vestido, y el mayor número de veces en el suelo. Empleaba la mitad de las rentas del arzobispado en el alivio de los pobres, y la otra mitad en fundaciones pias. Labró la universidad de Alcalá, fundando y dotando cuarenta y seis cátedras, dejándolas además á su muerte catorce mil ducados de renta. Compuso varios tratados de teología, y escribió la historia del rey Wamba; puso notas á algunos lugares difíciles de la sagrada escritura; reunió un gran número de sábios para trabajar con él en la Biblia Poliglota, que se imprimió por su direccion en Alcalá; publicó igualmente la Liturgia Muzarabe, poniendo doce canónigos y una dignidad en la capilla de Toledo, para que celebrasen conforme á este oficio, y se conservase en aquella iglesia este resto de la antigua disciplina; y por último, imprimió á su costa en Venecia las obras del Tostado, dejando otras muchas fundaciones que prueban el buen uso que hizo de sus rentas. Felipe IV hizo muchas instancias con Inocencio X y Alejandro VII para su canonizacion, que sin embargo no se ha verificado.

El rey, luego que llegó á España, pasó

con su hermana Doña Leonor á visitar á su madre, que estaba en Tordesillas, á donde vino el arzobispo de Zaragoza para informarle del estado del reino de Aragon; pero el ministro Chevres no le dejó ver ni al rey ni á la reina. Confirióse el arzobispado de Toledo á Guillermo de Croy, obispo de Cambray, sobrino de este ministro, lo cual llevaron muy á mal los españoles. El rey de Francia envió á cumplimentar al de España por su advenimiento al trono, y á pedirle que en cumplimiento del tratado de Noyon, restituyese el reino de Navarra á su heredero Enrique de Albret. Estaba Carlos tan distante de pensar en semejante cesion, que se ciñó á dar una respuesta ambigua y oscura. Las córtes que se celebraron en Pamplona, juraron fidelidad á la reina Doña Juana y á D. Carlos, y para mayor seguridad se pusieron gobernadores castellanos en todas las plazas de aquel reino, haciendo salir de él al Cardenal Albret, obispo de aquella diócesis.

En Italia las tropas españolas que guarnecian las ciudades de Bresa y de Verona, las desocuparon conforme al tratado de Noyon, y se pusieron al servicio del duque de Urbino; mas habiéndose quejado el Papa,

el rey las mandó retirar. Ardía la Sicilia en facciones y alborotos, y el monarca envió allí de virey á Hector Pignateli, conde de Monteleon, hombre pacífico y prudente. Levantóse contra él una conspiracion en Palermo, y trataron de asesinarle, con todos sus consejeros, á la hora de las vísperas. Informado el virey de esta trama, se encerró en su palacio, en el cual le prendieron sin embargo los facciosos, despues de haber degollado á muchos ciudadanos distinguidos. Guillermo de Vintimilla, señor de Ciminica, muy estimado del pueblo, se encargó de contener estos desórdenes, y unido con otros muchos señores se arrojó sobre los facciosos en la iglesia al tiempo que oían la misa, y quitando la vida á los principales de ellos se restableció la tranquilidad. Preparábase entonces en Alemania el incendio que la heregía de Martin Lutero, hombre fogoso no menos que osado, causó en la mayor parte de la Europa, al mismo tiempo que el descontento promovía en España la confederacion que tantos males derramó sobre ella. Uniéronse las ciudades para pedir al rey la reforma de muchos abusos perjudiciales á la nacion y contrarios a las le-

yes del reino, y enviáronle á Aragon, donde á la sazón se hallaba, sus representaciones, que no fueron atendidas.

1519. Trasladado el monarca á Barcelona, y proclamado en la forma acostumbrada por las córtés de Cataluña, renovó el rey de Francia sus reclamaciones sobre la restitucion del reino de Navarra. Remitióse la discusion de este negocio á un congreso en Mompeller entre los plenipotenciarios de ambas partes, y nada se concluyó, porque ninguno de los dos monarcas quiso ceder de su derecho. Vino á animar la rivalidad que existia entre ellos la muerte de Maximiliano, á cuya corona imperial aspiraron entrambos, y que al fin fue conferida en Francfort á Carlos por los electores, y confirmada por el Papa.

1520. Antes que el monarca dejase á Barcelona, empezaron los valencianos á alborotarse contra las injusticias y vejaciones de la nobleza. Armadas las hermandades de las artes y oficios, y unidas entre sí bajo el nombre de *germania*, pusieron en tal aprieto y peligro las vidas y haciendas de los nobles mas principales, que hubieron de representar al rey los males que les amenaza-

ban, si se continuaba al populacho el uso de las armas que se le habia concedido ; mas no pudieron conseguir que se revocase la gracia. Juró el rey la observancia de las leyes y privilegios de Valencia, convocó las córtes, y envió al obispo de Tortosa para presidirlas; pero no habiendo querido, ni el estado eclesiástico ni la nobleza consentir en nada, porque el rey no las presidia en persona, se irritó, y confirmó á los agermanados todos los privilegios que les habia otorgado, con lo cual se aumentaron las turbulencias.

Resuelto el rey á pasar á Flandes, convocó las córtes de Castilla en Santiago de Galicia, cosa que jamás se habia practicado. Esta novedad, unida al disgusto de su partida, acabó de llenar la medida del descontento que habian propagado por todo el reino los ministros flamencos, confiriendo los honores y dignidades á los extranjeros, y haciendo un vil y escandaloso tráfico de los empleos, que solo se conseguian á fuerza de oro. Salió D. Carlos de Barcelona para Valladolid, donde se le presentaron los diputados de Toledo y Salamanca, á los cuales no quiso dar audiencia, con el pretesto de que estaba para partir al dia siguiente. Esto, y el

haberse corrido la voz de que el rey se llevaba la reina consigo, produjo tal conmocion en el pueblo, que el monarca tuvo que salir de la ciudad á caballo, y no sin peligro, atravesando por entre los sediciosos, en medio de una crecida lluvia. Llenóse la corte de terror, y los ministros apelaron á la fuga para librarse del furor del pueblo. Castigados algunos de los amotinados, y perdonados los demas, por suponerse que este desorden habia nacido del demasiado afecto que tenian al soberano, continuó este su viage á Galicia. Las córtes de Santiago fueron tumultuosas, porque los diputados de Toledo se opusieron abiertamente á las pretensiones del rey; mas desterrados estos, y trasladadas aquellas á la Coruña, consiguió el monarca un subsidio de doscientos millones de maravedises, si bien protestaron contra este don gratuito las ciudades de Madrid, Córdoba, Toro, Salamanca, Toledo, Murcia y algunas otras. El rey nombró regente de los reinos de Castilla y Leon al cardenal Adriano con el consejo de la chancillería de Valladolid, y capitán general á D. Antonio Fonseca; puso el reino de Aragon en manos de D. Juan de Lanuza, y el de Valencia en las de D. Diego

de Mendoza, conde de Melito. El nombramiento de Adriano ofendió altamente á los castellanos, por ser extranjero, y aunque suplicaron al rey que nombrase otro, no pudieron conseguirlo.

Embarcóse luego en la Coruña con sus ministros el 21 de mayo, y llegó en seis dias al puerto de Sandwich, en Inglaterra, donde fue recibido por el cardenal Wolsey. Temia Carlos los resultados de una conferencia que debia tener el rey de Inglaterra Enrique VIII con el rey de Francia, entre Guignes y Ardres, y procuró atraer al primero á su partido. Valióse para esto del cardenal Wolsey, ministro y favorito de Enrique, y le señaló una pensión de siete mil ducados, lisonjeando ademas su ambicion con la promesa de que apoyaria su elevacion á la silla apostólica, cuando Leon X la dejase vacante. El cardenal, agradecido á estas demostraciones, aseguró al rey de España su celo y devoción, y obtuvo de Enrique la palabra de que terminada su conferencia con Francisco I, iria á visitar á Carlos á los Países-Bajos. Partió para ellos al cabo de cuatro dias, y llegó á Flesinga, desde donde pasó algunas semanas despues á Gravelinas, en cuya ciu-

dad habia de recibir la visita del rey de Inglaterra. No desplegó Carlos el aparato que Francisco I habia ostentado en Guignes, pero puso mas atencion á sus intereses políticos. Lisonjeó á Enrique, ofreciéndole remitir á su decision las contestaciones que pudiesen suscitarse en adelante entre él y el rey de Francia; y por medio de esta deferencia, que manifestaba la alta opinion que tenia del mérito de Enrique, le hizo olvidar las promesas que habia hecho á Francisco I pocos dias antes.

Pasando luego á Aix-la-Chapelle, lugar destinado para su coronacion, se verificó esta con toda la pompa y aparato que los alemanes solian desplegar en tal ceremonia, y en medio de la asamblea mas numerosa que se habia visto hasta entonces. La satisfaccion del monarca español debió haber llegado al colmo, al contemplar los vastos dominios sujetos á su autoridad. La Alemania acababa de reconocerle por gefe del imperio, bajo el nombre de Carlos V, asi como bajo el de Carlos I gozaba ya por título de herencia de los reinos de Castilla, Aragon, Granada, Nápoles y Sicilia, como de la Austria y de los Países-Bajos. Los límites del mundo co-

nocido parecía que se iban ensanchando para ponerle en posesion de los tesoros del nuevo mundo. El mismo año que vió á Carlos investido de la púrpura imperial, fue testigo de la vasta y rica conquista del imperio mejicano, hecha por el célebre Hernan Cortés; pero todas estas ventajas no estaban exentas de graves inconvenientes, porque hallándose los estados del emperador muy distantes del lugar de su residencia, y separados los unos de los otros, era muy difícil ejercer la autoridad, con el vigor que convenia, sobre súbditos, entre quienes la diversidad de usos y costumbres, leyes é idioma, engendraba á veces el odio, y alimentaba siempre los celos y la envidia.

Su ausencia de España aceleró la esplosion que habia ido preparando el descontento. Toledo y otras ciudades corrieron tumultuosamente á las armas, ligándose entre sí bajo el nombre de *comunidades*, y poniendo al frente á Fernando Dávalos, y á Juan de Padilla, jóven de treinta años, de genio vivo y fogoso, casado con Doña María Pacheco, hija del conde de Tendilla. Depusieron á los ministros de justicia y otros empleados, cometiendo todo linage de excesos, y sembrando

do por todas partes la anarquía y el desorden. Los habitantes de Segovia, sin oír al procurador de córtes Tordesillas, que intentaba justificar su conducta en las que se habían celebrado en Galicia, le arrastraron por las calles, llenándole de injurias y denuestos, y sin darle tiempo para recibir los auxilios de la religion, le colgaron de los pies. Burgos, Zamora y otras muchas ciudades se vieron agitadas del mismo espíritu de resentimiento. Tembló Adriano al ver los progresos que hacia la insurreccion, y en el consejo opinaban unos que se debía atajar el mal por medio de la fuerza, mientras que otros consideraban el riesgo á que se esponian llevando el pueblo á la desesperacion por un rigor intempestivo. Adriano, naturalmente dulce, se inclinaba á la clemencia; pero el deseo de hacer respetar la autoridad de su amo, y las persuasiones del arzobispo de Granada, prelado justo y severo, le obligaron á obrar contra su opinion. Envió al alcalde Ronquillo con tropas á Segovia para castigar á los revoltosos, mas atacado de improviso por Padilla, que habia venido á socorrer aquella ciudad con un grueso destacamento, tuvo que retroceder y replegarse.

No por eso creyó Adriano que debía retroceder en sus medidas, antes bien mandó al capitán general Fonseca que pasase á sitiarse á Segovia; y habiendo ido á Medina del Campo á proveerse de la artillería necesaria, los habitantes se negaron á entregársela. Irritóse el general, y atacólos, poniendo fuego á la villa, que defendieron no obstante con valor, obligándole á retirarse. Los habitantes de Valladolid, á quienes la presencia del regente habia contenido hasta entonces, indignados contra la conducta de Fonseca, y talvez resentidos de haber perdido en el incendio de Medina los géneros y efectos que tenían allí depositados para la feria de Segovia, le quemaron la casa, y cometieron otros varios excesos. Cundió el fuego de la insurrección por las ciudades de Andalucía y Galicia, y en todas ellas se apoderó el populo del gobierno, deponiendo á los magistrados y empleados, y sustituyendo en su lugar á los hombres mas osados y perversos.

Reunióse en poco tiempo un fuerte ejército, y el primer cuidado de Padilla, á quien nombraron generalísimo, bien asi como el de otros gefes populares, fue el de formar una junta en Avila, compuesta de los repre-

sentantes de las ciudades que habian tomado las armas, que eran casi todas las que tenían voto en córtes. Obligáronse, bajo juramento, á vivir y morir en servicio de su rey, y á defender sus privilegios, y luego empezaron á tratar de los negocios del estado, atacando el nombramiento de un extranjero para la regencia de Castilla, como una infraccion de las leyes fundamentales del reino. Mientras que trataban de enviar una diputacion á Adriano, para que cesase en el ejercicio de una autoridad que miraban como ilegal, pasó Padilla á Tordesillas á informar á la reina de todos los males que afligian al estado. Esta señora, saliendo, por decirlo así, como de un profundo letargo, dijo: «que no se la podia culpar en nada, pues ni aun «habia oido hablar de la muerte de su padre;» y añadió: «hasta que pueda remediar eficazmente los males de que os quejais, procurad hacer todo lo que convenga al bien público.» Estas palabras, que dieron alguna esperanza de que la reina recobraría la razon, fueron trasladadas por Padilla á la junta de Avila, á la cual invitó á que pasase á Tordesillas. Recibió la reina con beneplácito las felicitaciones y esposicion que los diputados

pusieron en sus manos; pero volvió á caer bien pronto en su ordinaria melancolía, sin que se la pudiese persuadir á que autorizase por escrito á persona alguna para el despacho de los negocios.

Bien conoció la junta cuánto perdía en esto, y así procuró ocultarlo, continuando las deliberaciones en nombre de la reina, y manteniendo en el pueblo el gozo natural que habia experimentado con la supuesta nueva de la mejoría. Los comuneros, preva- liéndose del nuevo poder y crédito que por esta suposicion habian adquirido, enviaron á Padilla á Valladolid para que recogiese los sellos reales, como lo ejecutó, despojando á Adriano de su autoridad, pero permitiéndole vivir como particular. Escitados despues los habitantes de esta ciudad, por los discursos de un religioso fanático que habia enviado allí la junta, fueron á prender á los consejeros de estado, asesinando á los que no quisieron seguir su partido, y saqueando las casas de los ricos. Comunicóse el desorden á los otros pueblos, y en todos ellos fueron sacrificados al odio de estos furiosos las personas que habian incurrido justa ó injustamente en su desagrado.

Informado el emperador de todas estas calamidades, escribió á las ciudades confederadas que volvería pronto á España, exhortándolas mientras tanto á la quietud y tranquilidad, y nombrando por adjuntos á la regencia al condestable y al almirante de Castilla. Trasladáronse los regentes á Burgos, y aunque algunas ciudades se sosegaron, la mayor parte persistió en la rebelion, continuando el estado en el mayor desorden. En el mismo Burgos se encendió la sedicion de nuevo, teniendo que huir el condestable con su familia para librarse del furor de los facciosos. Estos, con la capa del interés comun, no buscaban, como sucede siempre, sino el suyo particular, y los nobles mismos se valian del furor del populacho para vengarse de sus enemigos. Conservaron Adriano y sus compañeros en medio de esta deshecha tormenta la mayor tranquilidad, tomando las providencias mas vigorosas para salvar el estado. Los nobles, cuyo resentimiento con respecto á la eleccion de Adriano se habia ido apagando desde el nombramiento del almirante y el condestable para la regencia, mas ofendidos de las desmedidas pretensiones de los comuneros, que

de las prerrogativas de la corona, abrazaron el partido del monarca, y reunieron sus vasallos para defenderle. Con este auxilio, las tropas que les envió el virey de Navarra, y el empréstito de cincuenta mil ducados que les hizo el rey de Portugal, reunieron los regentes en Rioseca un numeroso ejército, á cuya frente pusieron al conde de Haro. Los diputados de los comuneros, que se hallaban en Tordesillas, pidieron socorro á las otras ciudades para la defensa comun; y Antonio de Acuña, obispo de Zamora, que era uno de los revolucionarios mas exaltados, puesto á la cabeza de un cuerpo considerable, fue de los primeros que llegaron, haciendo que se nombrase por generalísimo del ejército á D. Pedro Giron, con harto disgusto de Padilla y de los otros capitanes. Los realistas, que eran superiores en número y disciplina, acometieron y tomaron á Tordesillas, haciendo prisioneros á muchos de los comuneros. Enviaron estos una diputacion á Portugal, ofreciendo casar á la infanta Doña Catalina con el príncipe D. Juan, si se les auxiliaba; mas aquel monarca, despreciando estas ofertas, y afeándoles su conducta, se prestó únicamente á ser mediador de la paz

entre ellos y el emperador. Volvieron entonces los ojos al duque de Calabria, y trataron de casarle con la reina para tener un jefe respetable, y librarse de la nota de rebeldes. D. Pedro Giron, arrepentido de estar al frente de los sediciosos, abandonó su partido, á persuasión del condestable, y del almirante, con quienes mantenía secreta correspondencia. Sucedióle Padilla en el mando de los comuneros, y procurando reunirlos y restablecer el orden, empezó á hostilizar á los realistas, con pocas ventajas, y graves daños para los pueblos. Los agermanados de Valencia atacaron al mismo tiempo con atroz encarnizamiento á la nobleza, apoderándose de la capital y del gobierno, y obligando al virrey á salir de ella con la mayor parte de los nobles, que fueron perseguidos por todos los pueblos de aquel reino.

El emperador, al dia siguiente de haberse coronado en Aquisgran, sentado en su trono, renunció á presencia de los electores en favor de su hermano D. Fernando los estados que por la sucesion de su padre poseia en Alemania. Celebró despues en Wormes la dieta del imperio, en la cual denunciados por el legado del Papa los errores de

Lutero, fueron condenados por un edicto público, quemados sus libros, y desterrados el heresiarca y sus adherentes.

1521. Continuaba la guerra civil en Castilla con el mayor furor, encendiendo Padilla por todas partes con sus discursos y escritos el fuego de la discordia. Vino á aumentar la audacia de los comuneros una carta interceptada, que escribía la regencia al emperador, diciéndole: «*que los comuneros*
«*no obraban tanto por espíritu de rebelion,*
«*como por el deseo de ser gobernados con jus-*
«*ticia y moderacion, segun lo habian sido en*
«*el reinado de su abuelo: que los señores le*
«*servian, no por amor y fidelidad, sino por*
«*sus propios intereses, con el fin de abatir á*
«*los comuneros, y hacerse ellos necesarios:*
«*que los ministros que tenia cerca de su per-*
«*sona habian causado todos los males por su*
«*avaricia; y que mientras se gobernase por*
«*sus consejos, no cesarian las calamidades*
«*que afligian á la España. Y asi que eran de*
«*parecer que S. M. accediese á las peticiones*
«*justas de sus reinos, para que se restablecie-*
«*ra pronto la paz y la tranquilidad.*»

Los regentes, atentos siempre á quebrantar las fuerzas de los facciosos, intimaron á

Valladolid que se sometiese al soberano, amenazándola con todos los horrores de la guerra, si persistia en su obstinacion; pero los habitantes, lejos de intimidarse, contestaron que estaban resueltos á sostener con las armas la justicia de su causa. D. Pedro Laso, que era uno de los capitanes, temiendo las funestas consecuencias de esta resolucion, se pasó al partido de los realistas, mientras que Padilla se apoderaba de Torrelobaton, y entregaba este pueblo al pillage. Procuró el almirante reducir á Padilla á la obediencia del rey, ofreciendo á su muger partidos muy ventajosos que despreció con el mayor orgullo, con lo que se puso en marcha el conde de Haro para atacar á los facciosos, antes que aumentasen sus fuerzas. Como Padilla no habia recibido aun los socorros que esperaba de las ciudades confederadas, se retiró á Toro, seguido de cerca por el conde de Haro, que le alcanzó el 23 de abril en Villalar. Conocia Padilla la superioridad de número y disciplina de sus contrarios, y rehusaba aventurar á la suerte de una accion el éxito de su empresa; mas el conde habia tomado tan bien sus medidas, que despues de haberle cercado por todas partes, le acometió con el mayor ím-

petu, y en un momento le derrotó, quedando el campo cubierto de cadáveres, y prisioneros Padilla, Francisco y Pedro Maldonado, Juan Bravo y otros muchos capitanes. Los regentes, queriendo hacer un escarmiento, para que los que se habian mostrado sordos á la voz de la dulzura y la persuasion, cediesen al terror y severidad del castigo, mandaron ajusticiar inmediatamente á Padilla y á dos de sus compañeros, como se ejecutó al dia siguiente, y perdonaron á los demas. Despues de esta derrota, pidieron gracia la mayor parte de las ciudades, y entraron en la obediencia, dando Valladolid el ejemplo. Publicóse una amnistía general, esceptuando de ella á los autores y cabezas de la rebelion, los cuales luego que fueron presos, perdieron la vida en los cadalsos, y con esto se restableció la calma.

Solo los de Toledo continuaron en su obstinacion, inflamados por la viuda de Padilla, que llena de furor encendia el fuego en todos los ánimos, tomando el mando de la ciudad, y protestando defenderla hasta quedar sepultada en sus ruinas. Para mantener la admiracion y entusiasmo, que su varonil espíritu y la memoria de su marido

infundian en el pueblo, apeló á todos los ardides que su sagacidad pudo inventar. Alis-
tó gente, arrancó á los canónigos un em-
préstito forzoso, mandó que las tropas lle-
vasen crucifijos en lugar de banderas, como
si fuesen á combatir á infieles y enemigos
de la religion, andaba por las calles ense-
ñando á su hijo de tierna edad, vestido de
luto, y precedido de un estandarte, en el
cual estaba pintado el suplicio de su padre,
y con estos y otros artificios mantuvo duran-
te seis meses los ánimos en continua agita-
cion, defendiendo la ciudad con teson, y ar-
rollando á los realistas con frecuentes salidas.
Cuando el ascendiente que tenia sobre la
multitud se fue debilitando, por las persua-
siones del clero, se retiró á la ciudadela, en
donde se resistió con valor durante otros
cuatro meses, hasta que no pudiendo ya
prolongar la defensa, se escapó disfrazada
á Portugal. El obispo de Zamora fue preso
algun tiempo despues, y conducido al casti-
llo de Simancas, en donde asesinó al alcay-
de para librarse de la prision, pagando en un
patíbulo este atentado.

Aunque el espíritu de rebelion que habia
agitado la Castilla no dejó de propagarse al

Aragon, la prudencia de D. Juan de Lanuza impidió que degenerase en una insurrección positiva. Pero el reino de Valencia sufrió las convulsiones mas violentas, y fue sangriento teatro de las atrocidades mas inauditas. Los agermanados, menos movidos del espíritu de oposición á la autoridad regia, que arrastrados por el ansia de la rapiña, y por el odio implacable á los nobles, arrojaban á estos de las ciudades, saqueando sus casas, asolando sus tierras, y atacando sus fortalezas. Sus juntas, así como las tropas, estaban dirigidas por artesanos de la ínfima clase, que habian ganado la confianza de la multitud, por la ferocidad de su celo y la atrocidad de sus hechos. Sostuvieron sin embargo la guerra con mas valor y perseverancia de lo que se podia esperar de una gente sin disciplina, mandada por gefes ineptos. Pero cuando la derrota de Padilla facilitó á los regentes los medios y oportunidad de reforzar el ejército del conde de Melito, que mandaba las tropas de los señores de Valencia, la germanía, no hallándose ya en estado de resistir, fue deshecha, sus gefes condenados al suplicio, y restablecido el antiguo gobierno, sucediendo una completa calma á la tempestad que por tan largo tiempo habia sufrido la España.

Como el mal ejemplo cunde y se propaga siempre mas que el bueno, un tundidor de Mallorca, llamado Crespi, habia escitado tambien la sedicion en esta isla, poniéndose al frente de los alborotados, y haciéndoles adoptar las mismas medidas que los *agermanados* de Valencia. Abrió las cárceles á los delincuentes, corrió por toda la isla saqueando, robando, y asesinando con diabólico furor á cuantos individuos de la nobleza caían en sus sangrientas manos. Sitió Crespi con sus furiosos satélites la villa de Alcudia, que fiel al soberano era el asilo de la nobleza y de la lealtad; dióla varios asaltos, que no solo rechazaron con valor los sitiados, sino que en una salida que hicieron fueron los facciosos completamente derrotados, dejando el campo cubierto de cadáveres y huyendo con ignominia. Para lavar esta afrenta, vueltos á Mallorca degollaron á los mejores ciudadanos, y ahorcaron á su general Crespi, atribuyéndole su derrota.

A las calamidades de la guerra civil que affligian la España, se añadió otra nueva con la agresion que á favor de ellas intentó la Francia. Cuando Francisco I aspiraba juntamente con Carlos V á la corona imperial, le

dijo con aquel buen humor y galantería que le eran peculiares: *los dos pretendemos á una misma dama: el que la alcance será sin duda el mas dichoso; pero el otro deberá conformarse con su suerte.* A pesar de tan pacíficas disposiciones, no pudo Francisco I menos de resentirse de la preferencia que habia obtenido su rival, y esto solo bastaba para fomentar entre ellos la discordia. El honor y el interés exigian tambien que el rey de Francia tratase del restablecimiento de la familia de Albret en el trono de Navarra, y que no abandonase absolutamente sus pretensiones al reino de Nápoles, usurpado por Fernando, á pesar de la garantía de los tratados. Carlos V por su parte podia reclamar el condado de Milan como un feudo del imperio, ademas de que consideraba la Borgoña como el dominio patrimonial de sus predecesores, del cual habian sido privados por la injusticia de Luis XI. Era difícil que con tantos motivos para hacerse la guerra se conservase la paz entre estos dos monarcas. Francisco, abrazando la oportunidad que le ofrecian las facciones que devoraban la España, invadió en nombre de Enrique de Albret la Navarra, con un cuerpo de tropas

considerable á las órdenes de Andrés de Fox, que se apoderó de Pamplona, y embistió á Logroño. Acudieron los españoles á la defensa, forzaron á los enemigos á levantar el asedio, y en una reñida batalla dada en el llano de Esquirós los destruyeron, haciendo prisionero al general y la mayor parte de los oficiales.

El rey de Francia habia inducido al mismo tiempo á Roberto de la Mark, duque de Bouillon, que acababa de perder un pleito contra Carlos V en el consejo de Gante, á que entrase con sus tropas por el ducado de Luxemburgo, inmediato á sus estados. El emperador, conociendo de donde salia el tiro, se determinó á hacer guerra abierta á la Francia. Ajustó al efecto con Leon X un tratado de alianza, cuyos principales artículos se reducian á que el Papa y el emperador se unirían para arrojar á los franceses del Milanesado; que se pondria á Francisco Sforcia, hijo de Luis el Moro, en posesion de este ducado; que los de Parma y Plasencia se restituirían al estado eclesiástico, al cual habian sido arrebatados; y que el emperador ayudaría al Pontífice en la conquista de Ferrara. Cuando Chievres, que no suspiraba mas que por la paz, tuvo noticia de este tratado hecho sin

su conocimiento, creyó haber perdido el ascendiente que por tan largo tiempo había tenido sobre su soberano, y el sentimiento le condujo al sepulcro. Su muerte libró al emperador de un ministro que le embarazaba, y desde entonces pudo ya obrar por sí solo, y con arreglo á sus propias ideas. Invadió La Mark el Luxemburgo, pero el emperador acometiendo sus estados le redujo á implorar el perdón. Haciendo despues presente á Enrique VIII de Inglaterra que Francisco I había sido el agresor en esta lucha, concluyó en Brujas un tratado con aquel monarca, que se convino en invadir las provincias meridionales de la Francia, mientras que Carlos atacase la Picardia.

Continuaba al mismo tiempo la guerra de Italia; mas al cabo, sorprendiendo el marques de Pescara á Milan, y reduciendo Próspero Colona á Parma y Plasencia, los franceses, dueños poco antes de casi toda la Italia, se vieron reducidos al castillo de Milan, la ciudad de Cremona, y algunos otros fuertes de poca consideracion.

1522. Suspendidas las operaciones por el fallecimiento del papa Leon X, la eleccion de Adriano de Utrech, regente de Casti-

lla, dió nuevo vigor á la coalicion; y renovada la guerra en el Milanésado, despues de varios encuentros, ya prósperos ya adversos, se sometió todo este ducado, á escepcion de la ciudadela de Cremona, á la autoridad de Francisco Sforzia, mientras que Colona establecía la del emperador en Génova.

Francisco I, desairado por la fortuna en Italia, habia traído de nuevo la guerra á España en el año anterior, invadiendo la Navarra, y apoderándose de Fuenterrabía. Aunque Carlos V estaba resuelto á volver á la Península, donde tan necesaria era su presencia, motivos políticos le obligaron á visitar al rey de Inglaterra su aliado. Despues de haber dejado por vicario del imperio á su hermano el infante D. Fernando, y por gobernadora de los Países Bajos á Doña Margarita su tia, pasó á Inglaterra. Detúvose seis semanas en Londres; recibió la orden de la Jarretiera, como la llamaban nuestros antiguos, que viene á ser como una liga; lisonjeó segunda vez al cardenal Wolsey con una pension y la esperanza de la tiara; y habiendo visto á la flota inglesa dar la vela á las órdenes del conde de Surrey para ir á hostilizar las costas de la Normandía, continuó su

viage á España, y desembarcó en Santander el 16 de julio de 1522.

Partió Adriano para Roma, á tomar posesion de la silla Apostólica, inmediatamente despues de la llegada del emperador, que desde luego dedicó todos sus cuidados á cicatrizar las profundas heridas que las pasadas facciones habian abierto en todos los reinos de España. El primer acto de su gobierno fue una amnistía, medio prudente y generoso, que desvaneció de un golpe todo el temor que su presencia podia inspirar á los vasallos. Despues de una rebelion tan general, apenas fueron castigadas veinte personas con la pena de muerte, por mas que el consejo exhortaba al monarca á que estendiese el castigo. Solo escluyó de la amnistía ochenta, y aun esta escepcion no tenia mas objeto que el de intimidar á los otros, pues Carlos, lejos de tomar medida alguna para prender á los culpados, como uno de sus cortesanos le quisiese descubrir el asilo en donde estaba oculto un proscripto, el príncipe le contestó con una sonrisa amarga: «mejor «hariais en decir á ese hombre que yo es- «toy aquí, que no á mi donde él está; yo «nada tengo que recelar de su parte, y él lo

«tiene que temer todo de la mia.» Esta prueba de magnanimidad, el respeto que guardó constantemente á su madre, y el cuidado con que procuró acomodarse á los usos de Castilla, le grangearon tal y tan grato ascendiente sobre los corazones, cual ningun otro monarca le habia obtenido hasta entonces. Su conducta arrastró tras sí la admiracion y el amor de todos los españoles.

No tardó mucho tiempo el emperador en poner su celo y sumision á prueba. Obtuvo de los estados de Castilla un donativo gratuito de cuatrocientos mil ducados, con los cuales pudo reforzar el ejército del marques de Pescara con nuevas tropas. Contaba á demas con las relaciones que habia entablado con el duque de Borbon, condestable de Francia, á quien Francisco I, inducido por su madre Luisa, que aborrecia la casa de Borbon, no dejaba de mortificar en cuantas ocasiones se le presentaban. Quitóle primero el gobierno de Milan; suspendió despues el pago de sus pensiones; desechó con desprecio sus consejos sobre una operacion que se verificó en las orillas del Escalda, y á mayor abundamiento le hizo la afrenta de deponerle del mando de la vanguardia á presencia del

ejército. Tantas injurias reunidas agotaron al fin toda la paciencia de Borbon, y estaba ya en correspondencia con el emperador, cuando otro nuevo agravio le animó á la venganza, y le determinó á abjurar para siempre la fidelidad que debia á su soberano. La muerte de la duquesa su esposa produjo una mudanza repentina en Luisa, que á pesar de contar ya cuarenta y seis años, no era impenetrable á las impresiones del amor. Apasionóse de Borbon, y le hizo algunas insinuaciones que fueron despreciadas, con lo cual su aficion se convirtió en un odio implacable. Trató Luisa de vengar un agravio, que jamás perdonan las mugeres, y no le fue difícil privar á Borbon judicialmente, á lo menos en las formas, de los bienes que gozaba por su difunta esposa. Una persecucion tan obstinada acabó de exasperarle y ponerle enteramente á la devocion del emperador, que le ofreció en casamiento su hermana Leonor, viuda del rey de Portugal, y le asignó la Provenza y el Delfinado con el título de rey en el tratado que hizo con Enrique VIII sobre la conquista de la Francia. Obligábase en él el emperador á entrar en este reino por los Pirineos, y Enrique á invadir la Pi-

cardia al frente de los flamencos, mientras que Borbon recibiría un cuerpo de alemanes en la Borgoña, para penetrar con ellos y sus vasallos en el centro del reino. La muerte de Adriano, á quien sucedió el cardenal Medicis, bajo el nombre de Clemente VII, no solo no impidió la ejecución de este tratado, sino que los ingleses en consecuencia de él marcharon á la Picardia y penetraron hasta las orillas del Oise, á once leguas de París. Salióles al encuentro el famoso duque de Vandoma, y les obligó á retroceder, picándoles siempre la retaguardia el mariscal de Latremouille hasta las puertas de Calais. Para favorecer las armas inglesas habian entrado los españoles en la Guyena, y los alemanes en la Borgoña, siendo aquellos rechazados por el mariscal de Lautrec, y los últimos por el duque de Guisa. En Italia, Colona, campando detras del Tesino á la cabeza de las tropas aliadas, descuidó un vado, por el cual pasaron los enemigos, obligándole á replegarse sobre Milan. Atacó esta plaza Bonnivet, general en gefe del ejército francés, pero la resistencia que le opuso, y la inclemencia de la estacion le forzaron á retirarse á cuarteles de invierno.

1524. Abrióse la campaña siguiente por el sitio de Fuenterrabía, que ocupaban los franceses hacía dos años, y hubieron de rendir á los españoles. El ejército combinado de Italia, teniendo á su cabeza al duque de Borbon y al marques de Pescara, despues de varios encuentros funestos siempre para sus enemigos, los obliga á desocupar el Milanesado. Borbon atreviesa los Alpes con diez mil hombres, y pone sitio á Marsella; pero el rey de Francia no solo le fuerza á retirarse precipitadamente á la Italia, sino que, pasando los Alpes por el monte Cenis, se apodera de Milan y pone sitio á Pavía. Defendia esta plaza Antonio de Leiva, capitan célebre, no menos por su valor y esfuerzo, que por su genio emprendedor y activo. Entretanto el marques de Pescara sorprende á Melza, depósito de los víveres y pertrechos de los enemigos, y se apodera de Mariñan, pasando la guarnicion á cuchillo. Confederóse entonces el Papa secretamente con la Francia, induciendo á los venecianos á entrar en la liga. Pavía, despues de tres meses de sitio, se hallaba reducida á la mayor estremidad por la escasez de víveres y municiones de guerra, cuando doce mil alemanes entra-

ron en la Lombardía, y se reunieron á los aliados en el campo de Lodi. Trataron entonces estos de atacar á los franceses en sus trincheras delante de Pavía, y hallaron una terrible oposicion, pues el ejemplo del esforzado monarca que se hallaba al frente, redoblabá el valor y corage de los soldados. Derribó Francisco de un golpe de lanza al marques de Santangel en tierra, y mostró inclinarse á su lado la victoria. Mas el marques de Pescara alentando á los suyos, y Antonio de Leiva saliendo de la plaza con la guarnicion, cargaron sobre el enemigo con el mayor ímpetu, sembrando por todas partes el terror y el espanto. La caballería imperial desordenó la de los franceses, haciéndose general la derrota en un instante, y cesando la resistencia por todas partes, menos en el punto en que el monarca disputaba con teson la victoria. Cubierto de heridas, y desmontado, se defendió aun con valor heróico, pero al cabo hubo de ceder á la adversa fortuna, y entregar la espada al virey de Nápoles Launoy, que recibéndola con el mas profundo respeto le presentó la suya. La victoria de los imperiales fue tan completa, que quedaron tendidos en el campo de batalla diez mil enemi-

gos, entre los cuales se hallaba la nobleza mas ilustre de la Francia con el general Bonivet; y á los quince dias despues de la batalla de Pavía, fueron los franceses arrojados enteramente de la Italia. El ilustre prisionero, conducido al dia siguiente de la batalla al castillo de Picighitone, cerca de Cremona, y encargado á la vigilancia y esfuerzo de D. Fernando de Alarcon, escribió á su madre estas palabras: *Señora: todo se ha perdido menos el honor.*

1525. Informado el emperador de este feliz suceso, consultó al consejo de Estado sobre el partido que se deberia abrazar en tan crítica coyuntura; y adhiriendo al parecer de los consejeros, que opinaban por que se obligase al monarca prisionero á la restitution de las plazas que habia ocupado en la Flandes, con el ducado de Borgoña, y á la entrega del Delfinado y la Provenza al duque de Borbon, envió Carlos á Adriano de Crois á Italia para que propusiese estos artículos á Francisco, que se llenó de indignacion al escucharlos. Recobrado despues, y atribuyendo la dureza de estas proposiciones á la rígida política del consejo de España, se entregó á la lisonjera esperanza de que en una entre-

vista con el emperador obtendria su libertad á menos costa. Confirmóle en esta opinion Launoy, que deseaba librarse del cuidado de su persona, y Francisco vino por mar á Palamos, en Cataluña, desde donde se transfirió á Madrid, tratado en el camino con todo el obsequio y acatamiento debidos á su excelso rango. Deseaba hablar al emperador, y lo solicitó con ahinco repetidas veces, y siempre en vano. Esto, unido á la vigilancia con que Alarcon le custodiaba, le dió á conocer toda la amargura de su posicion, y el sentimiento fue labrando en su interior en términos, que al cabo de seis meses cayó gravemente enfermo. Vino entonces el emperador desde Toledo á visitarle, y abrazándole en su lecho, despues de un momento de silencio, le dijo Francisco: *aquí teneis vuestro esclavo y vuestro prisionero: á lo que repuso Carlos: no, sino á mi amigo y á mi hermano.* «Vuestra salud, añadió, es lo único que yo deseo por ahora, lo demas se arreglará despues como gustéis.» *No será así,* replicó Francisco, *sino como vos dispongais.* Retiróse el emperador despues de una media hora de conversacion sobre materias indiferentes, y repitiendo la visita al dia siguiente, entraron

á anunciar al monarca francés la llegada de su hermana la duquesa de Alanzon: salió al momento el emperador á recibirla; la introdujo en la sala, y despidiéndose de entrambos partió para Toledo. Esta especie de frialdad y desvio agravó el mal de Francisco, y obligó á la duquesa á instar vivamente sobre su libertad, que le fue denegada. Sin embargo, su solícita ternura, y los cuidados de los médicos restituyeron al fin la salud al ilustre prisionero, y la duquesa, resentida de la poca galantería con que habian sido acogidas sus peticiones, se volvió á Francia.

La llegada de Borbon á la corte de España cambió el estado de las cosas, pues como en cumplimiento del tratado que habia hecho con el emperador reclamase la mano de su hermana Doña Leonor, reina viuda de Portugal, Francisco, para impedir esta peligrosa union, se ofreció á enlazarse con esta princesa, que, como era de razon, prefirió el monarca al vasallo. Este fue como el preliminar del tratado que se concluyó luego entre Francisco I y Carlos V, obligándose el monarca francés á restituir la Borgoña, á renunciar sus derechos sobre el reino de Nápoles, ducado de Milan, Génova y Aste,

y á la soberanía de los estados de Flandes; á compeler á Enrique de Albret á que renunciase igualmente los suyos al reino de Navarra; á reparar los daños y perjuicios causados al duque de Borbon y otros, allanándose por último entrambas partes á restituir los bienes y dignidades á sus respectivos señores.

1526. Publicada esta paz el 15 de enero, partió Francisco I para Francia, escoltado por Alarcon y Launoy, y en una barca amarada en medio del Bidasoa entregó sus dos hijos el Delfin y el duque de Orleans en rehenes, como estaba estipulado, abrazándolos despues tiernamente, y continuando su viage. Pidiéronle los embajadores del emperador que diese las órdenes oportunas para el cumplimiento del tratado, mas se escusó, mostrando claramente que no se hallaba en ánimo de verificarlo.

Habian hecho los príncipes de Italia, el Papa y los venecianos, una confederacion contra Cárlos V, que titularon *Liga santa*, no dudando que la Inglaterra y la Francia entrarían en ella, porque Wolsey, desairado segunda vez en sus pretensiones á la tiara, y poco satisfecho de la sinceridad de las promesas del emperador, habia abandonado su

partido, induciendo á Enrique á que prometiese al Delfin su hija María, contratada antes con Cárlos V. Resentido este, se casó con Doña Isabel, infanta de Portugal, y los ingleses tomaron de aqui pretesto para declararle la guerra, alegando que habia faltado á su palabra.

Los confederados, en cuyo número se hallaba Francisco Sforzia, habian ofrecido al marques de Pescara el reino de Nápoles y el mando del ejército, si queria entrar en la *santa liga*; pero fiel á su soberano, no solo oyó con indignacion semejante propuesta, sino que le avisó de cuanto pasaba. El emperador, no pudiendo resistir la ingratitude de Sforzia, á quien habia puesto con tanta generosidad en posesion del ducado de Milan, mandó á Pescara que le arrojase de él, como lo verificó en muy poco tiempo, reduciéndole al castillo de Milan y á Cremona. En este estado fue cuando invitado Francisco I por los confederados entró en la liga, y se firmó un tratado, nombrando al rey de Inglaterra por protector de ella. Su objeto era obligar al emperador á que levantase el sitio de Milan, restituyendo este ducado á Sforzia; que abandonase el reino

de Nápoles al Papa; que no enviase tropas á la Italia, y por último, que pagase á la Inglaterra lo que la debia. La comunicacion de estos artículos causó al emperador grande inquietud, porque carecia de medios para pagar las tropas y reforzarlas. El duque de Borbon, que por la muerte de Pescára habia tomado el mando del ejército de Italia, obligó á Sforzia á rendir el castillo de Milan y retirarse á Lodi. No era sin embargo mas ventajosa la posicion de Borbon, porque el Milanésado, espuesto á continuas invasiones, ofrecia pocos recursos. Uniéronse en esta coyuntura al ejército imperial catorce mil infantes alemanes y dos mil caballos, al mando del valeroso Frondsperg, los cuales aumentaron la penuria, pues ni el general en gefe se hallaba con fondos para pagarlos, ni las córtes facilitaban al emperador los que tanto necesitaba, porque el pueblo estaba exhausto, y el estado eclesiástico poco menos. Clamaban altamente los soldados por las pagas, pasando de las quejas á las amenazas; y Borbon, para apaciguarlos, se apoderó de las alhajas de las iglesias y de los fondos de los pudientes, y se dirigió con sus tropas sobre Roma.

Necesitábanse todos los talentos de este ge-

neral para llevar á cabo tan arriesgada empresa con tan cortos medios. Púsose en marcha en el rigor del invierno con veinte y cinco mil hombres, sin dinero, víveres ni municiones. Arrostrando la superioridad de fuerzas del enemigo, atravesó montañas, pasó rios, desafió la intemperie, y estableció su campo bajo los muros de Roma. Intenta luego el asalto, y para animar á la tropa con el ejemplo, aplica él mismo una escala al muro, y empieza á subir por ella; mas al mismo tiempo una bala de fusil le deja muerto. Las tropas enfurecidas entran al mando de Filiberto, príncipe de Orange, en Roma, pillan y saquean la capital del orbe cristiano, convirtiéndola en un teatro de sangrientas escenas de carnicería, y reduciéndola á la mayor desolacion. El Papa, que durante el combate imploraba al pie del altar de S. Pedro los divinos auxilios, aprovechó los primeros momentos favorables para refugiarse al castillo de Santangel, en donde tuvo que rendirse bien pronto. Encargóse Alarcon de su custodia y del mando del ejército, porque el príncipe de Orange tuvo que retirarse á curar sus heridas á Sena.

Habíanse rebelado en este tiempo los moros de España, de resultas de un edicto, por

el cual se les obligaba á bautizarse ó pasar al Africa. Los de Benaguacil, Benisano, Betena y otros pueblos, tomaron las armas y se hicieron fuertes en Benaguacil; mas sitiados allí, hubieron de rendirse, pagando una contribucion de doce mil ducados. Los del valle de Almonacid, de Eslida, Ugo y Segorbe, se retiraron á la montaña de Espadan en número de mas de cuatro mil, eligiendo por rey á uno llamado Corban, que tomó el nombre de Selim Almanzor. Atacólos el duque de Segorbe, y le obligaron á retirarse, con lo cual se aumentó su orgullo y osadía para hostilizar y pillar los pueblos inmediatos, hasta que reuniéndose en Valencia un cuerpo de veteranos los acometió en la montaña con tal valor, que quedaron mil de ellos muertos, y otros dos mil prisioneros, en cuyo número se hallaban los principales autores de la sedicion, que pagaron con sus cabezas. Los demas fueron dispersados y se restableció el orden.

1527. El saqueo de Roma, y la prision del Papa, llenaron de luto toda la cristianidad, y aguaron en la corte de España el gozo que el nacimiento del príncipe D. Felipe había causado. El emperador, desaprobando la conducta de Borbon, mandó hacer ro-

gativas públicas por la libertad del Pontífice. Mientras tanto Lautrec, entrando en Italia á la cabeza de un poderoso ejército, se apoderó de Alejandría, y redujo todo el pais situado en aquella parte del Tesino. Pavía fue tomada de asalto, y el ducado de Milan hubiera entrado bajo la dominacion francesa, si Lautrec no hubiese temido escitar los celos de los aliados con esta conquista. Dirigióse pues hácia Roma, y su marcha facilitó la libertad de Clemente VII, que haciendo la paz con el virey de Nápoles D. Hugo de Mendoza, y dándole en rehenes á Civitavecchia y otras dos plazas, salió de Roma y se retiró á Orbieto.

1528. Francisco I y Enrique VIII, alentados por los rápidos progresos de las armas de la liga, declararon solemnemente la guerra al emperador, que no la escusó, como tampoco el desafío que le hizo el monarca francés. Sin embargo, en cuanto al duelo, como no se conviniesen en las formalidades que habian de intervenir en él, no se llevó á ejecucion; pero el ejemplo de dos personages tan ilustres influyó en gran manera en las costumbres de la Europa, y sancionó en algun modo la práctica de los duelos en las querellas particulares.

Mientras que las córtes celebradas en Madrid reconocian y juraban al príncipe D. Felipe por heredero de la corona, trataban los dos monarcas de arreglar por la via de la espada las diferencias que las operaciones de Lautrec prometian llevar á su fin y término de un modo mas decisivo. El ejército imperial que salia de Roma se redujo casi á la mitad antes de llegar á Nápoles, por la intemperancia y escesos de los soldados. El general francés que les iba á los alcances, conociendo cuán difícil seria tomar de asalto una plaza defendida por una guarnicion tan numerosa, resuelto á esperar los efectos del hambre, lentos á la verdad, pero seguros, circunvaló á Nápoles, mientras que el genovés Andrea Doria, almirante de Francisco I, el marino mas hábil de aquel tiempo, despues de haber derrotado la flota imperial, bloqueaba el puerto con su escuadra. Todo anunciaba á Lautrec una conquista pronta y segura, cuando una imprudencia de su soberano hizo que desapareciese tan bella perspectiva. Irritado por el modo brusco y desenfadado con que procuró disuadirle Doria del proyecto de restablecer el puerto de Savona, dió Francisco orden para que se le arrestase, y

el almirante noticioso de esto se retiró con sus galeras, y ofreció sus servicios al emperador, que le recibió con los brazos abiertos. No tardó mucho tiempo el monarca francés en conocer la falta que habia cometido, pues el campo de Lautrec se resintió al momento de la defección de Doria. Mientras que abastecía este á Nápoles en abundancia, empezaba el ejército sitiador á tocar los efectos de la escasez de víveres, bien así como los de las enfermedades frecuentes en aquel pais en la estacion calurosa. Del crecido número de soldados que tenia al principio del sitio, apenas quedaban cuatro mil para el servicio, y hasta el mismo Lautrec no pudo evitar el contagio que le condujo al sepulcro. Sucedióle el marqués de Saluces, que incapaz de llenar su hueco, tomó, por decirlo así, la fuga, y se retiró á Aversa, en donde le obligó el príncipe de Orange á capitular. El resto de sus tropas, sin armas ni banderas, fue conducido bajo escolta hasta las fronteras de Francia. Evacuado el reino de Nápoles por las tropas de Francisco I, pasó Doria á Génova, ansioso de libertar á su pais, y los franceses que ocupaban la ciudad tuvieron que entregarla. Antonio de Leiva habia reducido tambien el Milanesado sin mu-

cha dificultad; pero el emperador en medio de tan prósperos sucesos deseaba la paz. Habiendo penetrado Soliman en la Hungría, se preparaba para caer sobre el territorio de Austria con todas las fuerzas del Oriente. La doctrina de Lutero hacia progresos en Alemania: los príncipes que la protegían habían formado una liga que miraba Carlos como peligrosa para la tranquilidad del imperio; y los españoles por otra parte murmuraban contra una guerra tan larga hecha á sus espensas. Francisco I desanimado por tantas empresas infructuosas, esperaba también obtener por la vía de las negociaciones la libertad de sus hijos, intentada en vano por la de las armas. A pesar de estas disposiciones, como ninguno de los dos monarcas se decidiese á tomar la iniciativa, fue preciso que dos damas, Margarita de Austria, tía del emperador, y Luisa, madre del rey de Francia, se encargasen de esta negociacion importante y delicada. Concluyóse un tratado de paz en Cambray, mediante el cual convino Francisco en pagar dos millones de escudos por el rescate de sus hijos, y sujetarse casi á las mismas condiciones que había estipulado para salir de la prision.

1529. Como Enrique VIII habia sido incluido en este tratado, quiso Carlos V aprovechar la tranquilidad de que gozaba para visitar sus dominios de Italia y Alemania. Sus modales dulces y afables le habian grangeado el afecto de los españoles, y acabó de cautivarlos, cuando habiéndose suscitado á su entrada en Barcelona algunas dudas sobre si le recibirian como emperador ó como conde, se decidió por esta última dignidad, diciendo que le lisonjeaba mas este antiguo blason que la corona imperial. No tuvo menos motivos la Italia para admirar sus virtudes en la equidad y moderacion con que arregló todos los intereses, otorgando á Sforzia un perdon absoluto y restableciéndole en su ducado, permitiendo al duque de Ferrara que volviese á entrar en la posesion de sus estados, y recibiendo por último en Bolognia la corona de mano del Papa con la veneracion mas profunda.

1530. No permitiéndole los negocios de Alemania prolongar su permanencia en Italia, pasó á Inspruck, á donde salió á recibirle su hermano Fernando, y convocó una dieta en Augsbourg. Concurrieron á ella todos los príncipes del imperio, protestando los que

habian abrazado la doctrina de Lutero que no se separarian de ella, por cuya razon se llaman aun *protestantes*. El elector de Sajonia y otros potentados, que eran los principales de ellos, defendieron con firmeza y obstinacion sus opiniones; pero la mayoría de la dieta condenó los ritos de Lutero, conminando con las penas mas severas á los que se atreviesen á propagarlos. Este decreto dió márgen á la liga que formaron inmediatamente en Smalcalda los protestantes, y para la cual solicitaron la proteccion del rey de Francia. Como su número era crecido, la paz de Francia precária, y enormes los preparativos que hacia Soliman para invadir el Austria, se vió Carlos precisado á contemporizar, y mitigando un poco su severidad, publicó la suspension de las causas y sentencias pronunciadas contra los protestantes hasta la reunion del concilio general, cuya convocacion habian reclamado otros príncipes ortodoxos. Esta conducta empenó á todos los electores del imperio, á facilitarle subsidios, que, unidos á un cuerpo escogido de españoles é italianos, formaron un ejército de noventa mil infantes y treinta mil caballos, á cuya cabeza marchó Carlos

en defensa de la Hungría, atacada por Soliman con trescientos mil hombres.

1532. Ejércitos tan formidables, mandados por los dos monarcas mas grandes del mundo entonces conocido, no podian menos de llamar la atencion de la Europa; pero temiendo cada uno de estos príncipes el poder ó la fortuna de su rival, ambos condujeron las operaciones con tanta prudencia, que se concluyó la campaña sin que hubiese acontecido ninguna cosa notable. Soliman, convencido de que era imposible ganar terreno sobre un enemigo vigilante siempre, se retiró al fin del otoño.

1533. El emperador partió para España, y llegó á Barcelona, donde le esperaba la emperatriz con toda la corte, y en donde se le presentó un embajador de Muley Hassen, arrojado del trono de Tunez por Barbarroja, á pedirle su proteccion. Ofreciósele Carlos con la mayor generosidad, dando luego orden á D. Alvaro Bazan para que armase una flota, persiguiese á los corsarios berberiscos, y socorriese al príncipe destronado: despues celebró córtes en Monzon, adonde concurrieron los diputados de Cataluña, Valencia y Aragon, y le ofrecieron un

cuantioso donativo para continuar la guerra. Mientras que Bazan, desembarcando cerca de Tremecen, despues de tomar de asalto un pueblo llamado One, pasaba á cuchillo seis-cientos moros haciendo mil cautivos, derrotaba la escuadra de Jaban-Arraez apresando casi todas las galeras, y volvía victorioso á España Barbarroja, nombrado por Soliman general de sus fuerzas marítimas, cometía en Italia los mayores estragos. Púsose delante de Nápoles, apoderóse de la isla de Prochita, entró en Fundi, degollando á los hombres y cautivando á las mugeres y niños, hizo temblar á Roma, y sorprendiendo despues á Tunez, obligó á Hassen á huir precipitadamente y venir á España á implorar la proteccion de Carlos.

1535. El emperador, dispuesto siempre á no perder ocasion de adquirir gloria, abrazó la que Hassen le presentaba para restablecerle en el trono y detener los progresos de Barbarroja. Reunida una numerosa flota con este objeto, salió Carlos de Barcelona con las galeras de España, á las cuales se incorporaron en Cerdeña las de Italia, componiendo todas juntas una escuadra de ciento cuarenta galeras y mas de trescientos sesen-

ta buques menores. Tomó el emperador el mando de estas fuerzas, y dió la vela para la costa de Africa, llevando por tenientes á Doria, al duque de Alba y al marques del Vasto. Desembarcó felizmente cerca de la Goleta, que, atacada al momento por mar y tierra, asaltaron los españoles, hallando en ella trescientos cañones, grandes almacenes de víveres y pertrechos, y noventa embarcaciones. Pasando despues el ejército imperial á Tunez, le salió al encuentro Barbarroja con cien mil hombres, que despues de un sangriento y reñido combate fueron derrotados. Rompiendo al mismo tiempo las cadenas veinte mil esclavos cristianos que habia en la ciudad, se apoderaron del castillo, y facilitaron á sus hermanos la entrada en la plaza, que llevaron á sangre y fuego, sin que las órdenes del emperador pudiesen impedir que degollasen sesenta mil enemigos, ademas de hacer cuarenta mil esclavos. Restablecido Muley en el trono, rindió vasallaje al emperador, obligándose á darle en propiedad la Goleta, Bona, Biserta, y otras plazas, y á pagarle un tributo anual de doce mil escudos de oro. Pasó Barbarroja á Bona, y no pudiendo defenderla de las fuerzas de Do-

ria, se retiró á Argel, y reuniendo allí treinta galeras vino á las costas de España, entró en Mahon, y cargado de cautivos y riquezas dió la vela para Constantinopla.

Mientras que Carlos V volvía victorioso y triunfante de esta gloriosa campaña á Palermo, y recibía allí y en Nápoles el tributo de entusiasmo y admiracion debido á sus altos hechos y virtudes, se extendía el benigno influjo de su estrella á los remotos climas del nuevo mundo. La conquista de Méjico por Cortés habia inspirado á los españoles el deseo de hacer nuevos descubrimientos, y así añadieron á las dilatadas posesiones que habian adquirido la del pingüe reino del Perú, que comprendía mas de mil y quinientas millas de N. á S. á lo largo del Océano Pacífico. Cuando el emperador emprendió su expedicion contra Tunez, fundó Francisco Pizarro á Lima, destinada á ser en lo sucesivo la capital y el emporio de las riquezas del Perú.

La conducta de Francisco I dió nuevo realce á la gloria de su rival. En tanto que este rompía en Africa los grillos de los esclavos cristianos, el rey de Francia no cesaba de intrigar para formarse un partido

en Italia. El castigo de Merveille, agente francés en Milan, á quien condenó Sforzia á muerte por habérsela dado á otro en un desafio, sugirió á Francisco un pretesto para atribuir esta ejecucion á la influencia del emperador, é invadir el territorio de Saboya, del cual se apoderó sin mucha dificultad. En este estado fue cuando volvió Carlos V de Tunez, y estimulado del honor, y aun de la política, trató de vengar la injuria hecha al duque de Saboya su aliado. La muerte de Sforzia favoreció oportunamente sus desig-nios, pues se hizo dueño del ducado de Milan, como de un feudo que volvía á la corona imperial, reconociendo sin embargo los derechos de Francisco I, y pretestando al mismo tiempo, que, antes de ponerle en posesion de este estado, queria tomar todas las medidas necesarias para que no pudiese trastornar el equilibrio de la Italia.

1536. El emperador, aprovechando el tiempo que el rey de Francia perdía en negociaciones, procuró reunir fuerzas y fondos. Sacó subsidios considerables de los estados de Nápoles y Sicilia, hizo venir tropas de Alemania, y luego que acabó sus preparativos, pasó á Roma, y en pleno con-

sistorio, á presencia del Papa y de los embajadores de otras potencias, se quejó amargamente del rey de Francia. Sostuvo las quejas con las armas, entrando en el Piamonte con cuarenta mil infantes y diez mil caballos, y obligando á los franceses á retirarse. Trató luego de invadir la Provenza, pero defendióla el mariscal Montmorency, arrasando el pais á medida que el ejército contrario se acercaba, y poniéndole al cabo de dos meses en precision de retirarse, despues de haber perdido por la penuria, y la peste, casi siempre su compañera, una gran parte de los soldados. En esta jornada mataron unos villanos desde una torre, llamada de Muley, al insigne poeta Garcilaso, y falleció tambien de muerte natural el famoso Antonio de Leyva que mandaba el ejército. No tuvo mejor éxito la incursion hecha en la Picardia por los flamencos, que despues de una tentativa infructuosa sobre Perona tuvieron que retirarse. Carlos, habiendo llevado sus tropas á Milan, partió para Génova, y de allí para España.

1537. Procuraba el Papa restablecer la concordia entre Carlos y Francisco, mas con tan poco fruto, que este último emplazó al

emperador, como su vasallo por los condados de Artois y de Flandes, á comparecer ante el parlamento de París. Despreció Carlos, como debia, un llamamiento tan ridiculo y extravagante, y Francisco invadió los Países-Bajos, apoderándose de muchas ciudades. Recobraronlas bien pronto los flamencos, atacando á su vez á Terouana; mas cuando el Delfin y Montmorenci iban á socorrerla, recibieron la noticia de la suspension de armas convenida entre las potencias beligerantes.

1538. Conocian ambos monarcas todo el valor de la paz, pues la discordia habia agotado sus recursos en las guerras continuas que se hacian, y el emperador temia ademas las consecuencias de la alianza que habia hecho Francisco I con Soliman, con escándalo de todos los príncipes cristianos. A pesar de las muchas dificultades que se oponian á un tratado definitivo, concurrieron ambos monarcas á Niza; y si bien el Sumo Pontífice no pudo conseguir que se avistasen, sus santos y piadosos oficios estendieron á diez años la tregua ajustada por pocos meses en los Países-Bajos. Volviendo el emperador pocos dias despues á Barcelona, fue arrojado por

el viento contrario á la isla de Santa Margarita, en las costas de la Provenza, y tuvo una conferencia con Francisco I en Aguas-muertas, separándose los dos monarcas con las mas vivas demostraciones de amistad.

1539. Esperaba á Carlos en España la funesta catástrofe del fallecimiento de la emperatriz, llorada de toda la nacion por sus prendas y virtudes. Retiróse el monarca al monasterio de gerónimos de la Sisa á pagar el debido tributo á la flaqueza humana, é implorar los divinos auxilios; mas las ocurrencias de Flandes llamaron bien pronto su atencion. Quejábanse amargamente los flamencos de las fuertes contribuciones que pagaban, y de la opresion en que vivian, pasando los de Gante de las murmuraciones á la rebelion, y á implorar la proteccion de Francisco I, ofreciéndole la soberanía de aquellos Estados. Rehusóla el monarca francés, fiel á los tratados, y Carlos, no dudando de su generosidad, deseoso de ganar tiempo, le pidió un salvo-conducto para pasar por sus estados á Flandes. Otorgósele Francisco muy gustoso, y salió á recibirle á Chatellerault, marchando juntos á París. Los obsequios, con que el monarca

francés procuró agasajar á su ilustre huesped, no fueron poderosos á detenerle en aquella capital mas de seis dias, al cabo de los cuales partió para Flandes, acompañado de Francisco hasta S. Quintin.

1540. Llegado el emperador á Gante, vinieron los diputados de los rebeldes á solicitar su perdon de rodillas, y los despidió con estas palabras: *Decid á vuestros compañeros, que he venido á visitarlos como rey, y como juez, con el cetro y con la espada.* Condenó á muerte á los principales autores de la rebelion; desterró á unos, y confiscó los bienes á otros; impúsoles á todos una multa de cien mil ducados; abolió todos los fueros y privilegios de la ciudad, y cambió la forma de gobierno; y por último, mandó construir una ciudadela para tenerlos siempre sujetos. Este ejemplo de severidad intimidó á los demas súbditos de los Países-Bajos, y les enseñó á no oponerse á la voluntad de su soberano. Despidió entonces los embajadores del rey de Francia, que le instaban por la entrega del ducado de Milan para el duque de Orleans, diciéndoles: «que en prueba de que deseaba conservar la amistad de su amo, daría la mano de una de sus hijas á este príncipe,

«y por dote la Flandes;» á lo que repuso Francisco: «que no necesitaba de estados extraños, sino que queria los que de derecho le tocaban.»

1541. Volviendo Carlos su atencion á los negocios de Alemania, convocó una dieta en Ratisbona para conciliar los ánimos en materias de religion; mas como no pudiese conseguirlo, no quiso usar de la autoridad, remitiendo la decision de estos negocios al concilio. Obligábanle ademas miras políticas á abrazar este partido. El sultan, que se habia apoderado ya de Breda, amenazaba la seguridad del Austria; el rey de Francia se disponia á renovar las hostilidades, y sobre todo, deseaba Carlos llevar á ejecucion la empresa que meditaba contra Argel hacia tiempo. Hallábase al frente de esta regencia Hascen Aga, eunuco renegado, que con sus continuas piraterías tenia asoladas las costas de España. Las humildes y sentidas plegarias de los habitantes de ellas, y el recuerdo de la gloria alcanzada en Tunez, sugirieron al emperador el designio de conquistar á Argel. Antes de salir de Madrid para visitar los Países-Bajos, habia mandado equipar en España y en Italia una escuadra para esta

expedicion, y reunir un ejército. A su vuelta de Alemania fue á Cerdeña, punto señalado de reunion, y trató de llevar á cabo su proyecto, á pesar de las fuertes y enérgicas reflexiones que le hizo Andrea Doria, sobre el inminente riesgo que corria en acercarse á la costa de Africa en estacion tan poco ventajosa.

Dió, pues, la vela el emperador el 20 de octubre con sesenta galeras, doscientos bajeles de alto bordo, ciento mas pequeños, veinte mil hombres de infantería, dos mil caballos, la flor de la nobleza española é italiana, tres mil voluntarios, y mil soldados enviados de Malta por la orden de S. Juan, al mando de cien caballeros de los mas esforzados.

Llegadas estas fuerzas á la costa de Argel, sitiaron la plaza, que defendia Hascen Aga con ochocientos turcos y cinco mil bereberes, ademas de un cuerpo numeroso de árabes, que cubria la parte exterior de las murallas. Hicieron los sitiados algunas salidas, y en una de ellas penetraron hasta el cuartel de los italianos, matando un gran número de ellos, y debiendo los demas su salvacion á la prontitud con que el empera-

dor en persona acudió á su socorro. Continuábanse con actividad los trabajos del sitio, y todo anunciaba un próspero suceso, cuando una horrorosa tempestad, que se levantó de repente, vino á desvanecer todas las esperanzas. Inundóse el campo de agua, y un furioso huracan echó á pique muchas de las embarcaciones, con la gente y efectos que contenian. Fue preciso abandonar la empresa y salvar las tropas que quedaban, como se consiguió, no sin muchos riesgos y dificultades. Esta calamidad dió márgen á Carlos para desplegar virtudes y prendas, que en la próspera suerte no habia tenido ocasion de mostrar. Brillaban en él á porfía la magnanimidad, el espíritu y el amor á la humanidad. Participaba de toda las fatigas como el último de los soldados; su persona era la primera en los puntos en que habia algun peligro; alentaba á los que flaqueaban de ánimo; consolaba á los enfermos y heridos; y con su ejemplo y sus discursos infundia á todos valor y esfuerzo, siendo él el último á embarcarse.

1542. Apenas le dió Francisco I lugar para descansar de tantas fatigas, pues habiéndose ligado con el rey de Dinamarca

y el Gran-Turco, le declaró la guerra, invadiendo con cinco ejércitos formidables los dominios del emperador y los de su aliado el duque de Saboya. Estendíanse sus operaciones á la España, al Luxemburgo, Bravante, Flandes y Piamonte. El delfin y el duque de Orleans abrieron la campaña casi al mismo tiempo, sitiando el primero á Perpiñan, capital del Rosellon, y reduciendo el segundo la mayor parte de Luxemburgo. Pero el duque, con la noticia de que el emperador iba á socorrer á Perpiñan, abandonó sus conquistas, y se apresuró á reunirse con el delfin. Encargado el duque de Alba de la defensa de Perpiñan, el ejército francés, disminuido por las enfermedades, y rechazado en varios ataques, abandonó la empresa, y se retiró á los tres meses. Las expediciones de Brabante, Flandes y el Piamonte no fueron mas felices, y Carlos tuvo la satisfaccion de ver á su rival consumir sus fuerzas en inútiles tentativas.

1543. Las córtes de Cataluña y Aragon, reunidas en Monzon, juraron entonces al príncipe D. Felipe, y ofrecieron al emperador un subsidio de quinientos mil ducados. Las de Valencia siguieron su ejemplo, y le

hicieron un rico donativo; y el rey de Portugal, con cuya hija Doña María ajustó el matrimonio del príncipe D. Felipe, que se celebró en Almería por procurador, y se ratificó en Salamanca, le facilitó una crecida suma de dinero. Con estos auxilios, y la alianza que formó con Enrique VIII de Inglaterra, se halló Carlos en estado de luchar con su contrario con menos desventajas.

1544. Despues de proveer á la seguridad de la España, y enviar á los Países-Bajos un cuerpo de españoles, pasó á Alemania con ánimo de castigar la insolencia del duque de Cleves, que imitaba la conducta de Roberto La Mark, mientras que el rey de Francia devastaba á Luxemburgo, y ponía sitio á Niza juntamente con el sultan.

Procurando sacar partido de esta empresa de Francisco, hizo Carlos presente en la dieta de Spira, que debiendo considerarse una guerra contra la Francia y la Turquía como una misma cosa, seria una temeridad oponerse á los progresos de los turcos en Hungría, mientras que el sultan tuviese un poderoso aliado que le introdujese en el centro de la Europa. Concilióse despues la buena voluntad de los protestantes, suspendien-

do los edictos lanzados contra ellos, y la dieta se allanó á mantener á sus espensas un ejército de veinte y cuatro mil hombres de infantería y cuatro mil caballos contra la Francia. El emperador habia convenido con el rey de Inglaterra, mediante un tratado, en que invadirian la Francia cada uno con veinte y cinco mil hombres, penetrando hasta el interior de las provincias, y reuniendo sus fuerzas cerca de París. Pero antes que Carlos pudiese poner las suyas en estado de obrar, le fue preciso volver la atencion á la Italia, en donde acababan de sufrir un gran revés sus armas.

Habia entrado el duque de Enguien en el Piamonte, y atacado la plaza de Cariñano, destruyendo en Cirinola al marques del Vasto, que quiso defenderla, y haciendo en sus tropas tal destrozo, que este general, despues de haber dejado doce mil hombres tendidos en el campo de batalla, tuvo que huir precipitadamente. Este golpe obligó á Carlos á entrar en la Lorena á la cabeza de cincuenta mil hombres, y atacar la plaza de San Diciér, que se rindió despues de un sitio de cinco semanas, mientras que el rey de Inglaterra estrechaba el de Bolonia. Rindiéron-

se igualmente á las tropas imperiales Luxemburgo, Comerci, Ligni, Briena, Espernai, y otras muchas plazas; pero Francisco I, sacando sus tropas del Piamonte, opuso á los progresos del enemigo un ejército respetable al mando del Delfin, á quien no pudo inducir Carlos por mas que hizo á fiar la suerte de su pais al éxito de una batalla. Ultimamente, acosado por el enemigo, y falto de subsistencias, tuvo el emperador que retirarse á Soissons, y despues de haber invitado inútilmente á Enrique á que levantando el sitio de Bolonia marchase sobre París, abrazó el partido de escuchar las proposiciones de paz que se le habian hecho. Firmóse en el castillo de Crespi un tratado, cuyos principales artículos fueron: la restitucion de las conquistas hechas por cualquiera de las partes beligerantes despues del tratado de Niza: que el emperador daria al duque de Orleans en casamiento, ó bien su hija mayor con los Países-Bajos y los condados de Borgoña y de Charolois, ó bien la segunda hija de su hermano Fernando con el ducado de Milan, reteniendo el emperador su castillo y el de Cremona hasta que el duque tuviese un hijo de su matrimonio. Convinieron tambien

secretamente los dos monarcas en extinguir la heregía, y así instaron entrambos á Paulo III para que convocase el concilio, como lo verificó por la bula de 19 de noviembre, señalando para su celebracion la ciudad de Trento.

1545. El emperador, despues de haberse detenido algun tiempo en Bruselas, en donde recibió la alegre nueva del nacimiento de su nieto el príncipe D. Carlos, que aguló en el correo inmediato la infausta noticia del fallecimiento de la princesa su madre de sobreparto, pasó á Alemania, y celebró una dieta en Wormes, para tratar de los negocios de la religion, y de la guerra del turco. Empero, como los príncipes protestantes declarasen abiertamente que no querian asistir al concilio, ni someterse á sus decisiones, convocó para el año siguiente otra dieta en Ratisbona, con orden de que asistiesen todos los príncipes, y que los dos partidos presentasen la fórmula de fe compuesta por sus teólogos. Muerto en este tiempo el duque de Orleans, propuso Francisco á Carlos la renovacion del tratado anterior bajo otras condiciones, y el emperador le contestó que no atacaría la Francia mientras que no se le insultase.

1546. Abierta la dieta de Ratisbona, los protestantes, obstinados en sus errores, pretenden que el concilio se traslade á Alemania, y las ciudades inficionadas de la herejía se ligan entre sí, y reúnen un ejército considerable en Augsbourg al mando de Sebastian Schertel. Entraron en esta confederacion el elector de Sajonia y el landgrave de Hesse, con algunos otros príncipes, y aumentadas sus fuerzas hasta el número de ciento veinte mil combatientes, trataron los confederados de impedir la entrada de las tropas del Papa en Alemania, apoderándose de varias plazas y fortalezas. Declaró el emperador rebeldes al elector de Sajonia y al landgrave, y ardió todo el pais en una guerra tan tenáz y sangrienta, que raro era el dia que no se señalaba con algun reñido combate, ó la toma de alguna plaza ó fortaleza por las armas imperiales y las del Papa, á las órdenes de Octavio Farnesio. Introdújose la division entre los gefes de la liga, separáronse las tropas, y no pudiendo resistir á sus contrarios se retiraron. La muerte de Martin Lutero, causa de todos estos alborotos, acabó de desanimar á sus secuaces.

No estaban á esta sazón mas tranquilos los

conquistadores de la América. La excesiva severidad del virey del Perú, Vasco Nuñez, dió margen á que los del Cuzco se levantasen contra él, y nombrasen en su lugar á Gonzalo Pizarro, hermano del conquistador. Intentó Vasco sostener sus derechos con las armas, y pereció en la demanda. Mendoza, reuniendo los restos de sus tropas, fue á atacar las de Pizarro, mandadas por Carvajal, que de simple soldado se habia hecho uno de los capitanes mas distinguidos. Travóse la pelea, y Mendoza, derrotado y preso, fue condenado á muerte. Carvajal descubrió en una de sus expediciones las ricas minas del Potosí, y algunos otros huyendo de la discordia penetraron hasta el Paraguay.

1547. Señalóse el principio de este año con el fallecimiento de Enrique VIII, que sin embargo de haber trasmitido á sus sucesores el título de *Defensor de la fe*, que el Papa le habia dado por un libro que escribió contra Lutero, sacrificó á sus desordenadas pasiones la religion, sus propias mugeres, muertas algunas en los cadalsos, y sus mejores súbditos. Siguióle al sepulcro dos meses despues Francisco I, monarca amado de sus pueblos, y estimado de toda la Europa

por su grandeza de alma y su valor, bien así como por la proteccion que dispensó á las artes y á las ciencias. El emperador continuaba entre tanto la guerra contra los protestantes de Alemania, con tan buen éxito, que en muy corto tiempo, conquistando unas ciudades, y otorgando el perdón á otras que le imploraban, las redujo casi todas á la obediencia. Procuró resistirse el elector de Sajonia, pero derrotado en una sangrienta accion, en la cual quedó prisionero, perdió sus estados, con los que recompensó el emperador los servicios del duque Mauricio de Sajonia, que le habia sido fiel constantemente.

El conde Juan Luis de Fiesco, joven audaz, lleno de ambicion, formó con otros dos hermanos suyos una conspiracion en Génova, para apoderarse del gobierno y asesinar á los Dorias. Intentaron arrebatár á la fuerza las armas y las galeras del puerto, y dieron muerte á Juan Doria, teniendo que salvarse el viejo Andrea, de ochenta años, en el castillo de Masana. El gobernador de la ciudad, sin embargo, sofocó con sus tropas la conspiracion, prendiendo á los culpables que sufrieron el último suplicio. Algun tiempo des-

pues el duque de Parma Pedro Luis Farne-
sio, sobrino del Papa, fue asesinado y colga-
do de una ventana por varios condes y se-
ñores de la misma ciudad. Ultimamente en
España, si bien el príncipe D. Felipe gover-
naba con gran prudencia y mucho contento
de sus súbditos, no fue este tan puro que no
le aguase en parte la pérdida del célebre con-
quistador de Méjico, Hernan Cortés, digno
de eterna memoria.

1548. Al paso que el emperador solicita-
ba del Papa el restablecimiento del concilio
de Trento, trasladado á Bolonia por la peste,
publicaba en Alemania un formulario en vein-
te y seis artículos, mandando que se obser-
vase hasta la decision del concilio, por cu-
ya razon se le dió el nombre de *Interin*. Apro-
bóse este edicto en la dieta de Augsbourg, y
se confirmó tambien en ella la degradacion
del elector de Sajonia, y la investidura del
electorado en el duque Mauricio. El casti-
go de muerte mandado ejecutar en Schertel
y en los otros capitanes que habian levan-
tado tropas contra la magestad imperial, cau-
só en la ciudad una sublevacion, que puso la
vida de Carlos en peligro y le obligó á ocul-
tarse. Constanza, una de las ciudades rebel-

des, fue asaltada por los españoles, que furiosos por la pérdida de su comandante D. Alfonso Vives, pasaron á cuchillo á cuantos encontraron con las armas en la mano, y entregaron la ciudad á las llamas. Volvióse el emperador á Flandes, y puso magistrados católicos en las ciudades de Alemania; Maximiliano, rey de Bohemia, vino á España, casóse en Valladolid con la infanta Doña María, y sustituyó en la regencia al príncipe de Asturias D. Felipe, que pasó entonces á visitar á su padre á Flandes, embarcándose en Barcelona y subiendo por el Tirol. Trataba Carlos entonces de terminar las diferencias del reino de Navarra, casando á Felipe con Juana de Albret, hija única y heredera de Enrique, y de Margarita, hermana de Francisco I, cuyo proyecto frustró el casamiento de esta princesa con Antonio de Borbon, duque de Vandoma, del cual nació Enrique, que con el nombre de IV ocupó después el trono de Francia. Sublevada la Guyena y otras provincias de Francia, trataron de entregarse al emperador; mas, á pesar de que sus ministros le aconsejaban que se aprovechase de las circunstancias para estender su dominacion, contestó el monarca, que se-

ria indigno de él sostener la rebelion de los súbditos de otro soberano.

1549. El príncipe D. Felipe, despues de haber atravesado los Estados imperiales en medio de la pompa y los aplausos con que era recibido por todas partes, entró triunfante en Bruselas. Las disensiones del Perú tomaban cada dia mayor incremento; pero Valdivia, conquistador de Chile, reuniendo sus tropas con las del comandante general Pedro Gasca, hizo prisioneros á Pizarro y á Carvajal, condenando á este á ser descuartizado, y á Pizarro á morir en un patíbulo. Quedaron desde este tiempo los reyes de España en pacífica posesion de las Américas, y establecieron en ellas nueve audiencias y muchos tribunales, para la administracion de justicia y conservacion de la paz en aquellos vastos dominios.

1550. El advenimiento de Julio III á la silla pontificia, por muerte de Paulo, parecía que debiera desvanecer las dificultades que habia tenido hasta entonces el emperador para obligar á los protestantes á abjurar sus errores religiosos; pero estos se habian propagado á la Flandes, y para impedir sus progresos, publicó Carlos un severo edicto

contra los que los abrazasen, y persuadido de que el mal no podia atajarse sin la celebracion del concilio, instó al nuevo Papa sobre ella. Convocada otra dieta en Augsbourg para tratar de los negocios políticos y religiosos, se confirmó el reglamento aprobado en la última, mas no las esperanzas del emperador de transmitir á Felipe el imperio germánico, como lo intentaba, pues el rey de romanos se opuso á ello, y le obligó á mudar de parecer y enviar al príncipe á España.

1551. Constantemente ocupado en los negocios de la religion, convocó el emperador otra nueva dieta en Augsbourg, y publicó en ella un decreto, mandando que en todos los estados del imperio se sometiesen á las decisiones del concilio. Concedió entonces el Papa la investidura del ducado de Parma y Plasencia á Octavio Farnesio, hijo de Pedro Luis, que lo habia poseido; mas como los imperiales, pretendiendo que estas dos plazas eran del estado de Milan, se apoderasen de Plasencia, recurrió Octavio á la proteccion de Enrique II de Francia, sucesor de Francisco I, que no deseando mas que una ocasion para declararse contra el

emperador, envió un cuerpo de tropas á defender á Parma.

Obstinados los de Magdebourg en no conformarse con las disposiciones del *interin*, se encargó la reduccion de esta ciudad á Mauricio, duque de Sajonia, que al paso que mostraba la mayor adhesion al emperador, procuraba grangearse en secreto la estimacion de los luteranos, cuyos principios tenia grabados en el fondo de su corazon. Consecuente con ellos, tuvo durante el sitio de esta plaza algunas conferencias particulares con el gobernador conde de Mansfield, y le redujo á entregarla, bajo la secreta promesa de que ni se destruirian las fortificaciones, ni se incomodaría á los habitantes en el libre ejercicio de sus ritos. Observó Mauricio estas condiciones, y en reconocimiento fue electo bourgrave, dignidad que le daba una jurisdiccion ámplia en la ciudad y sus dependencias. Negociaba á mayor abundamiento Mauricio con Enrique de Francia, que concurrió gustosamente á defender las libertades del cuerpo germánico, enviando á los confederados una suma considerable de dinero, y prometiéndoles que en el momento que tomasen las armas ata-

caría al emperador por la parte de la Lorena.

1552. Continuó Mauricio adormeciendo al emperador, y burlando la vigilancia y penetracion de su primer ministro Granvella, uno de los políticos mas consumados de su siglo, hasta tanto que arreglados todos sus preparativos publicó un manifiesto de los motivos que le obligaban á tomar las armas. Los principales eran asegurar el libre ejercicio de la religion protestante, mantener las leyes del imperio, y libertar al landgrave de Hesse de la larga prision que injustamente padecia. Restableció los magistrados depuestos por el emperador, puso á los ministros protestantes en posesion de las iglesias de que habian sido despojados, y entró en Augsbourg en medio de las aclamaciones del júbilo y la alegría. Al mismo tiempo Enrique de Francia, tomando el título extraordinario de defensor de las libertades de Alemania y de sus príncipes cautivos, cayó sobre la Lorena con todas sus fuerzas, y enarboló sus estandartes en los muros de Toul, Verdun y Metz.

Sería difícil espresar todo el asombro y consternacion de Carlos á las primeras nuevas de tan inesperados acontecimientos. Ame-

nazado por la liga de los protestantes, auxiliados de un poderoso monarca al frente de un ejército formidable; ocupadas las tropas españolas en la Hungría y en la Italia, y reducido á un corto número de soldados que apenas bastaban para la defensa de su persona; exhausto de medios y falto de recursos, tuvo que librar todas sus esperanzas en el éxito de una negociacion que entabló con Mauricio por la mediacion de su hermano Fernando. Avistáronse en Lintz, y convinieron en una segunda entrevista en Pasaw para el 26 de mayo, desde cuyo dia daría principio una tregua hasta el 10 de junio.

Mauricio, acorde con este convenio, resolvió aprovechar los dias que mediaban hasta el principio de la tregua, acometiendo una empresa, que llevada á cabo le hubiera puesto en estado de dictar las condiciones de la paz. Marchó con la mayor celeridad sobre Inspruck; pero obligado á detenerse á dos jornadas de esta ciudad para apagar la sedicion de uno de sus cuerpos, el emperador que se hallaba en ella tuvo lugar para ponerse precipitadamente en salvo, atravesando los Alpes, y pasando á Villach en la Carintia. Mauricio, despues de haber

entrado en Inspruck, partió para Passaw en virtud del convenio hecho con Fernando; y el emperador, que no tenia menos que temer del rey de Francia, que de los preparativos que hacia Soliman á ruegos de este monarca para asolar las costas de Nápoles y de Sicilia, suscribió al tratado de Passaw, cuyas principales disposiciones fueron: la libertad de conciencia en todos los dominios de los príncipes de Alemania; la celebracion en el término de seis meses de una dieta con el objeto de cortar para lo sucesivo todas las disensiones religiosas; la libertad del landgrave de Hesse; y la seguridad de que no se intentaría accion alguna contra los confederados.

Enrique II experimentó en esta ocasion la ingratitud, que debe esperar todo soberano que favorece á los fautores de una guerra civil. Los príncipes alemanes, olvidando la parte que Enrique habia tenido en sus operaciones, apenas hicieron mencion de él en este tratado, como no fuese en un corto artículo, reducido en sustancia á que este monarca comunicaria á los confederados los motivos particulares de su conducta hostil, y que ellos los harian presentes al emperador. De este modo quedó bien pronto el

monarca francés espuesto él solo al resentimiento y á las fuerzas reunidas de Carlos. La pérdida de Metz, Toul y Verdun, obligó al emperador á unir en Augsbourg las tropas de Alemania, Italia y España, con las cuales, fingiendo dirigirse hácia la Hungría para engañar á los franceses, cambió la marcha, y reforzado con las tropas de Alberto de Brandembourg embistió á Metz al frente de ochenta mil hombres. Defendia esta plaza Francisco, duque de Guisa, que poseía en el mas alto grado todas las cualidades necesarias para desempeñar tan importante encargo. Su vigilancia, su prevision y su esfuerzo, unidos á la inclemencia de la estacion, y á los estragos de la epidemia que sobrevino en el campo imperial, vencieron al fin la constancia obstinada del emperador, que cediendo á las instancias de sus generales dió orden para levantar el sitio. Esta fue la primera vez que tuvo Carlos motivo para quejarse amargamente de la fortuna, lo cual hizo diciendo: «que esta deidad se parecia á las mugeres, «que acarician á los jóvenes y abandonan «á los hombres entrados en edad.»

1553. En efecto parecia asi, pues los ha-

bitantes de Siena en Italia sacudieron el yugo imperial, y se pusieron bajo la proteccion de la Francia, mientras que Soliman cubria con sus flotas el Mediterráneo, y esparcia el terror en Nápoles. Mitigó un poco este sentimiento la muerte de Mauricio, dos dias despues de la victoria obtenida sobre Alberto de Brandembourg, que no quiso suscribir al tratado de Passaw.

Volviendo entonces el emperador su atencion sobre la Francia, sitió á Terouana, con tal vigor y perseverancia que se apoderó de ella, mientras que Manuel Filiberto, duque de Saboya, anunciando ya desde entonces los grandes talentos que le hicieron célebre en lo sucesivo, acometia al frente de las tropas imperiales á Herdin, que, á pesar de sus fortificaciones y del valor de los que las defendian, no pudo resistir el ímpetu de los sitiadores.

La muerte de Eduardo VI, rey de Inglaterra, sugirió á Carlos el designio de casar al príncipe D. Felipe con María, hija de Enrique VIII y de Doña Catalina de Aragon, y heredera de aquel reino. Felipe, seducido por la halagüeña esperanza de añadir este reino á sus dominios, sin embargo de que no

contaba mas que veinte y siete años, no puso dificultad en enlazarse con una princesa que habia cumplido ya los treinta y ocho, y esta recibió las proposiciones que se le hicieron, con tanto calor que venció la repugnancia de sus súbditos. Estipulóse sin embargo en el contrato matrimonial, que Felipe se limitaria á tomar el título de rey, sin mezclarse en los negocios, cuya administracion absoluta, disposicion de las rentas, cargos y beneficios, habian de pertenecer esclusivamente á la reina; que su posteridad heredaria la corona de Inglaterra, asi como el ducado de Borgoña y de los Países-Bajos; que si el príncipe D. Carlos, hijo único de Felipe de su anterior matrimonio, moria sin sucesion, los hijos de Felipe y de la reina de Inglaterra, sucederian á la corona de España, asi como á todos los dominios hereditarios del emperador; que antes de consumar el matrimonio juraria Felipe no conservar en su servicio criado alguno que no fuese súbdito de la reina, no alterar la constitucion ni las leyes de Inglaterra, ni sacar á la reina ni á ninguno de los hijos que en ella tuviese fuera del reino; que si esta princesa muriese sin dejar sucesion, resignaría inmediatamente

te Felipe la corona en el legítimo heredero; y por último, que á pesar de este enlace la Inglaterra no estaria obligada á mezclarse en las guerras existentes entre la España y la Francia, antes bien la alianza entre esta potencia y la Inglaterra quedaria en toda su fuerza y vigor.

1554. Partió Felipe de la Coruña para Inglaterra con un numeroso y brillante séquito, y celebró su matrimonio con gran solemnidad en Winchester, habiendo recibido antes la investidura de Nápoles, Sicilia y Milan, con el título de rey de Jerusalem, despojándose el emperador de estas dignidades para manifestar el gozo que le causaba este enlace. El aumento de poder y de influencia, que esta union daba á la casa de Austria, acrecentó los celos del rey de Francia, que resolvió inmediatamente llevar la guerra á un tiempo á los Países-Bajos y á la Italia con un vigor extraordinario. Sus miras eran obligar á Carlos á aceptar una paz, fundada en bases sólidas y equitativas. Devastó con tres grandes ejércitos el Hainault, Lieja y el Artois, redujo á Mariembourg, tomó de asalto á Bouvines y Dinant, y sitió á Renti. El emperador, aunque quebrantado

por los años, las fatigas y la gota, marchó al socorro de esta plaza, y sobre ocupar un puesto que ambos ejércitos consideraban como ventajoso é importante, se trabó entre Carlos y Enrique un reñido combate, cuya victoria se atribuyó cada uno á sí propio. Lo cierto es que Enrique levantó el sitio, y Carlos, desolando la Picardía, vengó las pérdidas que habia tenido en el Hainaut y el Artois.

Pareció mostrársele aun risueña la fortuna. El marques de Marignan, su general en Italia, derrotó á Strozzi, un florentino desterrado sostenido por Enrique. El vencedor sitió á Siena, que defendia el general francés Montluc hacia cuatro meses. El hambre obligó al fin á los habitantes á rendirse bajo una capitulacion razonable, y Montluc salió de la plaza al frente de sus tropas con todos los honores de la guerra. No iban tan bien las cosas en el Piamonte, pues el duque de Alba tenia al frente al mariscal de Brisac, cuyos talentos y habilidad frustraron todas sus tentativas.

1555. El fallecimiento de Julio III, cuya silla ocupó solo por veinte dias Marcelo Cervino, y despues el cardenal Carrafa, con el nombre de Paulo IV, causó al emperador

grande sentimiento, por ser este Pontífice enemigo declarado de la casa de Austria. La pérdida de su madre Doña Juana, que falleció tambien en aquellos dias, fue para Carlos otro nuevo motivo de disgusto, y estas causas, reunidas á las de tantas y tan continuas guerras, y al mal estado de su salud, le hicieron suspirar por una vida tranquila y retirada. Para alcanzarla, tomó la determinacion de abdicar la corona en Felipe, y llamándole á Brusélas, renunció en él con toda solemnidad el dominio de Flandes y de Borgoña, y el gran maestrazgo de la orden del Toison. Exhortóle luego á considerar el bien de sus pueblos como el mas grato testimonio que pudiera darle de su amor y reconocimiento. «En vuestra mano está, *le dijo*, «justificar por medio de una administracion prudente y benéfica, la extraordinaria «prueba que acabo de daros de mi paternal «ternura, y acreditar que sois digno de esta «confianza. Guardad un respeto inviolable á «la religion; mantened la fe católica en toda «su pureza, y sean para vos sagradas las leyes de vuestro pais. Procurad no atentar á «los fueros y privilegios de vuestros pueblos; «y si algun dia deseáseis gozar á mi ejemplo

«de la quietud y tranquilidad de una vida
«privada, plegue al cielo concederos un hijo
«dotado de tales prendas, que al cederle la
«corona esperimenteis todo el gozo que yo
«esperimento al ceñir con ella vuestras sie-
«nes.» Este discurso, en el cual brillan á
porfía la magnanimidad, el afecto paternal
y el amor al pueblo, arrancó las lágrimas de
toda la asamblea, que no pudo menos de la-
mentar la pérdida de un príncipe, de quien
constantemente habian recibido los Países-
Bajos las mas señaladas muestras de estima-
cion y cariño.

1556. Algunas semanas despues de esta
ceremonia, resuelto Carlos á separarse ente-
ramente de los negocios, abdicó tambien á
favor de Felipe la corona de España, no re-
servándose de sus vastos dominios mas que
una pension de cien mil escudos, para pa-
gar su familia, y ejercitar su caridad y be-
neficencia. Antes de partir para España, tuvo
la satisfaccion de ver los preliminares de la
paz que tanto habia deseado, ajustando con
Enrique en Bauceles, cerca de Cambray, una
larga tregua. Hizo algunas tentativas para
trasmitir la corona imperial á Felipe; pero
su hermano Fernando desconcertó todos sus

planes, y tuvo Carlos que abandonarle el imperio por medio de un acto solemne. Partió luego para Zuitbourg, en Zelanda, y despues de despedirse de Felipe con toda la ternura de un padre que abraza á su hijo por la última vez, dió la vela para España, y llegó felizmente á Laredo el 28 de setiembre. Pasó de aquí á Burgos, y luego á Valladolid, en donde confirmó la abdicacion que habia hecho en Flandes, y despidiéndose de sus dos hermanas continuó su viage á Plasencia, en Estremadura, al monasterio de Gerónimos titulado de Yuste, donde habia resuelto acabar sus dias.

En la silenciosa soledad de este retiro sepultó Cárlos la grandeza, la ambicion y los vastos proyectos, que por espacio de medio siglo agitaron la Europa. Las prácticas y ceremonias religiosas eran su única ocupacion, y la conversacion de los monges todo su recreo. Fijos los ojos en la eternidad, y pareciéndole pequeñas las mortificaciones del claustro para espiar sus culpas, quiso alcanzar el favor del cielo celebrando sus propias exequias. Mas ya fuese que lo largo de la ceremonia, que se hizo con toda pompa y solemnidad, agotase sus fuerzas debilita-

das, ó ya que la ceremonia misma hiciese en su espíritu profunda impresion, le acometió al dia siguiente una fiebre que le condujo al sepulcro, dos años despues de su retiro, á la edad de cincuenta y ocho, seis meses y veinte y cinco dias. Tal fue el fin de este gran monarca, que entre sus prendas, ya ensalzadas por los españoles; ya deprimidas por los estrangeros, poseia por confesion de todos en el mas alto grado la mas necesaria á un monarca, que es la de descubrir los talentos, y sacar partido de ellos. A esta ciencia, á la ilimitada confianza que depositaba en sus generales, á la magnificencia con que recompensaba sus servicios, y á la práctica de todas las virtudes que aseguran la fidelidad y empeñan la gratitud y el afecto, debió Carlos V el glorioso nombre, que irá siempre á par del de los príncipes mas grandes que ha producido la tierra:

CAPITULO 36.

Felipe II.

1557. Resentido Paulo IV de que el rey de Francia hubiese hecho la tregua de Bau-

celes, en contravencion del tratado de alianza formado con él anteriormente, no perdonó medio ni fatiga para inducirle á que la rompiese, y renovase las hostilidades contra el rey de España. Luego que lo consiguió dió libre rienda á sus resentimientos, arres- tando al embajador de España D. Garcilaso de la Vega, é intentando en el consistorio una acusacion jurídica contra Felipe para privarle del reino de Nápoli, porque no pagaba el tributo que debia por él á la silla apostólica. Mostró el monarca español en esta circunstancia una moderacion, que acreditó el profundo respeto y veneracion, que desde los primeros años de su vida profesó hasta el último momento de su existencia á la santa Sede. Ni las decisiones de los teólogos, ni el parecer de sus consejeros pudieron reducirle á tomar la ofensiva, por mas que unos y otros le asegurasen que podia y debia hacerlo, sin temor de faltar á las leyes de la cristiandad. Esperó pacientemente que el pontífice se redujese á la razon, y solo cuando vió frustradas todas sus tentativas para atraerle á una reconciliacion, fue cuando se resolvió á sostener sus derechos, lamentando la mala estrella que le obligaba á dar princi-

pio á su reinado por una guerra que repugnaba hasta lo sumo á la delicadeza de sus sentimientos.

Mandó en consecuencia al duque de Alba que entrase en el Estado eclesiástico, como lo verificó, tomando posesion en nombre del sacro colegio de las muchas ciudades que capitularon, y declarando que la intencion de Felipe era restituirlas inmediatamente al sucesor de Paulo. Penetraron luego las tropas hasta las puertas de Roma, y el Pontífice, cediendo á las importunaciones de los cardenales, propuso una suspension de armas. El duque, no dudando del gozo que tendria su soberano en poner fin á una guerra tan á su pesar emprendida, consintió en una tregua de cuarenta dias.

El pontífice, que, en medio de las disposiciones pacíficas que mostraba; solo aspiraba á ganar tiempo, luego que supo que el duque de Guisa venia en su socorro al frente de veinte mil hombres, nombró comisarios para juzgar el proceso intentado antes contra Felipe. Retirado el duque de Alba al reino de Nápoles, fue el de Guisa en su seguimiento, y atacó á Civitella, que supo defender y conservar el conde de Santa Flora, obligándole á

volver á la defensa de Roma, amenazada por los españoles.

Hacia á este tiempo Felipe en la Flandes grandes preparativos, y auxiliado por la Inglaterra con ocho mil hombres, al mando del duque de Pembroke, juntó un poderoso ejército, que confió á Emanuel Filiberto, duque de Saboya. Marchó este general rápidamente á la Picardía, y sentó sus reales delante de S. Quintin, fijando Felipe su residencia en Cambrai para observar las operaciones. Acudió el condestable de Montmorenci al socorro de esta plaza con todas las tropas que pudieron reunirse, y encargó á Andelot, hermano del almirante Coligni, que la defendia, que penetrase en ella con los soldados mas escogidos, forzando un paso, mientras que el condestable llamaba con un ataque la atencion de los sitiadores. Perdió Andelot en esta peligrosa aventura la mayor parte de sus fuerzas, pero logró entrar en la plaza con cerca de quinientos hombres. Montmorenci, menos feliz, se acercó tanto á los atrincheramientos de los sitiadores, que, forzado á retirarse, se vió tan impetuosamente atacado por la caballería enemiga, al mando del conde de Egmont, que los hombres de

armas apelaron á la fuga para salvarse, y los infantes, desordenados por la artillería de los contrarios, les abandonaron el campo y la victoria. Fue esta tan completa, que los franceses tuvieron seis mil muertos y cuatro mil prisioneros, en cuyo número se contaban muchas personas de distincion, como el duque de Enghien, príncipe de la sangre, que murió de las heridas pocos dias despues, el condestable y su hijo primogénito, los duques de Montpensier y de Longueville, el mariscal de S. Andrés, el vizconde de Turenna y otros varios.

A la nueva de este suceso voló Felipe á San Quintin, mostró su reconocimiento al general, oficiales y tropa, con la cordialidad mas sincera, y atribuyendo el triunfo de sus armas á la proteccion especial del Dios de los ejércitos, resolvió construir con la advocacion de San Lorenzo, en cuya festividad se habia obtenido, el monasterio del Escorial, que por su grandeza y magnificencia pasa aún por la octava maravilla. Celebróse luego un consejo de guerra sobre si se deberia marchar al momento á París, abandonando el sitio de San Quintin, de cuyo parecer era el duque de Guisa; mas Felipe,

prudente por naturaleza, temiendo esponer sus tropas en el centro de la Francia, sin tener una sola plaza á que refugiarse en caso de revés, fue de opinion contraria. Continuóse, pues, el asedio, que el valor y esfuerzo de Coligni prolongaron aun por espacio de diez y siete dias, hasta que hecho prisionero en un asalto en la brecha que defendia con obstinacion, tremoló Felipe en San Quintin sus estandartes. Aprovechó Enrique esta dilacion para reunir sus tropas, levantar otras nuevas en todas las provincias, llamar las que mandaba el mariscal Brisac en el Piemonte, y prevenir al duque de Guisa que viniese de Italia con las suyas á defender el reino.

Privado Paulo de este único apoyo, recurrió á los venecianos para que, mediando entre él y el rey de España, negociasen la paz. Felipe, cuya piedad le hacia dudar de la justicia de su causa, se apresuró á reconciliarse con el Papa, que se convino en renunciar á la alianza de la Francia, y guardar una neutralidad absoluta, allanándose el monarca español á restituirle todas las plazas del territorio eclesiástico que se hallaban en su poder, y enviar al duque de Alba á pedir per-

don al Pontífice en nombre de ambos, por haber invadido el patrimonio de la Iglesia.

Salió el duque de Guisa de Roma el mismo dia que el de Alba besó los pies al Papa, y Felipe, abandonando el proyecto de penetrar en el interior de la Francia, empleó el resto de la campaña en la conquista de Catelet, Ham y Noyon. El caudillo francés fue recibido en su patria como el angel tutelar, y puesto al frente de un crecido ejército, marchó sobre Calais, tomada por los ingleses bajo Eduardo III, que era la única plaza que les quedaba del vasto territorio que habian poseido antiguamente en la Francia. El duque de Guisa, informado de que las fortificaciones estaban deterioradas, y la plaza poco guarnecida, la atacó impetuosamente, y en el espacio de ocho dias se apoderó de ella.

1558. Dulcificó la amargura de esta pérdida un nuevo acontecimiento, que restableció el ascendiente de las armas españolas. El mariscal de Termes, despues de haber invadido la Flandes y tomado de asalto á Dunkerque, avanzaba hácia Nieuport, cuando noticioso de que el conde de Egmont venia á su encuentro, procuró retirarse. Alcanzo-

le el conde cerca de Gravelinas, y le forzó á la batalla que procuraba evitar. La ventaja del terreno y el valor impávido de los franceses mantenian indecisa la victoria, cuando una escuadra inglesa, atrahida del estrépito de las armas, entró en el rio Aa, y asestando la artillería sobre el ala derecha de los franceses, los desordenó y puso en precipitada fuga, dejándose mas de dos mil muertos en el campo y tres mil prisioneros, incluso el mariscal con otros muchos oficiales.

Esta derrota obligó al duque de Guisa á abandonar las fronteras de los Países-Bajos, en donde se habia apoderado de la importante plaza de Thionville, para oponerse á las armas de Felipe. Incorporando en su ejército los restos de las tropas del mariscal Termes, y algunos otros destacamentos de las guarniciones de las plazas inmediatas, marchó con cuarenta mil hombres á las fronteras de la Picardia, y sentó sus reales cerca de Pier-Pont, mientras que el duque de Saboya, con su gente y la del conde de Egmont en igual número al de los enemigos, estableció su campo á las inmediaciones de Dourlens. Esperaba la Europa que una batalla decidiese cuál de los dos monarcas rivales le

daría la ley, pero procuraron ambos evitarla; Felipe, porque era naturalmente circunspecto, y Enrique, porque las rotas de San Quintin y Gravelinas le habian enseñado á tener mas prudencia de la que le era peculiar. Deseaban ademas, por otras graves consideraciones, terminar sus diferencias; y por los buenos oficios del legado del Papa, convinieron en un armisticio, al que se siguieron las negociaciones de la paz, que si bien fueron interrumpidas por la muerte de la reina María de Inglaterra, se terminaron despues felizmente con el tratado de Cateau-Cambresis. La restitucion á su primer poseedor de las conquistas hechas por ambas partes del lado de acá de los Alpes, desde el principio de la guerra de 1551, fue uno de sus principales artículos, y el menos favorable á los franceses, que se quejaron amargamente de tener que entregar ochenta y nueve plazas fortificadas en los Países-Bajos y en Italia, en cambio de tres de tan poca importancia como San Quintin, Ham, y Chatelet. El duque de Montmorenci, que habia inducido á Enrique á hacer este sacrificio, pensaba en casar la hija primogénita de este monarca con el de España, y á su her-

mana Margarita con el duque de Saboya.

1559. Este tratado permitió á Felipe partir de Zelanda para España con una numerosa flota, y desembarcar en Laredo con felicidad, si bien un terrible huracan echó poco despues á pique muchas de las embarcaciones, sepultando en la mar mas de mil hombres, y una preciosísima coleccion de pinturas y estátuas de Italia y de Flandes, que Carlos V habia formado en el espacio de cuarenta años. Siguió el monarca su marcha á Valladolid, y arregladas algunas cosas relativas al gobierno, hizo venir á su presencia á su hermano D. Juan de Austria, hijo natural del emperador, que se criaba en Villagarcía como un particular, y le estableció con un tren correspondiente á su alto rango. Pasó despues á Toledo á disponer los preparativos para su boda, que un desgraciado accidente hubo de dilatar por algunos dias. Habia ido el duque de Alba á París á desposarse, en nombre de su soberano, con la princesa Isabel, y en medio de las fiestas que con este motivo se celebraron allí, el conde de Montmorenci justando con Enrique, le sacó un ojo impensadamente con una hastilla de su lanza, de cuyas resultas

murió el monarca. Sucedióle Francisco II de diez y seis años de edad; y sus ministros, bien así como su madre Catalina de Medicis, que habia tomado las riendas del gobierno en cumplimiento del tratado de Cateau-Chambresis, hicieron que el cardenal de Borbon y el duque de Vandoma condujesen á la princesa Doña Isabel á Roncesvalles. Allí fue recibida por el cardenal de Mendoza, arzobispo de Burgos, el duque del Infantado y otros muchos señores; y trasladada á Guadalajara, se ratificó el matrimonio bajo la bendicion nupcial del cardenal. Pasaron luego los reyes á Toledo, y en las córtes que se celebraron allí fue reconocido D. Carlos, hijo de Felipe, por heredero de la corona.

1560. El gran maestre de Malta La-Valette, y el duque de Medinaceli, virey de Nápoles, hicieron muchas instancias á Felipe para que enviase fuerzas suficientes á contener los estragos y rapiñas que el pirata Dragut, mas temible aun que Barbarroja, hacia diariamente en las costas del Mediterráneo. El monarca, deseoso de librar á sus súbditos de este azote, mandó al duque de Medinaceli que equipase una numerosa flota, en la cual se embarcaron catorce mil hombres,

tomando el virey el mando de la escuadra, y dando la vela desde Mesina. Obligado por los vientos contrarios á entrar en Siracusa, y sin embargo de haber perdido allí cerca de cuatro mil hombres por las enfermedades, continuó su navegacion y se apoderó de la Isla de Zerbi ó Gerbos, poco distante de Trípoli. Esta detencion fue mas fatal aun que la anterior, pues habiendo resuelto el general, contra el parecer de sus oficiales, conservar y fortificar el castillo, dió lugar á que los infieles se acercasen. Dragut, informado del armamento que hacian los cristianos, abandonando la espedicion en que se hallaba empeñado contra uno de los príncipes de Berbería, voló á la defensa de sus propias posesiones, implorando los auxilios de Soliman. Envióle la Sublime Puerta una escuadra mandada por el almirante Piali, con la cual, y la que él tenia á su disposicion, avanzó Dragut con una celeridad igual al deseo que tenia de vengarse. Noticioso el duque por el aviso que le dió una fragata maltesa, del peligro que le amenazaba, llamó á consejo de guerra, en el cual opinaron algunos por que se fuese á atacar al enemigo, y otros por la retirada. Vacilan-

te el duque, dió lugar con la indecision, que jamás produce buen resultado en la guerra, á que se acercase el enemigo, á cuya vista todo fue consternacion y desórden. Cada bastimento, sin esperar la orden de su comandante, procuró á fuerza de vela y remo salvarse del peligro. Estrelláronse muchas naves en los escollos, bararon otras en las costas, apoderáronse los turcos de treinta, mataron mil hombres, é hicieron otros cinco mil prisioneros; y el duque, encargando el gobierno de Zerbi á D. Alvaro de Sande, atravesó de noche por medio de la escuadra enemiga con Doria y otros oficiales, y pudo ganar á Malta.

Procuró Sande lavar esta mancha con un valor que escede á todo elogio. Sitiado por Piali en Zerbi, demolidas las fortificaciones, acosado del hambre, y rodeado de doce mil enemigos, desechando sus proposiciones, y prefiriendo una muerte gloriosa á la esclavitud, acomete con la guarnicion á los infieles, fuérzales tres trincheras, bátese furiosamente con los genízaros delante de la tienda del general, perdiendo casi toda la gente, y abriéndose paso por medio de las filas contrarias con dos oficiales, llega á bor-

do de un barco español barado en la costa. Allí le halló el alba al dia siguiente, esperando con la rodela en una mano y la espada en la otra la carga de los enemigos, que admirando tan heróico valor respetaron su vida, y le llevaron cautivo á Constantinopla con otros muchos oficiales de distincion, á todos los que rescató Felipe poco tiempo despues.

1562. La victoria de Dragut sugirió á Hassen, rey de Argel, é hijo de Barbarroja, el proyecto de arrojar á los cristianos de Oran y de Mazarquivir. Penetró Felipe sus designios, y mandó equipar con la mayor prontitud veinte y cuatro galeras, que apenas salieron del puerto fueron echadas á pique, á escepcion de dos, por una furiosa tempestad que costó la vida á cuatro mil hombres. Animado Hassen con la nueva de este desastre, y reforzado con los socorros que le enviaban otros príncipes mahometanos, se puso á la primavera siguiente sobre aquellas dos plazas con treinta bajeles y un ejército de cien mil hombres. Penetrado Felipe de la importancia de estas dos posesiones, envió en su socorro una numerosa escuadra al mando de D. Francisco Mendoza, que acome-

tiendo la de Hassen , le apresó nueve naves; obligándole á abandonar el sitio que habia puesto á Mazarquivir , y á retirarse precipitadamente.

1564. No contento con esto el monarca español, trató de acometer el Peñon de Velez, asilo y refugio del corsario Cara Mustafá, que con seis bajeles tenia desoladas aquellas costas. No necesitaba, á la verdad, para esta conquista, las crecidas fuerzas marítimas, que, auxiliado por el Portugal y la Orden de Malta, habia reunido en Málaga para oponerse á Soliman, que se temia viniese sobre sus estados; mas sirviéndose de ellas para asegurar el buen éxito, embistió aquella escarpada roca, cuyo mando habia confiado Mustafá á un renegado llamado Ferrer con doscientos hombres, seguro de que sobraban para su defensa. Mas apenas habian establecido los españoles sus baterías, cuando un terror pánico se apoderó de Ferrer y de sus soldados. La mayor parte se escaparon por la noche á nado, y el resto abrió las puertas á los vencedores.

Publicó Felipe entonces y mandó observar el concilio de Trento, que á sus instancias se habia vuelto á abrir en febrero de

1562, cerrándose en diciembre del siguiente año. Sus decisiones fueron recibidas con veneracion y acatamiento en los dominios de España y de las Indias, mas en los Países-Bajos, donde la heregía habia hecho muchos progresos, causaron grandes alteraciones.

1565. Soliman, en su cualidad de protector de la secta de Mahoma, ardia en deseos de humillar y abatir la cristiandad, para lo cual hizo preparativos inmensos. Indecise sobre la potencia cristiana á donde iria primero á descargar su cólera, se decidió al fin por los caballeros de Malta, cuyos cruceros habian obstruido el comercio de Constantinopla, y acababan de apresar un barco cargado de mugeres de singular belleza destinadas á su serrallo. Una flota de doscientas velas á cargo de Hassen Dragut y Piali, con veinte y cinco mil combatientes mandados por Mustafá, ancló en Malta, y echó la gente en tierra sin la menor oposicion. El gran maestro Juan de La-Valette Parisot, á pesar de que no tenia mas fuerzas que setecientos caballeros de la orden, de todas edades, y ocho mil quinientos hombres, desplegó en la defensa de la isla un valor y destreza, de que ofrece pocos ejem-

plos la historia. Esperando los socorros que habia pedido á los príncipes cristianos, y señaladamente los del rey de España, como tan interesado por la proximidad de sus estados en la conservacion de Malta, sostuvo La-Valette con heróica constancia los frecuentes y encarnizados ataques de los enemigos, defendiendo el terreno materialmente á palmos, y regándole con la sangre de los esforzados caballeros que solo le abandonaban con la vida. Envióle por fin al cabo de tres meses el virey de Nápoles, de orden del soberano, seis mil hombres mandados por Ascanio de la Corte; y D. Alvaro de Sande, acometiendo á los turcos con mas arrojo que prudencia, los obligó á ganar precipitadamente sus naves. Tal fue el resultado del sitio de Malta por siempre memorable, en razon del heroismo con que un corto número de caballeros resistió los ataques del monarca mas poderoso de su siglo. Celebró toda la cristiandad esta victoria con fiestas y regocijos, y el nombre del gran maestre corria de boca en boca con respeto y admiracion. Felicitáronle todos los príncipes cristianos; y Felipe II le hizo el presente de una espada y un alfange con pu-

ño de oro macizo, guarnecido de diamantes, obligándose además á suministrarle cierta cantidad para la reparacion de la isla.

1566. Volvió entonces Felipe su atencion sobre las alteraciones de los Países-Bajos, cuyo gobierno habia confiado á su salida para España á Margarita duquesa de Parma, hija natural de Carlos V, dejándola por principal y único consejero al obispo de Arras, Granwella. El rigor de las disposiciones de Felipe contra los errores de Lutero, y la severidad con que fueron ejecutadas por las persuasiones de Granwella, no menos rígido en materias de religion que el monarca, y al mismo tiempo colérico y orgulloso, exasperaron los ánimos, y abrieron las puertas á las quejas y reclamaciones amargas, que apoyaron en secreto el príncipe de Orange y los condes de Egmont y de Horn, individuos del consejo. Informaron estos al rey del descontento que la dureza de Granwella habia causado en aquellos países, solicitando su separacion del lado de la gobernadora; y aunque Felipe se negó á esta demanda, Granwella disgustado obtuvo el permiso de retirarse. Mas no por eso se mitigó el rigor de los antiguos edictos, antes bien

se publicaron otros nuevos, con lo cual acabó de estallar la rebelion.

Confederáronse abiertamente todos los nobles y poderosos contagiados del error, y arrastraron á su partido á casi todo el pueblo, con pretesto de defender sus leyes y fueros, y la seguridad de sus bienes y familias. Exaltados por el entusiasmo y elocuencia de Felipe de Marnix, señor de Santa Aldegonda, hicieron un manifiesto firmado por infinitas personas de todas clases y sectas, y le derramaron con profusion por todas partes, bien así como los libros que se escribieron despues con el objeto de propagar la falsa doctrina. Obteniendo luego permiso de la gobernadora para esponerle sus quejas y sentimientos, entraron en Bruselas cerca de cuatrocientas personas de las mas señaladas, y despues de haber hecho las mayores protestas de fidelidad y sumision al rey, se lamentaron del rigor de las medidas adoptadas hasta entonces, hicieron presente que si continuaba el descontento vendría á parar en una violenta insurreccion. Pidieron á la gobernadora que enviase á Madrid algunas personas ilustradas y de buena intencion, para informar al rey de la necesidad

que habia de moderar el rigor de los edictos, hasta saber su soberana resolucion, y por último concluyeron protestando delante de Dios y del rey, de su alteza y del consejo de estado, que no serian responsables de las calamidades que pudieran sobrevenir si se despreciaban sus súplicas.

La gobernadora envió esta representacion á Madrid por mano del marques de Mons y el baron de Montigni, que, lejos de ser recibidos, como diputados, fueron mirados como sediciosos. Mientras tanto los confederados pedian á gritos la reparacion de los males de que se quejaban, y despues de haberse reunido y armado para celebrar su culto libremente, arrebatados de un furor fanático se lanzaron en las iglesias católicas, destruyeron los altares, profanaron las imágenes, saquearon los ornamentos y vasos sagrados, insultaron á los ministros, y se entregaron á todo género de excesos. Cundió el incendio por todas las provincias, y el príncipe de Orange, el conde de Egmont y el de Horn, temiendo las consecuencias, procuraron apagarle, y lograron restablecer el orden y la tranquilidad.

Sin embargo, esta conducta produjo en

Felipe distinto efecto del que estos señores se prometian, pues al cabo la misma mano que habia apagado el hacha de la rebelion, la podia encender de nuevo. No disimuló el monarca estos temores, ni la venganza que meditaba, pues la correspondencia del marques de Mons y del baron de Montigni estaba llena de las amenazas que proferia Felipe diariamente; y el duque de Alba decia á la regenta en una carta que cayó en manos del príncipe de Orange, que el rey miraba á este y á sus dos colegas los condes de Egmont y de Horn, como los promotores de la sedicion, y que habia jurado castigarlos, como tambien á los otros habitantes de los Paises-Bajos, del modo mas severo.

La gobernadora, en virtud de las órdenes y auxilios de España, levantó cinco regimientos de infantería y un cuerpo de caballería, con cuyas fuerzas se halló ya en estado de ejecutar el plan de Felipe. El primer uso que hizo de estas tropas fue obligar á Valenciennes, que se habia señalado en el odio á los católicos, á que recibiese una guarnicion, castigando de muerte á los mas notados, y prohibiendo absolutamente el culto protestante. Tournay, y aun Amberes, intimidada-

das por la suerte de Valenciennes, se sometieron al yugo. Temblaron los confederados, pero sostenidos por el conde de Brederode, se arrojaron aun á recapitular las pasadas quejas en una nueva peticion, que desechó Margarita diciéndoles, que habian perdido por su conato de sedicion el derecho de quejarse. Brederode, retirándose á Holanda, reunió un cuerpo de tropas y se fortificó en Vianen; pero al aproximarse los condes de Aremberg y de Mughen, se refugió á Alemania, en donde murió un año despues. Con esto se restableció la tranquilidad, entraron todos en la obediencia, recobraron los magistrados católicos su autoridad, y el verdadero culto su esplendor y pureza. El señor de Montigni, que habia tenido la audacia de proponer al príncipe D. Carlos, que pasase á Flandes á ponerse al frente de los descontentos, cosa que no les disgustaba, fue preso en el alcazar de Segovia, y habiéndose querido escapar, le trasladaron al castillo de Simancas, donde se le procesó, condenándole á muerte con los demas cómplices.

1567. Habia hecho voto Felipe de esterminar de raiz la heregía, y con este objeto

nombró al duque de Alba teniente general de los estados de Flandes, con la misma autoridad que ejercería el monarca si estuviese allí en persona. El príncipe D. Carlos, que era sumamente colérico y ambicioso, y que miraba con aversión á su padre porque no le daba parte en el gobierno, sintió tanto este nombramiento que deseaba para sí, que cuando el duque fue á tomar sus órdenes para pasar á Flandes, le dijo, que si se atrevía á admitir esta comision, y privarle de la gloria que le podia resultar de ella, le quitaria la vida antes que permitirlo. Procuró el duque aplacarle, diciéndole que él solo iba á restablecer la tranquilidad en aquellas provincias, para que S. A. pudiese despues pasar allá sin peligro alguno, y que finalmente á él solo le tocaba obedecer como buen vasallo. Irritado D. Carlos con esta contestacion acometió con la espada al duque, el cual cogiéndole de los brazos, pidió socorro á voces y habiendo entrado algunos, el príncipe se retiró. La noticia de la ida del duque de Alba á Flandes causó grande sensacion en el pais, y el príncipe de Orange trató de conjurar la tempestad, que no dudaba vendria á descargar sobre él, retirándose al condado de Nassau. Pro-

curó además persuadir al duque de Egmont á que siguiese su ejemplo, representándole el peligro que le amenazaba; pero este, falto de recursos para mantener su numerosa familia fuera de su patria, y confiado en sus buenos servicios y en los testimonios de afecto que el rey le habia dado, no se resolvió á espatriarse. El príncipe de Orange viéndole inflexible, le dijo: *Tú te arrepentirás de no haber seguido mi consejo, pero me temo que será tarde.* Siguióse á la retirada del príncipe de Orange la entrada triunfante del duque de Alba en Bruselas, y no mucho despues la prision de los condes de Egmont y de Horn, á quienes habia llamado el duque con pretesto de consultar con ellos. En vano protestaron que como caballeros del Toison no podian ser juzgados ni presos sino por sus pares, pues fueron encerrados en el castillo de Gante. La misma suerte corrieron otras muchas personas principales, y entre ellas el señor de Beckerseel, con cuya noticia, que se propagó al instante hasta las estremidades de aquellos dominios, fue tal la consternacion de las gentes, que se dice que emigraron mas de cien mil personas de todas clases y condiciones. La duquesa de Parma, admirada de estas pri-

siones que se hacian sin su autoridad, pidió y obtuvo permiso para retirarse.

1568. A este tiempo el príncipe D. Carlos, sordo á las reprensiones de su padre, y desdenando las amonestaciones de su confesor y los consejos de su ayo, continuaba en sus desórdenes, maltratando á sus criados de obra y de palabra, queriendo arrojar por una ventana á su gentil-hombre de cámara D. Alfonso de Córdoba, y acometiendo con la espada en el mismo palacio al presidente Espinosa, porque habia desterrado al cómico Cisneros. Censurando ademas con poco decoro y menos respeto el gobierno de su padre, y fraguando su fuga de España á Alemania, obligó por fin con sus escesos al autor de sus dias, á que le arrestase en su cuarto, sacando antes de él todo aquello de que pudiera echar mano en la desesperacion para atentar á su vida y encargando su vigilancia al duque de Feria y al príncipe de Eboli. Procuró Felipe informar de esta resolucion al Papa, al emperador, á los demas soberanos sus aliados, y á todas las ciudades del reino; y como el emperador se interesase á favor del príncipe, le contestó el monarca que en todo procederia con la prudencia y ternura de un pa-

dre. Pero Carlos, lleno de impaciencia en la prision, estuvo dos dias sin querer comer, hasta que su padre le obligó á tomar algun alimento. Comia otras veces con exceso, y bebia agua helada con tanta abundancia, que se le estragó el estómago, encendiéndose de aquí una fiebre maligna, que se fue agravando en términos, que los médicos, desesperando de su salud, le avisaron del peligro en que se hallaba. Resignóse entonces á la voluntad de Dios, y se preparó á la muerte con mucha piedad y gran sentimiento de sus excesos. Solicitó con muchas instancias ver á su padre, pidióle perdon de los disgustos que le habia causado, recibió su bendicion, y espiró á poco tiempo á los veinte y tres años y medio de su edad. Pocos meses despues falleció la reina Doña Isabel, y Felipe se casó con su sobrina Doña Ana de Austria, que estaba prometida al príncipe D. Carlos.

Habia publicado el duque de Alba, luego que se encargó del mando de los Países-Bajos, las leyes mas severas, dando al mismo tiempo órdenes secretas á los tribunales que conocian de las causas de religion, para que procediesen con todo rigor á la eje-

cucion de los edictos, y estableciendo otro nuevo de doce consejeros españoles, para formar causa directa ó indirectamente á los que hubiesen contribuido á las últimas alteraciones. Este tribunal, que los flamencos llamaban *Consejo de Sangre*, y al cual presidia el jurisconsulto Vargas, declaró reos á todos aquellos que hubiesen representado contra los últimos edictos del soberano, ó hecho alguna instancia á favor de los reformados. Estas disposiciones, sostenidas por la fuerza, infundieron tal terror en los habitantes, que mas de veinte mil huyeron á paises extranjeros. Luego que los tribunales empezaron á ejercer sus funciones, no se veían por todas partes sino objetos de horror y de espanto, destierros, confiscaciones, prisiones y suplicios.

Lanzaron todas las provincias un grito general de indignacion, y el príncipe de Orange imploró los auxilios del conde Palatino del Rhin, del duque de Witemberg, del landgrave de Hesse y otros príncipes alemanes, que le enviaron grandes sumas, permitiéndole levantar tropas en sus estados. Esperaba además un socorro mas eficaz de su hermano Luis, conde de Nassau, que en efecto, re-

uniendo en las partes septentrionales de Alemania los desterrados y descontentos de Flandes, marchó con una division á los Países-Bajos, y campó cerca de Groninga. Envió el duque de Alba al conde de Aremberg para que observase sus movimientos; mas arrastrado por la impaciencia y murmuraciones de los soldados españoles que iban en la vanguardia, se vió en la necesidad de atacar á los contrarios, situados sobre una eminencia defendida por una gran laguna. Dejóles el enemigo acercarse á tiro, y no pudiendo ya retroceder ni manejarse en medio del fango, los atacó con ímpetu, haciendo en ellos una horrorosa carnicería. Quedaron muertos seiscientos españoles, y los alemanes se rindieron á discrecion. El conde de Aremberg acometió con el mayor furor al conde Adolfo de Nassau, y cayó muerto de una herida.

Sintió mucho el duque de Alba esta derrota, y resuelto á pasar á Frisia para disipar las tropas del conde Luis de Nassau, quiso determinar antes las causas de los condes de Egmont y de Horn, que sentenciados á muerte la sufrieron en un cadalso, como tambien otros diez y nueve señores. Marchó luego el duque contra los rebeldes, y

los atacó delante de Gemnisen, facilitándole un tumulto, promovido en el campo contrario por los alemanes, la destrucción de los enemigos.

Hallábase mientras tanto el príncipe de Orange en Treveris reuniendo sus partidarios, y se dirigió luego hácia las fronteras del Guederland, publicando un manifiesto para justificar su conducta y los motivos que tenia para recurrir á las armas, abjurando al mismo tiempo la religion católica, y abrazando la de los protestantes. Pasó el Rhin, y continuó su marcha hasta las orillas del Meusa, desde donde vió al otro lado al duque de Alba, dispuesto á detener sus progresos; mas toda su vigilancia no pudo impedir que el príncipe pasase este rio por un sitio que tenia por invadeable. Aunque quiso aprovechar los primeros momentos de esta sorpresa para acometer á los contrarios, no se lo permitió la terquedad de los alemanes, que se obstinaron en no pelear hasta el dia siguiente, dando lugar al duque para atrincherarse, y evitar una accion decisiva, que era el plan que se habia propuesto. Siguióle exactamente, no dudando que las tropas del príncipe se dispersarian pronto por

la escasez de medios, y así sucedió en efecto, pues los alemanes empezaron á murmurar por la falta de pagas, y el príncipe, no pudiendo obtener ventaja alguna sobre un enemigo tan diestro y vigilante, como lo era el duque de Alba, licenció sus tropas y se fue á Francia.

1569. Trataban al mismo tiempo los moros de Granada de sacudir el yugo, pues si bien se habian conformado con las ceremonias y usos católicos, eran en el fondo de su corazón mahometanos. Algunas medidas de rigor tomadas contra ellos, en virtud de las representaciones del arzobispo, aceleraron la esplosion, y acudiendo á las armas eligieron por su rey á D. Fernando de Valor, jóven de veinte y cinco años, esforzado, de grandes prendas, y lleno de nobles sentimientos, que tomó el nombre de Aben-Humeya de sus ascendientes los reyes de Granada. Sostuviéronse por algun tiempo en las montañas de las Alpujarras contra el marques de Mondejar, capitan general de la provincia; pero al cabo tuvieron que ofrecerse á la sumision. Recibió el marqués á sus diputados favorablemente, y al dar cuenta al soberano, le rogó que usase de la dulzura; pero

Felipe, que creía que el rigor era el mejor medio para sujetarlos, é impedir las rebeliones, mandó que todos los prisioneros que pasasen de once años fuesen vendidos como esclavos, sin distincion de clase ni sexo. Esto irritó tanto á los sometidos, que se rebelaron de nuevo, abandonándose á todos los excesos que inspiran el furor y la desesperacion; y los soldados de Mondejar, viéndose sin pagas, se derramaron por el pais, saqueando los pueblos. El rey con estas noticias depuso á Mondejar, y nombró en su lugar á D. Juan de Austria, su hermano, bajo la direccion de un consejo militar, sin cuya aprobacion no podia emprender cosa alguna.

Mientras que D. Juan estuvo en esta tutela, las operaciones fueron lentas y poco eficaces; mas luego que tuvo toda la autoridad hizo prodigios, y sujetó en poco tiempo los rebeldes. Aben-Humeya, habiendo escrito á Mondejar acerca de su padre y hermano, que estaban prisioneros en Córdoba, se hizo sospechoso á los de su partido, que acabaron por deponerle. Su sucesor Lopez Aben-Abo, que tomó el nombre de Muley-Abdalla, le hizo prender y morir en un patíbulo.

1570. El nuevo caudillo morisco hizo frente por algun tiempo á los esfuerzos reunidos de D. Juan de Austria y del marques de Lesa, y esta resistencia obligó á Felipe á mitigar algun tanto el rigor de las medidas anteriores. Con esto, y la muerte de Muley, asesinado por otro moro, cesó la guerra despues de dos ó tres años, habiendo perecido en ella veinte mil españoles, y mas de cien mil moriscos, quedando despobladas y destruidas las mas bellas comarcas de España.

1571. El establecimiento del impuesto de la décima en los Países-Bajos dió lugar á nuevas alteraciones, y una amnistía general, concedida por Felipe, con la confirmacion del Papa, acabó de exasperar los ánimos, pues por sus muchas escepciones fue mirada como un acto de severidad y de rigor, mas bien que de clemencia. Pasaron algunos descontentos á Voorn, pequeña isla situada á la embocadura del Meusa, á cuatro leguas de Rotterdam, y enarbolaron el estandarte de la rebelion en los muros de Brilla, capital de la Isla. Informado el duque de Alba de este atentado, mandó al conde de Bossut, gobernador de Holanda, que marchase contra los rebeldes; pero vencido por

ellos tuvo que retirarse. Cerróle Dordrecht las puertas, y en venganza sacrificó los protestantes de Rotterdam. Esto, lejos de intimidar á los reformados, solo sirvió para inflamarlos. Flesinga, plaza de grande importancia en la embocadura del Escalda, fue la primera á sacudir el yugo: siguieron los de Zelanda su ejemplo, y antes que el duque de Alba pudiese reunir fuerzas suficientes para oponerse á sus progresos, el número de los descontentos se habia engrosado en tal manera, que pudieron sitiar á Midlebourg. A la verdad esta tentativa no tuvo buen resultado, y aun se vieron forzados á retirarse de los muros de Turgow; pero las ventajas que obtuvieron por mar compensaron ámpliamente las pérdidas que habian tenido en tierra. Una flota de ciento cincuenta velas recorrió el canal, y detuvo al duque de Medinaceli, que iba en socorro del de Alba con cincuenta naves y dos mil veteranos. Después de un reñido combate, apresaron los rebeldes veinte barcos españoles de los mas grandes, y el general tuvo que tomar el puerto aliado de Stuys.

Hallábase Felipe en esta época empeñado en otra guerra de no menos consideracion.

La Puerta Otomana, despues del sitio de Malta, habia tomado á los venecianos la isla de Chipre, y amenazaba invadir los estados cristianos que se estendian principalmente á lo largo del Mediterráneo. El celo y la política hicieron al Papa Pio V exhortar á los príncipes católicos al combate y esterminio de los infieles; pero ocupados todos en los negocios de sus estados, solo Felipe acudió al llamamiento, confederándose con el Pontífice y los venecianos.

Reunida en Mesina en muy pocas semanas, por el ardor y actividad de los aliados, una escuadra de mas de doscientos cincuenta buques de guerra y cincuenta mil hombres de mar y tierra, se confió el mando de estas fuerzas á D. Juan de Austria, con el nuevo y pomposo título de generalísimo. Selim, que en nada cedia á su predecesor Soliman, hizo salir tambien de Constantinopla una crecida flota al mando de Halí, que navegando hácia las costas occidentales de la Grecia descubrió la de los aliados, cerca del golfo de Lepanto ó Corinto, inmediato á la isla de Cefalonia. La superioridad de las fuerzas musulmanas no pudo contener el guerrero ardor de D. Juan, que dió en el mismo

momento la señal del combate. Triunfaron los cristianos, no sin la crecida pérdida de diez mil hombres, que dulcificó el rescate de quince mil cautivos. No se sacó de esta victoria todo el fruto que debiera sacarse, pues las desavenencias entre los gefes de los aliados entorpecieron las operaciones.

Recibió Felipe la noticia de este triunfo con una frialdad, que mostraba bien á las claras los celos que le inspiraba la gloria de su hermano. *D. Juan venció, dijo, pero se espuso demasiado, y pudiera haber sido vencido.* La muerte de Pio V, á quien sucedió Gregorio XIII, disolvió la liga. Mientras tanto el príncipe de Orange, que informado de las ocurrencias de su pais habia regresado á él desde Francia, pudo reunir y disciplinar un crecido número de tropas, con lo cual se halló en estado de ponerse en marcha contra los contrarios. Su hermano Luis se habia apoderado de Mons con solos cien caballos, defendiéndola del duque de Alba con tal esfuerzo, que solo pudo entrar en ella, mediante una capitulacion muy honrosa para las tropas que la guarnecian. No les sucedió así á las plazas de Malinas y Zutphen, que se habian señalado por su adhesion al príncipe de

Orange, pues fueron entregados al furor de la soldadesca, que no hubo género de excesos que no cometiese. Si este fue un ejemplo para las ciudades de Groninga, de Over-Issel, de Utrech y de la Frisia, que abandonando el partido del príncipe de Orange se apresuraron á entrar en la sumision del duque; no sucedió asi en Zelanda ni en Holanda, pues se declararon contra él todas las provincias, á escepcion de Amsterdam, que permaneció constantemente fiel á su soberano. Envió el duque contra ellas á su hijo D. Fadrique de Toledo, y renováronse en Naerden, á tres leguas de Amsterdam, las escenas de Malinas y de Zutphen.

1573. Estas crueldades, en vez de intimidar á los habitantes de Harlen, á quienes los magistrados de Amsterdam habian intimado la sumision, no hicieron mas que irritarlos. Defendiéronse con encarnizamiento de los ataques de veinte mil hombres, mandados por D. Fadrique, hasta que habiendo pasado por todos los calamitosos horrores de un largo sitio, cuando trataban de hacer el último esfuerzo á que puede llegar la desesperacion, y lanzarse con sus mugeres é hijos en medio de los enemigos, el general español les pro-

puso la rendicion. Admitiéronla, con la condicion de perdonarles la vida á todos, á excepcion de cincuenta personas nombradas, y de eximirlos del pillage, mediante doscientos mil florines. Cumplióla D. Fadrique; pero á la llegada de su padre, tres dias despues de haber ocupado la plaza, fueron asesinadas mas de novecientas personas, la mayor parte de ellas soldados franceses, ingleses y holandeses.

Pensaba D. Fadrique marchar sobre Alce-
maer, pero la tropa lo rehusó, porque no se le habia permitido saquear á Harlem, ni se le pagaba. Pudo en este intervalo el príncipe de Orange reforzar la guarnicion de aquella plaza, poniéndola en estado de resistir por largo tiempo los ataques del enemigo, como lo hizo, obligándole por fin á levantar el sitio. No fue esta sola mortificacion la que experimentó el duque de Alba, pues hubo de pasar tambien por la de ver derrotada una escuadra de doce buques mayores de guerra, que habia armado en Amsterdam para oponerse á la de los protestantes. Uno de aquellos buques fue echado á pique, sin que se salvase un solo hombre, tres bararon en la costa y fueron presa del enemigo,

y los demas huyeron, á escepcion de el del Almirante, que se defendió hasta perder doscientos hombres de los trescientos que llevaba. Rindióse entonces el conde de Bossut, que mandaba la escuadra, á condicion de que se respetaria la vida de la tripulacion, y pasó prisionero á Horn. Compensó en parte este desastre la derrota de un cuerpo que mandaba Santa Aldegonda, y la prision de este caudillo. Mas en medio de esto, obtuvo el duque de Alba el permiso que por su quebrantada salud habia pedido para retirarse. Fue nombrado en su lugar el de Medinaceli, que conociendo las grandes dificultades de aquel gobierno, hizo dimision del mando, y le reemplazó D. Luis Zúñiga de Requesens.

Entre tanto atacaba D. Juan de Austria con una poderosa flota á Tunez, apoderábase de ella, echaba los fundamentos de una nueva ciudadela, y recibia la sumision de Biserta, veinte leguas distante de Tunez. Duraron poco estas conquistas, porque no tardaron mucho tiempo los turcos en recobrarlas.

1574. Uno de los primeros cuidados de Requesens fue el de reprimir la insolencia de las tropas, y socorrer á Midlebourg, sitiada

hacia diez y ocho meses por los protestantes. Desgraciadamente la flota tripulada con este objeto fue batida por otra del príncipe de Orange, y aquella plaza tuvo que capitular, saliendo la guarnición con sus armas y bagajes, los católicos con sus efectos, y poniendo en libertad á Santa Aldegonda. A este tiempo el conde Luis de Nassau, con los socorros de Francia y de algunos príncipes protestantes había reunido diez mil hombres, con los cuales se propuso penetrar en la Gueldres, y atravesar el Brabante, para unirse al príncipe de Orange, que venia de las provincias marítimas á su encuentro. Informado Requesens de estos movimientos, envió inmediatamente á D. Sancho de Avila con la flor del ejército español para que se opusiese á la marcha del conde Luis, que creyendo hallar en las orillas del Meusa un aliado, se encontró con un poderoso enemigo. Tomó el conde posición cerca del lugar de Mooch, en donde le atacó Avila, forzando sus atrincheramientos, matándole cinco mil hombres, y ganando una victoria decisiva, por haber muerto en la batalla el conde Luis, su hermano Enrique y el conde Palatino.

Este acontecimiento obligó al príncipe de Orange á retirarse, lo cual no hubiera hecho fácilmente, si los soldados españoles no se hubiesen amotinado contra el general, pidiéndole con insolencia las pagas atrasadas, nombrándose un gefe, y entrando armados en Amberes. Sin embargo, la presencia y las persuasiones del regente, y sobre todo, otro argumento mas poderoso, como lo fue el de distribuir entre ellos cien mil florines, los hicieron entrar en razon y marchar al sitio de Leide. Pero mientras que se hacian los preparativos para esta empresa, se perdió la flota que Requesens habia mandado equipar en Amberes para someter la Zelanda. Adolfo Hanstede, temiendo que cayese en poder de los amotinados, la sacó del puerto; mas los zelandeses vinieron á atacarla de improviso, apresaron cuarenta buques, echaron otros muchos á pique, é inutilizaron las restantes.

El regente, deseoso de restablecer la autoridad real en los Países-Bajos, publicó un perdón que no surtió efecto, porque contenía la condicion espresa de renunciar el protestantismo y volver á la fe católica. Continuóse entonces el sitio de Leide, interrumpido para ir á atacar al conde Luis, y se

apretó en términos, que los habitantes empezaban ya á temer el hambre. Trató el príncipe de Orange de introducir víveres en la plaza, y no pudiendo conseguirlo, hizo abrir las esclusas del Meusa y del Isel, para anegar los contornos y facilitar la entrada de su flota. Esta operacion no produjo por entonces el efecto que esperaba, pues los españoles, abandonando las llanuras, se retiraron á los fuertes mas altos continuando el bloqueo; pero cambiando á fines de setiembre el viento, descargó el océano sus aguas en los rios con una violencia extraordinaria, y los campos de Leide se convirtieron en una espaciosa laguna. Entró entonces la flota y socorrió la plaza tan á tiempo, que si el bloqueo hubiese durado dos dias mas, los auxilios hubieran llegado tarde.

1575. Abrió el regente la campaña próxima con la invasion de la Zelanda; sitió á Zurich-Zea, capital de la isla de Schowen, y al cabo de nueve meses enarboló en ella el estandarte real; pero su constitucion no pudo resistir tantas fatigas é inquietudes, y por su muerte quedaron los Países Bajos expuestos á mayores calamidades que las que habian sufrido bajo su gobierno.

1576. El consejo de estado, que tomó las riendas de la administracion, no tenia medios para satisfacer á los soldados las pagas que reclamaban ni para reprimir su insolencia. Lleváronla hasta el punto de deponer á sus oficiales, sustituyendo otros en su lugar, sorprendiendo la plaza de Alost y devastando el pais adyacente. Hubiera corrido Gante la misma suerte, si el príncipe de Orange no hubiese ido en su socorro, y arrojado de ella la guarnicion española. Un servicio tan importante no podia menos de aumentar el crédito y la influencia del príncipe, y asi realizó el plan que habia formado de reunir las provincias para sacudir el yugo de España. Enviaron estas sus diputados á Gante, y se celebró un tratado de alianza entre todas ellas, á escepcion del Luxemburgo.

1577. Despues de la muerte de Requesens, confió Felipe el mando de los Países-Bajos á D. Juan de Austria, que á su llegada á Luxemburgo dió muestras de inclinarse á las medidas de conciliacion, ratificando la alianza de que acaba de hablarse, llamada *la pacificacion de Gante*, y prometiendo castigar á los autores de las calamidades que últimamente habian sufrido Amberes

y Alost, é indemnizar á estas de las pérdidas que habian tenido. Bastaron estas promesas para que los Países-Bajos le recibiesen como gobernador, y renovasen el juramento de fidelidad á Felipe. Entró luego D. Juan en negociaciones con los Estados, y se obligó por medio de un tratado, al que se dió el nombre de *edicto perpétuo*, á hacer salir de aquellos dominios las tropas extranjeras. Salieron en efecto todas, á excepcion de las alemanas, cuya partida trató de entorpecer D. Juan, intrigando con sus oficiales para llevar á ejecucion los planes que meditaba. Mas antes, aprovechándose de la coyuntura que le ofrecia el viage que hacia entonces Margarita de Navarra á Spá, se fue á Namur, por donde debia pasar, con pretesto de visitarla, y en medio de los regocijos con que la agasajaban se apoderó de la ciudadela. Escribió desde allí á los Estados, que se habia visto precisado á abrazar aquella medida para librarse de las asechanzas que se armaban contra su vida, y que no volveria á Bruselas mientras que los Estados no le diesen el mando absoluto del ejército, y cortasen toda relacion con el príncipe de Orange y las provincias de Holanda y de Zelanda.

Esta conducta de D. Juan hizo abrir los ojos á los Estados, que viendo la guerra inevitable, invitaron al príncipe de Orange á fijar su residencia en Bruselas. Entró en esta capital en medio de las aclamaciones del júbilo, que la envidia alteró bien pronto. Algunos de los señores principales, no pudiendo mirar la influencia del príncipe sino como un obstáculo á su ambicion, formaron un partido, y ofrecieron al archiduque Matías, hermano del emperador, las riendas del gobierno. Esta lisonjera oferta fue tan bien recibida del archiduque, que sin dar parte á su hermano se salió de Viena por la noche, y viajó con tanta celeridad, que llegó á Brabante, antes que los mensajeros del emperador pudiesen alcanzarle. Sorprendidos los Estados con la inesperada nueva de su llegada, é indignados contra los que le habian llamado, hubieran trastornado al momento sus pretensiones, si el príncipe de Orange, penetrando con profunda política las ventajas que se podian sacar de la rivalidad de las diferentes ramas de la casa de Austria, no los hubiera inducido á recibirle con todo el acatamiento debido á su rango, y á elegirle por gobernador.

El emperador, á pesar de esto, se mantuvo neutral. Enrique III, sucesor de Carlos IX en la corona de Francia, estaba demasiado ocupado en sus negocios para atender á los de los Países-Bajos, pero animó á su hermano el duque de Anjou á entrar en negociaciones con los Estados, con los que hizo despues un tratado, estipulando en él, que todas las conquistas hechas en la orilla del Meusa de la parte de la Francia serian para el duque. Los Estados, á mayor abundamiento, acudieron á la reina de Inglaterra, que les envió inmediatamente crecidos socorros, tratando de asegurar á Felipe por medio de un embajador, que no tenia mas intencion que la de impedir que las provincias en la desesperacion se pusiesen en las manos de otra potencia. El monarca español, á quien no era facil engañar, disimuló y no dió la menor muestra de resentimiento por esta injuriosa intervencion de Isabel. Sin embargo, resuelto á obrar con mas vigor y energía que nunca, mandó pasar á Flandes un cuerpo de tropas al mando de Alejandro Farnesio, príncipe de Parma, las euales unidas á las de D. Juan atacaron las de los estados de Gemblours y las derrotaron, reduciendo despues

á Lovaina, Sichem, Nivelles, y otras muchas del Brabante y del Hainault. Marchó luego el regente sobre el conde de Bossut, que habia reunido en las orillas del Demer los restos del ejército destruido en Gemblours, con los cuales, los socorros llegados de Inglaterra, y muchos destacamentos flamencos, habia tomado una posicion ventajosa. Empeñóse el regente en forzarla contra el parecer de Alejandro Farnesio, pero rechazado con pérdida de mil ochocientos hombres, se retiró al abrigo del cañon de Namur.

En esta desagradable situacion, esperando en vano de España los socorros que habia pedido, atacó á D. Juan una violenta enfermedad, que en pocos dias le precipitó al sepulcro. Atribuyen unos esta temprana muerte al disgusto de verse abandonado de su hermano, y privado de los auxilios que necesitaba, y otros al veneno. Varios historiadores dicen que Felipe temia su ambicion, y que crecieron sus recelos cuando tuvo avisos secretos de que D. Juan, á su llegada á Flandes, habia intentado casarse con la reina de Escocia: añaden que sospechando que su secretario D. Juan Escobedo era el que alentaba su ambicion, le habia hecho matar Fe-

lipo en Madrid; mas la causa de esta muerte, y el autor de ella, no se han podido descubrir, pues aunque se sospechó que Antonio Perez habia sido el agresor, y se le prendió, como se dirá luego, no llegó á recaer sentencia. De todos modos el príncipe Don Juan, á la edad de treinta años, habia rivalizado ya la gloria de los hombres mas grandes. Comparáronle con el emperador su padre, á quien en efecto igualaba en el valor, en la grandeza de alma, en la humanidad, generosidad, actividad y genio, y en la passion por la gloria.

Entretanto el oro de la Inglaterra habia determinado á cuarenta mil alemanes á pasar el Rhin, á las órdenes del príncipe Casimiro; el duque de Anjou, á la cabeza de un cuerpo de tropas considerable, tenia su campo cerca de Mons, y habia tomado el título de protector de los Países-Bajos; mas el espíritu de division malogró el fruto de todos estos preparativos. Las ciudades católicas temblaron al acercarse las tropas protestantes de Casimiro, cerráronles las puertas, y les negaron hasta los víveres. El príncipe de Anjou no fue mejor tratado, y entrambos tomaron el partido de retirarse á sus respectivos reinos.

Estas disensiones dieron lugar á Alejandro Farnesio, que habia sucedido á Don Juan de Austria en el mando, para ponerse en campaña. Sitió á Mastrick, y se apoderó de ella al cabo de tres meses, negociando con las provincias del Artois y del Hainault, conviniendo otra vez en que las tropas españolas é italianas evacuarían los Países-Bajos. La defeccion de estas provincias causó grande inquietud al príncipe de Orange, que para compensarla hizo en Utrech un nuevo tratado de alianza entre esta, las de Holanda y de Zelanda, de la Gueldres de la Frisia, del Brabante y de la Flandes. El éxito de esta union no fue tan inmediato como el príncipe esperaba. Escuchó las proposiciones de paz que le hizo Felipe en un momento, en que, por la muerte del rey de Portugal, trataba de hacer valer sus derechos á esta corona; pero como el monarca se mostrase inflexible sobre el artículo de religion, las conferencias de Colonia no surtieron ningun efecto.

Ocupaba el trono de Portugal, por fallecimiento del rey D. Sebastian, muerto en Tanger con las armas en la mano, su tio el cardenal D. Enrique, y aspiraban igualmente

te á esta corona Felipe II, Catalina, duquesa de Braganza; Filiberto Manuel, duque de Saboya; Antonio, prior de Crato; Ranuncio Farnesio, duque de Parma; Catalina de Médicis, madre de Enrique III, rey de Francia, y el papa Gregorio XIII. La ley de primogenitura era favorable á Felipe y á la duquesa de Braganza, y el monarca español apoyó sus derechos en un manifiesto, invitando á los portugueses á que le mirasen como á su futuro soberano, levantando al mismo tiempo tropas en España é Italia, y armando una numerosa escuadra, bajo el pretesto de una próxima ruptura con el rey de Marruecos.

1580. Muerto Enrique, despues de haber reinado un año escaso, dejando la eleccion de sucesor á cargo de cinco personas á quienes confirió la regencia del reino, se rehusó Felipe á reconocer la autoridad de este tribunal, sosteniendo que sus derechos eran tan claros y tan fundados, que no tenian necesidad de someterse á la decision de los regentes. No estaban estos muy distantes de acceder á las pretensiones del rey de España; pero el pueblo, que pensaba de distinto modo, se inclinó á D. Antonio, y le pro-

clamó rey en Lisboa. En medio de estas disputas, invadieron el Portugal treinta mil españoles mandados por el duque de Alba, que, después de haber decaído de la gracia de Felipe, y de haberse visto desterrado de la corte, tuvo bastante generosidad para servir aun á su monarca. Dos batallas bastaron para decidir de la suerte de Portugal: la primera mandada, por el duque de Alba en persona, se dió cerca de Alcántara: el ejército portugués fue batido con pérdida de tres mil hombres, y Lisboa abrió las puertas al vencedor. Pero D. Antonio esperaba aun á las orillas del Duero á los enemigos, que no tardaron en acercársele. D. Sancho de Avila, á la cabeza de una division de seis mil hombres, le atacó con tal denuedo, que le derrotó, obligándole á tomar la fuga, y salvarse en Viana, en donde se embarcó en un buque mercante. Forzado á arribar por una furiosa tempestad, se disfrazó en traje de marinero, y estuvo oculto entre Duero y Miño algunos meses; y aunque Felipe ofreció ochenta mil ducados á los que le entregasen, no hubo uno solo que le descubriese: tal era la aversion que los portugueses tenían á los españoles.

1581. Pasó Felipe á tomar posesion del reino de Portugal, y fue proclamado en todos los pueblos de su tránsito á Lisboa con fiestas y regocijos. Siguieron el ejemplo de la metrópoli las colonias de América, Africa y las Indias, á escepcion de las Azores, que alentadas por los emisarios de D. Antonio, que se hallaba en Francia, se negaron á reconocer al nuevo monarca, y los habitantes batieron ademas un cuerpo de tropas españolas enviado para reducirlos á la sumision. D. Antonio, á la nueva de este pequeño triunfo, partió para aquellas islas con una escuadra de sesenta velas y seis mil soldados, que habia podido levantar con los auxilios de la Francia y la Inglaterra; pero casi al momento de su llegada fue atacado por una armada española al mando del marques de Santa Cruz. Tuvo aun D. Antonio la felicidad de salvarse; pero la mayor parte de sus naves fueron apresadas ó destruidas, y los habitantes de las Azores forzados á someterse á la España.

Notarémos de paso que en este año se hizo por el Papa Gregorio XIII la famosa reforma del calendario, conocida por el nombre de *Correccion Gregoriana*.

El aumento de poder que logró Felipe con la adquisicion del Portugal, no intimidó á los flamencos, á pesar de que la union de Utrech no producía los buenos resultados que debieran esperar, por la falta de experiencia del archiduque Matías. El príncipe de Orange, desplegando toda su eficacia, pudo persuadir á los Estados á sustraerse para siempre á la autoridad de Felipe, y dar la investidura de la soberanía de las Provincias á un príncipe extranjero, recayendo la eleccion en el duque de Anjou, por insinuacion del príncipe de Orange, y á invitacion de la reina de Inglaterra que le prometió socorros. Este suceso exaltó la cólera de Felipe, que atribuyéndole al príncipe de Orange, le proscribió solemnemente, prometiendo grandes recompensas al que le entregase vivo ó muerto. Procuró el príncipe justificar su conducta por medio de un manifiesto que aprobaron los Estados, dándole gracias por sus señalados servicios, y ofreciéndole mantener á su costa un escuadrón de caballería para la defensa de su persona.

Sitiaba á este tiempo el príncipe de Parma á Cambray, con las pocas tropas, que por la salida de las españolas é italianas, habían

quedado á su disposicion, y asi hubo de retirarse cuando se acercó el duque de Anjou, que entró triunfante en la ciudad en medio de regocijos y aplausos. Redujo despues á Cateau-Cambresis, y se embarcó para Inglaterra á solicitar la mano de Isabel y sus auxilios.

1582. Esta princesa, que deseaba contrastar el gran poder de Felipe, sin esponerse á una guerra abierta, lisonjeó las esperanzas del duque, en cuanto á la posesion de su mano, y le dió una suma considerable de dinero, y una escuadra para auxiliar sus empresas en los Países-Bajos. Arribó luego á Flesinga, y marchó con cincuenta buques de guerra á Amberes, cuyos habitantes le recibieron con la pompa y acatamiento debido á su nuevo soberano, prestándole el juramento de fidelidad entre las aclamaciones del pueblo.

Algunos dias despues de esta inauguracion, atentó á la vida del príncipe de Orange un asesino, hiriéndole gravemente de un pistoletazo en su misma casa, pero fue preso, y pagó con sus cómplices en un suplicio tan horroroso atentado. Recobrado el príncipe, emprendió con nueva actividad las operaciones de la guerra. El de Parma, refor-

zado con la vuelta de las tropas de España y de Italia, se puso en campaña, y antes de concluirse el otoño habia recobrado á Cateau-Cambresis, reducido á Minobe y Gesbec y obligado á los confederados á refugiarse bajo el cañon de Gante. Falleció entonces en Lisboa el duque de Alba, y Felipe, no pudiendo grangearse el afecto de los portugueses, nombró virey de Portugal á su sobrino el archiduque Cardenal Alberto, y regresó á España.

1583. Hubiera podido el duque de Anjou detener los progresos del príncipe de Parma, mayormente habiendo recibido de su hermano un refuerzo de ocho mil hombres, si no le ocupase el proyecto poco generoso de oprimir al mismo pueblo que le habia llamado á su defensa. Despues de haberse apoderado por el dolo y el artificio de Dunquerque, Dismunda y otras muchas ciudades, trató de sorprender á Amberes; pero los habitantes, acudiendo indignados á las armas, degollaron mas de mil y quinientos franceses, é hicieron prisioneros á dos mil, que solo debieron la vida á la presencia del príncipe de Orange, que pudo apagar el tumulto. Aunque poco satisfechos los Estados de

la conducta del duque de Anjou, hubieron de hacer con él, por consejo del príncipe de Orange, un tratado de reconciliacion, á pesar del cual, no considerándose seguro en Flandes, se fue á Calais con parte de sus tropas. Aprovechándose el príncipe de Parma de estas divisiones, batió al mariscal de Biron en Stemberg, tomando esta ciudad y las de Nieuport, Dunquerque y Zutphen, y sometiendo á Ipres, Brujas y otras.

1584. La muerte del duque de Anjou privó de un grande apoyo á las Provincias Unidas, que por colmo de sus males hubieron de llorar poco tiempo despues la del príncipe de Orange, asesinado por Baltasar Gerard, natural de Villafranca en la Borgoña. Pagó el asesino este horroso crimen en un suplicio, despues de haber sufrido los mayores tormentos. Guillermo de Nasau, príncipe de Orange, fue uno de los hombres mas grandes de su siglo, por su magnanimidad, su penetracion, el don de gobierno, el amor á la justicia, los talentos militares, prudencia consumada y valor heróico, si bien no dejaba de ser ambicioso y disimulado. Sucedióle su hijo segundo Mauricio, de edad de diez y ocho años, por hallarse el primero pri-

sionero en España. Por mas esperanzas que sus prendas, fiel traslado de las de su padre, diesen á las Provincias, su inesperienza no podia luchar contra el príncipe de Parma, que poseia en alto grado todos los talentos que pueden distinguir á un gran capitán y á un político consumado. Empleó este príncipe las medidas de conciliacion para atraer á los confederados á la obediencia, pero visto su poco fruto, movió las tropas, y ocupando los rios y canales, obtuvo mejores resultados. Gante, Malinas y Bruselas, fueron de las primeras ciudades que se rindieron, siguiendo casi todas las demas del Brabante y de la Flandes su ejemplo. Amberes, sorda á las invitaciones del regente, despues de un largo sitio á que su obstinacion en no someterse dió margen, tuvo al fin que capitular.

1585. Conociendo los Estados la imposibilidad de defenderse sin la proteccion de alguna potencia estrangera, solicitaron la de la reina de Inglaterra, que para sostenerlos envió al conde de Leicester á Holanda con un cuerpo de tropas, y armó una flota, que al mando de Francisco Drake cometió muchas hostilidades en las costas de Galicia, islas Canarias y de Cabo Verde.

1586. Tenia Leicester pocos talentos, y menos pericia para inspirar grandes cuidados al príncipe de Parma, que burlándose de sus maniobras, redujo á Venlo, asaltó á Nuys y sitió á Rhinberg. Leicester sin embargo, para obligarle á levantar este sitio, amenazó á Zutphen, pero vino el regente sobre él, y arrollando la vanguardia de sus tropas, reforzó la guarnicion de Zutphen, y se retiró á cuarteles de invierno á Bruselas. Si la conducta militar del caudillo inglés dejó poco satisfechas á las Provincias-Unidas, la rapacidad y arrogancia que desplegó en el gobierno, acabó de llenar la medida del descontento y tomó el partido de salvarse en Inglaterra, en donde el favor de Isabel le puso á cubierto de los cargos que pudieran hacersele por tantos títulos.

1587. Convencidas sin embargo las Provincias-Unidas de que solo la proteccion de la Inglaterra podria sostener su independencia, consintieron aun segunda vez en recibir al favorito de Isabel, que pasó con un crecido refuerzo á Flesinga, en donde encontró al príncipe Mauricio investido del mando del ejército durante su ausencia. Hallábase esta plaza sitiada por el príncipe de Parma, y en el

último apuro; y aunque trató Leicester de socorrerla, se vió obligado por el duque á retirarse precipitadamente á la Zelanda. El mal éxito de una conspiracion, que tramó secretamente despues para suprimir la asamblea de los Estados, y que fue descubierta y castigada por Mauricio, le obligó á retirarse segunda vez á Inglaterra.

1588. A la noticia de las hostilidades cometidas por el Drake en las posesiones españolas de las Indias Occidentales, mandó armar Felipe una crecida flota, que por el número y desmedido tamaño de los buques se llamó la *Invencible*. Pensaba el monarca español, á pesar de su mucha prudencia, conquistar con ella la Inglaterra, suponiendo que el rey de Escocia le auxiliaria para vengar á su madre María Stuart, á quien Isabel acababa de dar muerte en un cadalso, y que los católicos se levantarían en masa á la voz de su protector.

Tales eran las esperanzas de Felipe, cuando salió esta flota de Lisboa á fines de mayo, bajo el mando del duque de Medinasidonia. Montado apenas el cabo de Finisterre, se levantó una furiosa tempestad que la obligó á abrigarse en diferentes puertos; mas ha-

biendo reparado la avería en la Coruña, continuó su derrota á las islas Británicas. Aunque las fuerzas navales de los ingleses eran inferiores á las de la Invencible, la actividad y esperiencia de sus marineros llevaban muchas ventajas á los españoles. Desde el primer encuentro apresaron los ingleses dos de los navíos mas grandes de los contrarios, y al dia siguiente perecieron otros doce, sucediéndose las calamidades casi sin intermission. Por último, una violenta tempestad dispersó la Invencible cerca de las Orcadas, naufragando muchos de sus buques en las costas de Escocia, y llevando á España los que pudieron salvarse, la triste nueva de tan infausto suceso. Recibióla Felipe con tranquila resignacion, y dió gracias al cielo porque no habia sido mayor la desgracia.

1589. El prior de Crato, D. Antonio, hizo nuevas tentativas para apoderarse del trono de Portugal, auxiliado por una armada inglesa de ciento veinte buques al mando de Drake, y treinta mil hombres á cargo de Enrique de Norris. Hicieron un desembarco en la Coruña y se apoderaron del arrabal de la Pescadería; pero rechazados en los asaltos que intentaron por cinco dias consecutivos, die-

ron la vela para Portugal y fondearon en Peniche. Pasaron despues á Lisboa, en donde el valor y medidas activas del archiduque Alberto, virey, les hizo sufrir la misma suerte y retirarse á Cascaes, cuyo fuerte arruinaron al tiempo de volverse á Inglaterra.

Continuaba mientras tanto la guerra en los Países-Bajos con diversos resultados. El duque de Parma se apoderó de Gertrudenberg, una de las plazas mas fuertes de la Holanda, pero en la isla de Bergen fue rechazado de los muros de Heusden y de Romersval. Obligado por los síntomas de una hidropesia á tomar las aguas de Spá, halló á su vuelta el ejército alborotado por la falta de pagas, y pudo aquietar á los amotinados con algunos socorros efectivos y promesas para de allí en adelante.

1590. Mientras que el principe Mauricio sorprendia á Breda por una estratagemas, los de la liga de Francia, que, despues del asesinato cometido en la persona de Enrique III por un fraile fanático, no querian reconocer la autoridad de Enrique, rey de Navarra, por ser protestante, ni al cardenal de Borbon, proclamado por el duque de Mayena, confirieron al rey de España el título de protec-

tor. En esta cualidad, cuando Enrique IV despues de haber vencido en Ybri al duque de Mayena, envistió á Paris, dió Felipe orden al duque de Parma para marchar con su ejército en socorro de aquella capital. Hízolo así, y despues de haber obligado á Enrique á levantar el cerco, tomó de asalto á Corveille, volviéndose luego á los Paises-Bajos.

1591. Halló á su llegada relajada la disciplina, y las plazas importantes de Zutphen y Deventer en poder de Mauricio, que forzó despues á Hulst y Nimega á capitular. Los apuros en que se hallaba la liga de Francia obligaron al duque á pasar al socorro de Ruan, que sitiaba Enrique IV con treinta mil hombres, y en la cual entró despues el de Parma triunfante. Dió luego la vuelta á los Paises-Bajos, y los esfuerzos que hizo para acelerar otra espedicion en favor de la liga de Francia, acabaron de destruir la poca salud que le quedaba, y privaron á Felipe de un general que le habia hecho los mas distinguidos servicios, y que era difícil reemplazar, por ser uno de los primeros de su siglo.

1592. Falleció Alejandro Farnesio á tiempo que Antonio Perez, que, como se ha dicho, se hallaba preso por indicios de haber

tenido parte en el asesinato de Escovedo; se escapó de las prisiones y pasó á Aragon, reclamando en su favor los fueros y privilegios de este reino. Sublevó en él la nobleza y el pueblo, induciéndolos á levantarse contra la Inquisicion, y fue preciso que el rey enviase tropas para sujetarlos. Pudo Perez huir á Francia, á favor de un motin, y salvarse en Pau; mas el gran Justicia D. Juan de Lanuza, y otros muchos que tenian parte en los alborotos, fueron arrestados y castigados de muerte, perdiendo el Aragon una parte de sus fueros por este atentado.

1593. Encargado el conde Pedro Ernesto Mansfeld del mando de los Países-Bajos, envió á su hijo con un cuerpo de siete mil españoles en socorro de la liga, y despues de haber reducido á Noyon en union con el conde de Mayena, volvió á aquellos estados. Intentó Felipe entonces abolir en Francia la ley Sálica, que escluia á las hembras de la corona, para colocarla en las sienas de su hija la infanta Doña Isabel; pero el Parlamento de París, y aun el duque de Mayena destruyeron este proyecto que acabó de desvanecer Enrique IV, abjurando el calvinismo, y quitando á la liga este pretesto de

oposición. Mauricio, atento siempre á sacar partido de las circunstancias, se apoderó de Gertrudemberg en presencia del conde de Mansfeld, que, despues de una tentativa infructuosa sobre Crevecoeur, resignó el gobierno de las Provincias-Unidas en el archiduque de Austria Ernesto, y marchó á auxiliar al duque de Mayena.

1594. No tardó Mansfeld mucho tiempo en ver desvanecidas las esperanzas de Felipe con respecto á la Francia, pues París abrió sus puertas á Enrique IV, y el duque de Feria se retiró de aquella capital á Fere con las tropas españolas que mandaba. Trató luego Enrique de hacer las paces con el rey de España, y no pudiendo conseguirlo, le declaró la guerra.

1595. Muerto Ernesto, y encargándose el conde de Fuentes del mando, se hizo la guerra con calor, penetrando los españoles en la Picardia, reduciendo á Catelet, derrotando completamente á los franceses mandados por el mariscal de Bullon y el almirante de Villars, tomando de asalto á Durlens, y ocupando á Cambray.

1596. Por mas que el conde de Fuentes hubiese sostenido con sus grandes talentos

y virtudes el honor de las armas españolas en los Paises-Bajos, confirió Felipe el mando de ellos al archiduque Alberto, cardenal y arzobispo de Toledo, con quien pensaba casar á su hija. Este príncipe, que en el vi-reinato de Portugal habia dado grandes pruebas de talento y prudencia, no pudiendo socorrer á Fere, estrechada por los franceses, marchó sobre Calais y se apoderó de ella, pasando la guarnicion á cuchillo. Condujo luego sus tropas á Ardres, en la cual entró por capitulacion mientras que se rendia Fere, y poco tiempo despues vino del mismo modo á su poder la isla de Hulst. Unidas la Francia, la Inglaterra y la Holanda, por medio de una liga ofensiva y defensiva contra la España, trató Felipe de formar otra grande escuadra para invadir la Irlanda, en donde contaba con la cooperacion de los católicos. Informada la reina de Inglaterra, hizo salir una flota de mas de ciento cincuenta buques, con ocho mil soldados y siete mil marineros á cargo del lord Howard, dando el mando de las tropas de tierra al conde de Essex. Estas fuerzas, á las cuales añadieron los holandeses otros veinte y cuatro buques, se presentaron delante de Cádiz, donde se

hacía la mayor parte del armamento, y desembarcando el conde sus tropas, se apoderó de la plaza, saqueándola, pero prohibiendo á los soldados que cometiesen ningun acto de crueldad ni violencia. Mientras estaban en el saqueo, hizo el duque de Medinasiona poner fuego á los buques mercantes que estaban en la bahía, para que no se aprovecharen de ellos los enemigos. Dícese que la pérdida de la España en este infausto suceso ascendió á veinte millones de ducados. De todos modos Felipe no desmayó, pues retirada la espedicion inglesa á su pais con el rico botin que acababa de coger, hizo equipar con la mayor prontitud ciento veinte y ocho bajeles, en los cuales se embarcaron catorce mil hombres y muchos católicos irlandeses refugiados en España. Salió esta escuadra del Ferrol en noviembre, á cargo de Don Martin de Padilla; pero acometida de una furiosa tempestad, se sumergieron cuarenta buques sin salvarse un hombre, y Padilla volvió al puerto con los demas, maltratados por la tormenta.

1597. Hernando Tello Portocarrero, gobernador de Dourlens, templó por un momento la amargura de esta pérdida apoderándo-

se de Amiens, pero no tardó mucho tiempo en verse precisado á rendirla á los franceses. Mauricio, por otra parte, reducía sucesivamente en los Países-Bajos á Rhinberg, Meurst, Groll, Brevort y Lingen, y arrojaba á los españoles de las orillas septentrionales del Rhin. Tantos desastres reunidos hicieron á Felipe abrir los ojos, y dar oidos á las proposiciones de paz que le hizo la Francia por la mediacion del Papa. Reuniéronse los plenipotenciarios de ambas naciones en Vervins, y se firmó un tratado, mediante el cual renunció Enrique sus derechos á Cambray, y recobró á Calais, Ardres, Dourlens y las demas adquisiciones que Felipe habia hecho en la Francia, y que sacrificó al proyecto de transmitir la soberanía de los Países-Bajos, y del condado de Borgoña á su hija mayor Isabel, una de las señoras mas completas de su siglo, casándola con el archiduque D. Alberto. Llevóle á ejecucion poco tiempo despues por medio de una abdicacion auténtica, y como su salud decayese de dia en dia, por efecto de la gota y de una fiebre lenta que le consumía, á la cual se habia juntado últimamente la hidropesía, se trasladó al Escorial, Agravada allí la dolen-

cia, despues de haber sufrido por espacio de cincuenta dias los mas vivos dolores, clavados los ojos en el cielo, con una paciencia y resignacion edificante á la voluntad de Dios, y de recibir los santos Sacramentos con la piedad que mostró en todos los momentos de su existencia, exhaló su espíritu á los setenta y dos años de edad y cuarenta y dos de reinado.

No hay príncipe que haya sido pintado con colores mas opuestos por los escritores, comparándole los unos con Salomon, y los otros con Tiberio. Lo que no puede negarse es que era un político consumado, suspicáz, disimulado, activo, inflexible en sus resoluciones, y sumamente afecto á la corte de Roma. La religion y la política mal entendidas le arrastraron á cometer tales y tantos actos de severidad, que parece que su corazon era inaccesible á la compasion y á la clemencia. En medio de esto, supo restablecer el orden y la armonía en sus vastos dominios, administrar recta justicia, reformar los abusos y escuchar las quejas de sus súbditos, infundir respeto á las leyes y acatamiento á la magestad regia. Protegía los talentos, como lo prueba el crecido número de hombres

grandes que florecieron en su siglo, fomentaba las letras, promovía las artes, y en una palabra, reunía todas las prendas que constituyen el don de gobierno.

CAPITULO 37.

Felipe III.

1598. Ocupó el trono su hijo Felipe III, de edad de veinte años, y cuya debilidad no fue menos fatal á la España que la inflexible dureza de su padre. Persuadido de su incapacidad, entregó las riendas del gobierno al marques de Denia D. Francisco Rojas de Sandoval, creándole duque de Lerma. Este favorito, dotado de la flexibilidad de caracter y demas disposiciones que constituyen un completo cortesano, carecia de las cualidades necesarias para dirigir la nave del estado en la embarazosa posicion en que se hallaba. Las continuas guerras que habia sufrido la España, el gran número de habitantes que habian pasado al Nuevo-mundo á buscar fortuna, y la espulsion de los moriscos, habian disminuido la poblacion considerablemente. Las riquezas de la América empleadas en las contiendas estrangeras, y en provisiones de

toda especie, habian pasado á los otros reinos; la agricultura estaba descuidada, el comercio casi aniquilado, y la administracion entorpecida por la distancia á que se hallaban de la residencia del gobierno muchas de las ramas de la monarquía. El duque de Lerma, absolutamente incapaz de poner remedio á tantos males, lejos de mirar por la prosperidad de su pais, no pensó mas que en asegurarse en su puesto, como lo hacen ordinariamente todos los que llegan á ensalzarse por otros medios que no sean los de las virtudes y los talentos. Para conseguirlo, procuró hacerse criaturas, y con el pretesto aparente de aumentar el esplendor del trono, multiplicó los cargos y oficios con tal profusion, que el reino, aun en el estado mas floreciente, no hubiera podido sustentar tan pesada carga. Aumentóla en gran manera con los escesivos gastos que hizo para celebrar las bodas del monarca con Margarita de Austria, los cuales ascendieron á mas de un millon de ducados, y fueron mirados por los hombres sensatos como un insulto hecho á la miseria pública.

1599. No fue el último á resentirse de esta prodigalidad el archiduque Alberto, que

acababa de efectuar su enlace con la infanta Doña Isabel, pues conoció bien pronto lo poco que podia contar con los auxilios y proteccion que Felipe II le habia prometido. Las tropas de Alberto, durante su ida á España, habian alterado la Alemania, apoderándose de Orsoy, de Rhinberg y de Rees, y exigiendo del duque de Cleves las subsistencias que los Países-Bajos no se hallaban en estado de suministrarles. Clamaron los alemanes contra esta violencia, y levantando catorce mil hombres intentaron rescatar á Rhinberg y Rees; pero fue tal la impericia del conde de Lippe que los mandaba, que un destacamento español les rechazó sobre la marcha.

1600. Alberto, despues de haber sacado algunas ventajas de la invasion del imperio, marchó con doce mil infantes y mil quinientos caballos sobre el príncipe Mauricio, con mas valor que fortuna. Sus tropas, despues de un largo y sangriento combate, fatigadas por el viento y el polvo que les daban de cara, se desordenaron, y dejando mas de tres mil hombres en el campo de batalla, tuvo el resto que retirarse á Brujas, pasando de allí á Gante. Mauricio, lejos de envanecerse por esta victoria, abandonó de allí á poco el si-

tio de Nieuport, que solo habia emprendido por orden de los Estados, y se volvió á Holanda. Tampoco se dejó abatir Alberto por la desgracia, antes bien procuró rehacer y aumentar sus tropas para atacar á Ostende.

1601. Habian tomado los Estados todas las precauciones necesarias para conservar esta importante plaza, fortificándola con inteligencia y esmero, y abasteciéndola de todo lo necesario. Por otra parte, su situacion en la ribera de la mar, en un terreno pantanoso y casi rodeado de canales, hacia difícil su acceso; y asi estas circunstancias reunidas dieron lugar á uno de los sitios mas largos y memorables que nos ha trasmitido la historia. Cuatro años de escaramuzas, de ataques y de estratagemas, durante los cuales desplegaron sitiadores y sitiados todos los recursos que podian sugerir los conocimientos militares de aquel tiempo, tuvieron el resultado ordinario de una capitulacion honrosa, en virtud de la cual tomó posesion de Ostende el marques de Espínola.

1602. Deseando el duque de Lerma distinguirse en su ministerio por alguna cosa notable, trató á pesar del mal estado de la hacienda, de reducir á Argel y conquistar á

Irlanda. Hipotecando las remesas de América, juntó la cantidad suficiente para armar una escuadra de setenta galeras y diez mil hombres, que arribando felizmente á la costa de Africa, bajo la conducta del célebre Doria, fue dispersada por una violenta tempestad antes de efectuar el desembarco, y tuvo que refugiarse á los puertos amigos de la Sicilia. De otros seis mil hombres veteranos, que se embarcaron para la espedicion de Irlanda al mando de D. Juan de Aguilar, los cuatro mil llegaron, con este gefe á la cabeza, al puerto de Kinsale y se apoderaron de la ciudad del mismo nombre, y los dos mil restantes, desembarcando en Baltimore, se unieron al conde de Tirone. Atacó á estos lord Montjoy, y huyeron á la primera carga los soldados de Tirone, siendo víctimas de esta cobardía mil doscientos españoles. Aguilar, informado de este triste suceso, no contando ya con el auxilio de los irlandeses, mediante una capitulacion honrosa fue trasportado á España en una escuadra inglesa.

1603. La muerte de la reina de Inglaterra, ocurrida en este tiempo, fue para la España un acontecimiento favorable, por cuanto su sucesor Jacobo I, hijo de la des-

venturada María, á quien, como se ha dicho, hizo morir Isabel pérfidamente en un caldoso, no podia menos de mirar en su rectitud á los confederados de los Países-Bajos como rebeldes. Aprovechóse la corte de España de estas buenas disposiciones, y trató de negociar con aquel monarca la paz, que se concluyó á mediados del siguiente año. Este suceso influyó en la toma de Ostende, que se verificó poco tiempo despues, segun se ha indicado.

1604. La paz con la Inglaterra aseguraba á la España la navegacion libre y espedita de las Américas, y contando con los tesoros de estas colonias, mandó Felipe al archiduque continuar la guerra con vigor, ofreciéndole todos los auxilios necesarios, y entregando al marques de Espínola, que habia venido á Madrid con este objeto, una suma de dinero considerable. Pagadas con ella las tropas, y levantadas otras nuevas en Alemania y en los Países-Bajos, pasó Espínola en el siguiente año á la provincia de Ower-Issel, y se apoderó de Ordenzeel, tomando despues por capitulacion á Lingen en las orillas del Ems. La misma suerte tuvo Wachtendonck, y la conquista de la ciudadela de Cracao puso fin á la triunfante campaña de Espínola.

1606. Volvió entonces á Madrid á solicitar nuevos socorros, y dando con ellos la vuelta á los Países-Bajos, redujó á Lockem y Groll en la Gueldres, y tomó de asalto á Rhinberg. Interrumpió su victoriosa carrera un motin de las tropas por falta de pagas, y tuvo al fin que licenciárlas y retirarse á cuarteles de invierno.

1607. Cansada la España, no menos que los confederados, de una guerra tan larga y dispendiosa, suspiraba por la paz, que ansiaba igualmente el archiduque Alberto, pues no habia gozado ni un momento de reposo desde que se habia sentado en el trono. Abriéronse algunas negociaciones al efecto, sin embargo de las cuales atacó una flota holandesa á la armada española en el estrecho de Gibraltar: el combate fue reñido, perecieron en él ambos generales, y la victoria quedó indecisa.

1608. Aunque las negociaciones de la paz se continuaron con calor en el Haya, se retardó aun por espacio de diez y ocho meses la conclusion de la tregua de doce años, que firmaron al fin los ministros de España, el archiduque y las Provincias-Unidas, continuando estas en la posesion de las conquistas que habian hecho, y en las demas libertades de que gozaban.

1609. Estaba Felipe desde los primeros años de su reinado prevenido contra los moriscos, los quales segun las relaciones del arzobispo de Valencia, y las quejas de la mayor parte de los eclesiásticos, perseveraban aun en su antigua creencia. Asi no fue difícil obtener del monarca un decreto de espulsion contra ellos, á pesar de las reclamaciones que hicieron en su favor los señores de Valencia y de otras provincias. Llevóse este decreto á puro y debido efecto, y salieron cerca de un millon de estos desdichados de España, dejando abierta en su seno una herida mortal, que acarreó la decadencia de las artes, y la ruina de la agricultura y del comercio.

1610. El asesinato de Enrique IV, cometido por un malvado llamado Francisco Ravillac, natural de Angulema, cambió la faz de los negocios políticos. Tomó su viuda María de Médicis las riendas del gobierno, y no solo paralizó los grandes preparativos que habia hecho Enrique para disminuir el poder de la casa de Austria, sino que trató al año siguiente de estrechar alianza con la España, por medio de un doble matrimonio del príncipe de Asturias D. Felipe y de la infanta Doña Ana, con la infanta Doña Isabel y el

príncipe D. Luis de Francia. Prestaron ambas córtes su consentimiento á estos enlaces, que la poca edad de los contrayentes no permitió verificar por entonces, ni aun se ratificaron hasta tres años despues. Mientras tanto el duque de Saboya de quien estaba Felipe quejoso, por haber hecho contra él un tratado secreto con Enrique IV, tuvo que enviar á su hijo el príncipe Filiberto á España á solicitar la reconciliacion, que no alcanzó sino á fuerza de sumisiones.

Señalóse el año siguiente con el nacimiento del infante D. Alonso Caro, llamado así, porque costó la vida á su madre la reina Doña Margarita, llorada de toda la nacion.

1612. El marques de Santa Cruz y el duque de Osuna D. Pedro Giron, virey de Sicilia, que tantas veces habian batido á los infieles, consiguieron en este año nuevos triunfos sobre ellos; el primero, quemando una escuadra de once velas que habia en la Goleta y saqueando la isla de Querquens, y el segundo, desembarcando en la costa de Berbería y apoderándose del lugar de Chireli, que pilló y redujo á cenizas, degollando mas de ochocientos hombres.

1613. Esperaba Felipe gozar de una

completa tranquilidad, cuando el duque de Saboya, resentido de las humillaciones á que habia tenido que someterse, procuró alterarla, aprovechándose de la coyuntura que le ofrecia la muerte de Francisco, duque de Mantua y marques de Monferrato, sin sucesion masculina, para apoderarse de este estado, y disputar su posesion al cardenal de Mantua, hermano del príncipe difunto. Atacado no obstante por el gobernador de Milan, tuvo que abandonar sus nuevas adquisiciones, y reconocer el derecho del cardenal.

1614. Continuaban los españoles las operaciones militares en Alemania con buen éxito, sosteniendo Espínola al conde Palatino de Neubourg contra el marques de Brandembourg, con quien estaba, por querellas particulares, en guerra abierta. El general español pasó el Rhin al frente de treinta mil hombres, y unido al conde Palatino se apoderó de Orsoy, y embistió á Cleves, mientras que Mauricio tomaba en nombre de los Estados posesion del castillo de Juliers y de la fortaleza de Shenk, enarbolando despues el estandarte de los holandeses en los muros de Emmerick cerca del Rhin.

1615. Calmada apenas la tempestad en Alemania, tronó sobre la Italia. Dando el duque de Saboya nuevos motivos de queja á la España, mandó Felipe al marques de la Hinojosa, gobernador de Milan, que invadiese el Piamonte. Hízolo así, y atacando al duque cerca de Asti, le derrotó, si bien le dió lugar á reunir los dispersos y fugitivos, con los cuales se metió en Asti. Hizo desde esta plaza proposiciones de paz que fueron admitidas, conviniendo en licenciar sus tropas, y descansar sobre la equidad de la corte de España; bien entendido, que si esta le atacaba, la Francia y la república de Venecia, que salian garantes del tratado, acudirian á su defensa.

Desaprobó la corte de Madrid este tratado, y destituyó al marques de la Hinojosa del mando, nombrando en su lugar á Don Pedro Toledo, marques de Villafranca. Poco tiempo despues se celebraron los matrimonios del príncipe de Asturias con la hermana de Luis XIII, y de este monarca con la infanta de España.

1616. Acercóse el marques de Villafranca á las fronteras del Piamonte á la cabeza de treinta mil hombres, y pasando el Ta-

naro y el Sesia, estableció sus cuarteles en Candia y Villata. Hubo algunas escaramuzas entre sus tropas y las del duque de Saboya, campadas en Caresana y Malota, mas no se llegó á una accion general, y las aguas del invierno obligaron á este último á acuartelarse en Crescentino, mientras que el marques lo hacia en Liorna y Biano. Serenado el tiempo, se apoderó el ejército español de Sangermano; y como el enemigo tratase de entorpecer su marcha, adelantándose al llano de Apertola, le acometió el marques con tal ímpetu, que le desordenó y puso en precipitada fuga, obligándole á retirarse á Crescentino.

1617. Acometió luego Villafranca á Vercelli, y se apoderó de esta plaza en presencia del ejército contrario. El duque de Saboya llamó en su auxilio al mariscal de Lesdiguières, gobernador del Delfinado, que habiéndole ayudado anteriormente, se habia visto precisado á retirarse, en virtud de las órdenes de su gobierno. Pasó á pesar de esto segunda vez los Alpes con doce mil infantes y dos mil caballos, y derrotó en varios encuentros las tropas españolas. Preparábase para llevar sus victoriosas armas al Milanésado;

pero detuvo su carrera la paz ajustada bajo las mismas condiciones que la de Asti.

1618. El duque de Lerma, atento solo á conservar el ascendiente que habia tomado sobre el Príncipe, no contento con la influencia que por su maña y sus modales dulces y apacibles habia adquirido, quiso valerse del apoyo de la religion, y empezó á solicitar el capelo, que obtuvo algun tiempo despues. Con esta dignidad se consideró ya libre de los clamores de la envidia y de los tiros de la calumnia; pero se engañó, pues ella fue la que causó su ruina. Felipe, cuya devocion no le permitia tratar á un cardenal con la misma familiaridad que á un súbdito, dando oidos á las quejas y acusaciones contra el favorito, con que diariamente le importunaban, procuró deshacerse de él desterrándole, y concediendo su privanza á su hijo el duque de Uceda, que no gobernó mejor el reino.

1619. El ministro envolvió en su caida á su favorito y fautor D. Rodrigo Calderon, á quien de humildes principios habia elevado á los primeros puestos del Estado, creándole primero conde de la Oliva, y despues marques de Siete Iglesias, con una renta de cien mil coronas. Mandó el rey prenderle y

formarle causa; y como su orgullo y altanería tenían irritados á todos, entre los justos cargos que se le hicieron, se forjaron algunos evidentemente falsos. Duró el proceso mas de dos años, y condenado á muerte, la sufrió en un patíbulo con resignacion y humildad. Deseaban los ministros de España hacía mucho tiempo establecer una paz sólida, para atender á los negocios de la monarquía, y restablecerla de los males que habia sufrido; mas no lo permitieron las alteraciones de la Alemania, suscitadas con motivo de la sucesion al imperio. El emperador Matías y el archiduque Alberto, últimos vástagos de la raza masculina de Maximiliano II, no tenían hijos; y aunque Felipe podia hacer valer sus derechos á la sucesion de los dominios hereditarios de la casa de Austria, los renunció, reconociendo formalmente á Fernando de Gratz, nieto de Fernando I, como heredero de las posesiones de Matías.

1620. Muerto este, ocupó Fernando el trono, y no sin alguna oposicion, que procuró vencer con los auxilios de las tropas del elector de Sajonia, la caballería de Polonia, y la infantería de España. Despues de

varios encuentros con los bohemios, que se opusieron á la investidura de Fernando, el conde de Bagoi, enviado por el rey de España desde los Países-Bajos á la cabeza de doce mil hombres, los derrotó completamente. El duque de Feria, que habia sucedido al marques de Villafranca, ocupó el pais de la Valtelina, que procuró conservar la España por su posicion ventajosa, para imponer respeto á los venecianos, y servir de freno á la Italia.

Hízose sospechoso á la corte el duque de Osuna en su vireinato de Nápoles, por su altanería, y falta de puntualidad en la ejecucion de las órdenes que el gobierno le comunicaba, y acusáronle sus enemigos de que aspiraba á la independendencia de la soberanía. Depuesto por estas razones, y reemplazado por el cardenal D. Gaspar de Borja, vino á la corte, en donde fue poco favorablemente recibido por el monarca, prevenido contra él. Puesto en prision en la Alameda en el primer año del reinado de Felipe IV, y trasladado de allí á otros varios puntos, murió de hidropesía cuatro años despues, sin que en todo este tiempo pudiese conseguir que se viese su causa, ni que se le permi-

tiese justificarse de las calumnias que le habian levantado.

1621. Alteró en este tiempo una fiebre lenta la salud de Felipe, y por consejo de los médicos emprendió un viage á Lisboa, de donde volvió sin haber logrado mejoría. Tomó luego la enfermedad un caracter mas sério, y los síntomas anunciaron su próxima disolucion. Recibió con humildad y resignacion todos los auxilios divinos, y manifestando en sus últimos instantes grande arrepentimiento de haber sido indolente y descuidado, bajó al sepulcro á los cuarenta y tres años de edad, en el veinte y tres de su reinado.

CAPITULO 38.

Felipe IV.

1621. Ocupó Felipe IV á la edad de diez y seis años el trono, vacante por muerte de su padre; y si bien, siguiendo sus consejos, no hizo por entonces variacion alguna en el ministerio ni en la servidumbre de palacio, no tardó mucho tiempo en apoderarse de su espíritu y de la administracion de todos los negocios el conde de Olivares,

D. Gaspar de Guzman, que se habia gran-geado su afecto, siendo su gentil-hombre cuando era príncipe. Este favorito vano y presuntuoso, despues de haber hecho tomar al monarca el título de *el Grande*, antes de merecerle por ningun hecho, se propuso sujetar las Provincias-Unidas, obtener la posesion absoluta de la Valtelina, y establecer la autoridad de la casa de Austria en todos los pueblos de la Europa.

1622. Sin embargo los primeros pasos de su administracion no fueron tan brillantes como se habia prometido, pues Luis XIII de Francia entró en la liga propuesta por el duque de Saboya y los venecianos para recuperar la Valtelina; y Olivares tuvo que poner en secuestro, en manos del papa Gregorio XV, aquel territorio. Aunque no mostró tanta moderacion con respecto á las Provincias-Unidas, no por eso logró mejores resultados. Espirada la tregua ajustada por doce años, el marques de Espínola tuvo orden de sitiar á Berg-op-Zoom; pero despues de haber perdido gran parte de la gente, pareciéndole impracticable la empresa, hubo de abandonarla.

1623. Una negociacion poco feliz puso

tambien á Olivares en ridículo por este tiempo. El rey de Inglaterra, deseoso de establecer á su hijo de un modo conveniente á su dignidad, habia tratado su casamiento con la hermana de Felipe IV. Las partes estaban acordes, y solo faltaba la dispensa de Roma, cuando Carlos, príncipe de Gales, vino á Madrid acompañado del duque de Buckingham. El orgullo de este ofendió altamente al ministro español: incomodáronse, y el príncipe y su mentor se volvieron á Inglaterra, sin llenar el objeto á que habian venido, rompiéndose las negociaciones con la España.

1624. Siguióse á esta ruptura una nueva guerra. La Inglaterra, la Francia, las Provincias-Unidas y el duque de Saboya, formaron una liga ofensiva y defensiva contra el imperio y la España. Hallábase esta en los mayores apuros, de los cuales salió el conde-duque con los doce millones que obtuvo de las córtés celebradas en Madrid, y setenta y dos mil ducados, con otras muchas sumas en que condenó al cardenal duque de Lerma, por los bienes mal adquiridos. A mayor abundamiento desahogó su enojo contra la Francia, secuestrando todos los efec-

efectos que tenían en España los súbditos de aquella nacion, que usó tambien por su parte de la misma represalia.

1625. Continuóse la guerra con estos y otros auxilios, y para contrarrestar el poder de la Francia y de sus aliados, formó la España una liga con los príncipes de Italia, en la cual entraron el gran duque de Toscana, los de Parma y Módena, y las repúblicas de Génova y de Luca. Hiciéronse grandes preparativos, ofreciendo crecidos subsidios cada uno de los reinos de la monarquía, encargándose el estado eclesiástico de mantener veinte mil hombres, al paso que los grandes prometian nuevecientos mil ducados, y la reina y la infanta todas sus piedras preciosas para los gastos de la guerra. El cardinal de Richelieu, con el objeto de impedir que los españoles entrasen en la Valtelina, envió algunas fuerzas al duque de Saboya para que atacase la república de Génova. Olivares, sin dársele cuidado por las medidas de la Francia, comunicó en nombre del rey al marques de Espínola una orden concebida en estas dos palabras: *Tomad á Breda*. Cumplióla este gran general exactamente allanando todos los obstáculos, y este aconteci-

miento dicen que aceleró la muerte del príncipe Mauricio.

1626. Viéronse no obstante los españoles precisados á dejar el Piamonte, y despues de una tentativa inútil para recuperar la Valtelina, accedieron á un tratado negociado por el Papa Urbano VIII, que puso á los grisonos en posesion de este pais, cuya soberanía les pertenecía de derecho. Esta pérdida quedó mas que compensada con la derrota de los ingleses, rechazados en un ataque que intentaron contra Cadiz, y con los rápidos progresos del ejército imperial en la Alemania y en el Norte.

Pasó Felipe IV por este tiempo á Aragon, y las córtes que celebró en Barbastro le ofrecieron dos mil hombres, pagados y armados á su costa por quince años. Las de Valencia, reunidas en Monzon, se allanaron á mantener otros mil en los mismos términos; pero las de Cataluña, convocadas en Barcelona, despues de algunas escenas tumultuosas, pusieron al rey tantas dificultades y restricciones, que no quiso admitir oferta alguna, y se retiró á Madrid sumamente indignado.

1629. Sin detenernos á enumerar diferentes acciones á que dió margen la guer-

ra de Italia, nos limitaremos á decir, que el conde de Berg, que habia sucedido á Espinola en el mando, oscureciendo la gloria adquirida por este en el Monferrato con la toma de Agui, Ponzoné, y Niza de la Palla, perdía ignominiosamente en Flandes á Boisle-Duc y Vesel.

1630. Atacaron poco despues los españoles á Pontestura, y obligándola á capitular, pusieron sitio al Casal. Suspendió las operaciones una tregua de cuarenta dias, mediante la cual se entregó al marques de Espinola la ciudad y el castillo, conservando la ciudadela el comandante de las tropas francesas. Espirada la tregua, y preparados para la batalla los ejércitos contrarios, Mazarini, ministro del Papa, ofreció en nombre de los españoles entregar la plaza y castillo del Casal, y todas las demas del Monferrato, á un comisario imperial, que las tendria en nombre del emperador, cuya proposicion fue admitida.

1631. Yacía á este tiempo la España en un mortal letargo, no pensando la corte mas que en fiestas, bailes y diversiones. Agotados todos los recursos, fue preciso apelar á la generosidad de los grandes y pudientes para continuar la guerra. El carde-

nal Borja envió al rey quinientos mil escudos, y los grandes levantaron regimientos, manteniéndolos á su costa. La flota holandesa atacó la de los españoles entre Viaren y Stavenise, apresándoles sesenta y seis buques de todos tamaños de los noventa de que se componía, quemando ó echando el resto á pique; por manera, que de los cinco mil seiscientos hombres que montaba la escuadra, no se salvaron sino once.

1632. En las córtes que se celebraron despues en Madrid, en el monasterio de San Gerónimo del Prado, fue reconocido por heredero de la monarquía y sucesor al trono el príncipe Baltasar Carlos, que no tenia sino tres años; pero se negaron los crecidos subsidios que se pedian, pretestando que no era justo empobrecer el reino, para ayudar al emperador de Alemania, enviándole sumas inmensas. El conde duque, que no perdonaba medio, por detestable que fuese, para inspirar al rey aversion á los negocios, y alejar de él á cuantos pudiesen hacerle sombra, no se descuidó en humillar al infante D. Carlos, negándole toda intervencion en los asuntos de la monarquía, é impidiendo que se casase, por temor de que, apoyado

por algun príncipe extranjero, no intentase algunas novedades en el reino. Estos desaires causaron á D. Carlos tal melancolía, que le arrastró antes de muchos dias al sepulcro á la edad de veinte y cinco años.

La archiduquesa gobernadora de los Países-Bajos, viuda desde el año de 621, hizo dimision de estos estados en favor de su sobrino el rey de España, con cuyo motivo los principales señores flamencos, escitados por el conde de Berg, concibieron el proyecto de erigir su patria en república, en odio á la dominacion española.

1633. Muerta la archiduquesa, á quien sucedió en el mando el cardenal Infante, los autores de la conspiracion, que aquella princesa habia sofocado, fueron presos y castigados. Obstinado el conde duque en continuar las ruinosas guerras de Flandes y Alemania, impuso nuevas contribuciones, y pidió subsidios al clero, del cual sacó diez y nueve millones. Empleó una gran parte de este dinero en adornar el Buen Retiro, para divertir y ocupar el ánimo del rey, y apartarle de los cuidados del gobierno, mientras que se iban perdiendo todos los establecimientos de la India.

1634. A principios de este año el conde duque hizo prender en Madrid al diputado de los estados de Flandes duque de Arschot, para que declarase los cómplices de la conspiracion, que él mismo habia descubierto á la archiduquesa; mas este hombre noble y generoso, quiso antes morir en la prision, que esponer á sus amigos á una muerte cierta y afrentosa.

El marques de Aitona, gobernador interino de los Países-Bajos hasta la llegada del infante, sitió á Mastrick; pero sabiendo que el príncipe de Orange atacaba á Breda, voló al socorro de esta plaza y la libró. Dióse despues la batalla de Nortlinga, en la cual el cardenal Infante, en union con su cuñado el rey de Hungría, derrotó el ejército confederado, siguiéndose á esta victoria la reduccion de la Suavia y la Franconia. Pasó entonces el cardenal Infante á su gobierno de los Países-Bajos, y apenas habia llegado á ellos, cuando el rey de Francia le envió un heraldo á declararle la guerra. Esta fue la última vez que se usó de este ceremonial tomado de los romanos.

1635. Dió principio poco tiempo despues la guerra mas larga que sufrió la España, que

duró por espacio de veinte y cinco años, y cuyas calamidades y reveses acabaron de dejarla exhausta de hombres y de recursos. El cardenal Infante dividió sus tropas en dos cuerpos, confiando el mando del mas numeroso al príncipe Tomás de Saboya, para oponerse á los franceses, y marchando él á la cabeza del otro contra los holandeses. El príncipe Tomás fue vencido en los llanos de Avein, y los franceses y holandeses reunidos tomaron de asalto á Tillemont, en donde cometieron todo género de abominaciones y crueldades. El cardenal Infante asaltó á Skeinck, y envió contra la Francia algunos destacamentos que asolaron la Picardia y la Champaña.

1636. La España, haciendo entonces los mayores esfuerzos para obligar al enemigo á pedir la paz, atacó la Francia por tres puntos, la Picardia, la Borgoña y la Guyena. Cayó el cardenal Infante con treinta mil hombres sobre la primera, apoderóse de la Chapelle y Catelet, forzó el paso del Soma, y tomó á Corbia y Roya. Alarmada París, puso en campaña un ejército de sesenta mil hombres, que obligó al cardenal Infante á retroceder y abandonar á Corbia. Envió en-

tonces el cardenal al duque de Lorena á hacer una incursión en la Borgoña, y padeció un terrible descalabro. El almirante de Castilla forzó á San Juan de Luz, y hubiera podido conquistar la Guyena, sublevada contra el gobierno; pero su lentitud salvó este país. El marques de Leganés arrojó á los franceses del Milanesado, y desoló los estados de Parma y Plasencia.

1637. A la campaña siguiente el cardenal infante, privado de los socorros de tropas y dinero que esperaba de España y de Alemania, tuvo que mantenerse á la defensiva. Los franceses tomaron á Landreci, Yvoi, Danvilles y la Chapelle, y los holandeses se apoderaron de Breda. Pero al fin de la campaña se halló el infante en estado de forzar á Venló, Ruremunda é Yvoi, y de obligar á los franceses á evacuar á Maubeuge y los fuertes que tenían sobre el Sambre.

En Italia el duque de Parma, retirándose de la alianza con la Francia, abrazó el partido de los españoles, y dejó á las tropas austriacas que guarneciesen á Sabioneta. El marques de Leganés se apoderó de Niza, y derrotó el ejército del duque de Saboya y del mariscal de Creki. Los españoles, al man-

do del conde de Cerbellon, transportaron la guerra de la Guyena al Languedoc, abandonando á San Juan de Luz, y los otros puntos importantes de que se hallaban en posesion. Sitiaron á Leucate, y fueron derrotados, muriendo el general de pesadumbre. A este tiempo envió Felipe á Lisboa, en calidad de vireina, á la duquesa de Mantua, con poco gusto de los portugueses, que se resintieron de verse mandados por una muger.

1638. Los grandes esfuerzos que hicieron los franceses contra la España, solo sirvieron para aumentar los triunfos de esta potencia. Sitió el príncipe de Condé á Fuentesrabia, incendiando catorce embarcaciones que llevaban víveres y municiones á esta plaza; pero el almirante de Castilla, y el marques de Mortara, atacaron á los franceses en sus atrincheramientos, y los derrotaron completamente, sin mas pérdida que la de diez y seis hombres. En Italia el marques de Leganés se apoderó de Brema, y los franceses tuvieron que abandonarle el Piamonte. Tomó despues este general á Vercelli, y avanzó hasta Turin. En los Países-Bajos el infante cardenal se llenaba de gloria, rechazando las fuerzas superiores de los franceses y ho-

landeses, obligando á los primeros á levantar el sitio de San Omer, y persiguiéndolos hasta las fronteras de la Picardia, batiendo á los segundos en el pais de los Bacs, y forzando al ejército del príncipe de Orange á abandonar el sitio que tenia puesto á Guedres.

1639. Mientras que el conde duque, embriagado con estas victorias, y la que acababa de obtener sobre los portugueses sofocando una rebelion hecha sin plan ni discernimiento, proyectaba nuevas empresas, gemian y murmuraban los españoles en secreto sobre la ceguedad del rey, con respecto á este ministro, que al mismo tiempo no se descuidaba en acumular los cargos mas honoríficos y los empleos mas lucrativos sobre su familia. Aumentóse el descontento con el mal éxito de las operaciones de la guerra, hechas por orden del duque. La flota española fue atacada y deshecha á la vista de Dunquerque por la de las Provincias Unidas; en los Paises-Bajos se perdieron Herdin y Arras, y el cardenal Infante, que habia ido á socorrer esta última plaza, tuvo que retirarse con gran pérdida; y por último el marques de Leganés, que sitiaba á Casal, se de-

jó sorprender por el conde de Harcourt, que, despues de haber socorrido aquella plaza, recobró á Turin, defendida por el príncipe Tomás de Saboya en persona. Es verdad que los españoles tomaron á Salsas, situada dentro de los límites del Rosellon, y en los confines del Languedoc; pero hasta este suceso produjo acontecimientos que echaron por tierra la influencia de Olivares, y debilitaron el poder de la monarquía.

1640. Tomaron las tropas que habian conquistado á Salsas cuarteles de invierno en la provincia de Cataluña, y su licencia acabó de exasperar á los habitantes, poco satisfechos de la administracion del conde-duque. Aniquilada la España con las ruinosas guerras que sostenia por tan largo tiempo, y por los subsidios que daba á otras potencias de la Europa; exhausta de hombres y de dinero, y mal auxiliada por la mayor parte de sus pueblos, se desmoronó de un golpe, y estuvo á pique de verse trastornada hasta en sus cimientos. Los catalanes, los aragoneses, los vizcainos y los navarros, pretendian gozar en la paz de todos los fueros y privilegios, sin querer soportar el peso de la guerra y de los impuestos. Los castellanos solos

combatian por toda la nacion, y prodigaban los bienes y la sangre en su defensa. Trató Olivares de suspender por algun tiempo estos privilegios, tan perjudiciales al Estado, y mandó el rey en consecuencia, que se armasen seis mil catalanes y pasasen á la Italia, imponiendo á la Cataluña una contribucion proporcionada á sus riquezas. Envió esta provincia dos diputados á la corte, los cuales habiéndose quejado en términos poco comedidos, y soltado algunas amenazas, fueron arrestados. Barcelona, á la noticia de este acontecimiento, dió la señal de la rebelion, á la cual respondieron la mayor parte de los pueblos de la provincia, sacrificando á los castellanos que habia en ella. Quiso sofocar el alboroto el virey conde de Santa Coloma, y fue degollado.

Propagóse el vértigo de la insurreccion hasta el Portugal, que solo esperaba una ocasion favorable para sacudir el yugo de la España. Gemian los portugueses bajo la dura férula de su compatriota Miguel de Vasconcelos, que con el título de secretario de Estado los tenia oprimidos, y sobre todo la nobleza se mostró sumamente ofendida de un decreto, por el cual se la mandaba ar-

mar para reducir la Cataluña, so pena de perder sus feudos. Por otra parte las guerras civiles y extranjeras, en que se hallaba empeñada la España, presentaban una coyuntura muy favorable para realizar la conspiración, preparada en silencio hacia tres años con el objeto de colocar al duque de Braganza en el trono de sus padres. Reventó, pues, la esplosion. Vasconcelos fue sacrificado, la vireina arrestada, y desarmada su guardia, y el duque de Braganza proclamado rey, bajo el nombre de Juan IV. Sabia toda la Europa este acontecimiento, mientras que Felipe IV, que era el mas interesado en él, le ignoraba. Anunciósele Olivares con semblante risueño, diciéndole: «Señor: traigo «á V. M. una noticia muy agradable.» «¿Cuál es,» replicó el rey? «La de haber ganado en «un momento un ducado con muchas y «muy hermosas tierras.» «¿Cómo es eso, «conde?» le dijo el rey sorprendido: «Por- «que el duque de Braganza ha perdido la ca- «beza, dejándose engañar por un popula- «cho, que le ha proclamado rey de Por- «tugal, y por el mismo hecho sus bienes que «dan confiscados y reunidos á la corona.» No pudiendo entender el monarca por es-

ta relacion del pérfido ministro la verdad del hecho, se contentó con encargarle que procurase extinguir una rebelion que podia tener fatales consecuencias.

1641. A la pérdida de Portugal estuvo á pique de seguirse la de Andalucía. El duque de Medinasidonia, D. Gaspar Alonso Perez de Guzman, pariente del conde-duque, y hermano de la reina de Portugal, no contento con vivir como un soberano en su gobierno de la Andalucía, aspiró á serlo de derecho, inducido por el ejemplo y las sugeriones del duque de Braganza. Contaba con que este monarca, la Francia, la Holanda y la Cataluña le sostendrian en esta empresa; mas descubierto su proyecto antes de llevarle á ejecucion, obtuvo el conde-duque gracia por su pariente, que vino á recibir su perdón á los pies de Felipe.

1642. Hubiera debido Olivares enviar un ejército para reducir el Portugal, pero en lugar de esto se contentó con tramar allí una conspiracion, que antes que llegase á estallar fue descubierta por una carta interceptada. El marques de Villareal y el arzobispo de Braga, que eran los principales autores, fueron arrestados inmediatamente, y

confesaron su delito. El primero fue juzgado y condenado á muerte, y el segundo puesto en un encierro, en donde acabó sus dias. El cardenal Infante sitió y tomó á Aire á fines de este año; pero una fiebre maligna le arrebató al sepulcro antes de tomar posesion de esta conquista. Perdió en él la España un príncipe de cualidades eminentes, y uno de los mejores generales de su siglo. A su muerte se encargó el gobierno de los Países-Bajos á un consejo, compuesto de D. Francisco de Mello, del marques de Velada, el conde de Fuentes, y presidido por Rosa. La insurreccion de Portugal alentó á los catalanes, que á mayor abundamiento se pusieron bajo la proteccion del rey de Francia, y obtuvieron de este monarca el socorro de un cuerpo de ejército á las órdenes del mariscal conde de La Mota Houdancourt. Marchó Felipe en persona sobre Cataluña al frente de crecidas fuerzas, y dejando el cuidado de dirigir las operaciones á sus generales, fijó su residencia en Zaragoza, esperando coger allí los laureles que se prometia del valor y experiencia de aquellos caudillos. Sin embargo, sus tropas fueron rechazadas por las de los rebeldes en varios encuentros, y la toma de

Perpiñan por el cardenal Richelieu en persona puso espeditas las comunicaciones entre la Cataluña y la Francia.

1643. La muerte de Richelieu, á la cual siguió bien pronto la de Luis XIII, hizo concebir á la casa de Austria grandes esperanzas de recobrar su primitivo ascendiente. A pesar de esto el cardenal Mazarin, sucesor de aquel ministro, siguió el camino trazado por él, y desplegó constantemente una capacidad y destreza poco comunes. Los imperiales fueron derrotados en Alemania por el conde de Guebriant y el general sueco Tortenson, mientras que en el Piamonte, en Lorena, en el Rosellon y en la Cataluña experimentaban los españoles continuos reveses. No obstante, en los Países-Bajos fueron mas dichosos, y sostuvieron aun aquella reputacion que les habia grangeado la admiracion de sus enemigos. Algunos meses despues de la muerte de Richelieu, D. Francisco de Mello, que mandaba en los Países-Bajos el ejército español de la frontera de Francia, sorprendió al mariscal conde de Guiche.

Atribuía la España todas sus desgracias á Olivares; y la reina, los grandes y el consejo se unieron para pedir al rey su destitu-

cion, que no les fue muy difícil obtener al cabo.

Sucedióle D. Luis Haro de Guzman, su sobrino, mas suave, mas flexible, menos ambicioso y vano que su tio, y mas querido de los grandes y del pueblo. Empero los acontecimientos que sucedieron en el principio de su administracion no fueron favorables. La infantería española, tan nombrada por su firmeza y disciplina, fue deshecha en Rocroy por las tropas francesas al mando del duque de Enguien, conocido despues bajo el nombre de el *Gran-Condé*. En la Flandes el ejército francés redujo á Mardick y Gravelinas, mientras que los holandeses se apoderaban de Sas de Gante. Las tropas, que bajo el mando del marques de Torrecusa trataban de restablecer la autoridad de España en el Portugal, fueron derrotadas por el duque de Alburquerque, cerca de Badajoz. Y por último, la flota francesa batió á la española á la vista de Cartagena.

1644. Los negocios de Cataluña presentaron mejor aspecto, pues el rey, á la cabeza del ejército, sitió á Lérida, al paso que D. Felipe de Silva deshizo al mariscal francés de La Mota Houdancourt. Siguióse á esta vic-

toria la toma de Lérida y de Balaguer, y el levantamiento del sitio que habian puesto los franceses á Tarragona. La noticia de la enfermedad de la reina interrumpió el curso de las victorias de Felipe, que pasó inmediatamente á Madrid. Esta princesa, digna hija de Enrique el Grande, rey de Francia, cuyo valor, génio, virtudes, afabilidad y beneficencia habia heredado, falleció poco tiempo despues llorada no solo del rey, sino de la nacion entera.

ob 1645. Volviendo Felipe su atencion á la guerra de Cataluña, partió con el príncipe D. Baltasar para Zaragoza, en donde fue reconocido y jurado en córtes como sucesor á la corona, haciendo lo mismo poco despues en Valencia. Mientras tanto el general francés, conde de Arancourt, tomó á Rosas, y los españoles fueron derrotados en las orillas del Segre y en los llanos de Llorens, cayendo Balaguer en manos de los enemigos. Descubierta una conjuracion, formada en Barcelona por la baronesa de Albes para entregar aquella plaza á los españoles, todos los conjurados pagaron con sus cabezas, á escepcion de la baronesa, que obtuvo gracia por su hermosura.

1646. Restituido el rey á Madrid á fines del año anterior, juntó córtes para tratar de la sujecion de la Cataluña y el Portugal, nombrando al marques de Leganés virey y capitan general de aquella provincia, y pasó luego á Pamplona, en donde fue reconocido y jurado el príncipe. El conde de Harcourt sitió á Lérida, pero atacado por el marques de Leganés en sus líneas, fue derrotado, y hubo de abandonar la empresa, habiendo perdido en ella seis mil infantes y dos mil caballos. Despues de esta gloriosa espedicion se volvió el rey á Zaragoza, en donde le esperaba el fatal golpe de la muerte del príncipe D. Baltasar, su único heredero, que fue generalmente llorado de toda la España, por cuya razon regresó el monarca á la corte.

En Flandes el duque de Orleans, al frente de un ejército francés, tomó á Courtray, Berg-Saint-Vinox, Furnes y Dunquerque. Transportando los franceses la guerra de Italia á las costas de la Toscana, sitiaron á Orbitello; pero el marques de Torrecusa, volando al socorro de esta plaza, forzó las líneas enemigas, destrozó la mitad del ejército, y obligó al resto á reembarcarse. Poco despues un nuevo ejército, enviado por el cardenal Ma-

zarin á las costas de la Toscana, se apoderó de Piombino y de Porto-Longone. Rendi-
das estas plazas, se separó el duque de Mó-
dena de la liga de España, y se unió con los
franceses, que le enviaron para su defensa
un cuerpo de cinco mil hombres. Atacáron-
le los españoles sobre el Riberol, y cerca del
Bozolo se dió la famosa batalla de este nom-
bre que duró todo un dia, y en la cual triun-
faron las armas españolas.

1647. El rey lleno de gozo con estas no-
ticias se entregaba á las diversiones, y can-
sado de los negocios depositó en D. Luis de
Haro toda su confianza, en los mismos tér-
minos que lo habia hecho con su tio. Vién-
dose Felipe sin hijos, habia reconocido uno
habido en la Calderona, cómica famosa, el
cual con el nombre de D. Juan de Austria
vivía retirado en Consuegra, por el gran cui-
dado que habia tenido Olivares de separar-
le del monarca. Nombróle Felipe generalísi-
mo de mar, dándole para su consejo los ge-
nerales D. Gerónimo Sandoval, Juanetin de
Doria, el marques de Montealegre y D. Luis
Fernandez de Córdoba. Esto no obstante, co-
mo era preciso asegurar la sucesion del rei-
no, trató el monarca de casarse, á peticion

de las córtes , con Doña María Ana de Austria, hija del emperador D. Fernando III, y se publicaron en Madrid las bodas.

El príncipe de Condé, que habia sucedido en el mando de las tropas francesas al conde de Harcourt, sitió á Lérida, que defendida por el portugués D. Antonio Brito frustró todos sus esfuerzos, obligándole á abandonar la empresa.

1648. Mientras que Felipe se ocupaba de los medios de resistir á la liga de la Francia y las Provincias Unidas, y de hacer entrar en su deber á los catalanes y portugueses, supo con no poca sorpresa que los ciudadanos de Nápoles se habian puesto en insurreccion. Capitaneados por un pescador llamado Tomás Aniello de Amalfi, cuyo nombre se ha confundido con el de Mazaniello, degollaron á los empleados en rentas, y á muchos de los nobles, saqueando las casas de los pudientes, y cometiendo toda clase de escesos. Cansados de las insolencias del capitán le asesinaron, y pusieron á su frente al conde de Torrealto, que tuvo el mismo fin, y fue reemplazado por uno llamado Genaro. Formaron el proyecto de erigirse en república, y aclamaron por dux al duque de

Guisa, que pasó de Roma á Nápoles, llamado al intento; pero habiendo entrado en la ciudad D. Juan de Austria, los derrotó, haciendo prisionero cerca de Capua al duque de Guisa. Traído este á España fue encerrado en el alcazar de Segovia, de donde se escapó disfrazado, si bien cogido en Vizcaya, volvió otra vez á esta misma prision. Ocupábase la corte de España en negociar con la Holanda la paz, que ajustó al fin, reconociendo la independendencia de los holandeses, quedándose cada una de las dos potencias con lo que en la actualidad poseían, y libre la navegacion á las dos Indias para entrambas. Ajustóse despues el tratado de Munster, que suspendió la animosidad entre el imperio y la Francia. Formóse á este tiempo en Madrid una horrible conjuracion contra los dias del monarca. El principal autor de este infame proyecto fue el general Don Carlos Padilla, y estaban ademas complicados en él D. Rodrigo de Silva, duque de Híjar; D. Pedro de Silva, marqués de la Vega de la Sagra; Domingo Cabral, portugués, y otras muchas personas de menos consideracion. Trataban de matar al rey cuando fuese á caza, y de casar á la infanta Doña Ma-

ría Teresa con D. Alonso, príncipe de Portugal. Descubierta la trama por una carta que escribió Padilla á su hermano D. Juan, que se hallaba en Milan, fueron presos los cómplices, degollados en la plaza de Madrid los dos Padillas, y el duque de Híjar multado en diez mil ducados y condenado á carcel perpétua. El portugués Cabral murió en la prision antes de darse la sentencia.

1649. A pesar de tener la España divididas sus fuerzas en las guerras de Cataluña y de Portugal, sostenian aun los españoles en Flandes su gloriosa fama. Encargado el archiduque Leopoldo del gobierno de los Paises-Bajos, dió principio á su carrera militar tomando de asalto á Courtray, apoderándose de Furnes, y embistiendo á Lens. El príncipe de Condé, que despues de la reduccion de Iprés habia ido á socorrer á Lens, pasó por la mortificacion de ver que esta plaza se habia rendido; pero esta centella de prosperidad se desvaneció bien pronto. Leopoldo, en una reñida y sangrienta batalla, tuvo que ceder la victoria al genio superior del gran Condé, perdiendo en la accion cinco mil hombres muertos y tres mil prisioneros. Entre tanto la corte de España solo se

ocupaba de los preparativos de las bodas del rey con la archiduquesa Doña María Ana de Austria, que se celebraron en Navalcarnero, adonde su ilustre esposo habia ido á esperar á esta princesa.

La desastrosa jornada de que acaba de hablarse hubiera sido un golpe fatal para la España, si no se hubiese encendido la tea de la discordia en Francia é Inglaterra. Este último trono fue trastornado, y decapitado el monarca. En Francia ardia la guerra civil, y se vió el príncipe de Condé obligado á abandonar su país, y ponerse bajo la protección de la España, que le facilitó medios para entrar en Francia con un cuerpo considerable formado de sus partidarios.

1651. Al paso que las armas españolas hacian pocos progresos en Portugal, continuaba cada dia con mas vigor la guerra de Cataluña. Habia reducido el marqués de Mortara á Tortosa, y Felipe, creyendo que la actividad y presencia de D. Juan de Austria podria atraer á los catalanes á la sumision, le hizo pasar á esta provincia. Guiado por la experiencia del marqués, avanzó con el ejército sobre Barcelona, que defendieron los franceses con valor por espacio de quince

meses. Pero el príncipe desplegó tal vigor y energía en las operaciones, que venciendo todos los obstáculos, obligó á los enemigos á entregar la plaza, mediante una capitulacion honrosa para las tropas estrangeras: publicó luego una amnistía general para los habitantes, y confirmó sus antiguos privilegios, con lo cual entró en su deber toda Cataluña, á escepcion de la plaza de Rosas.

1653. Continuaba la guerra en Italia, arrebatando las armas de Felipe el Casal al duque de Saboya; pero en Flandes, donde los españoles se habian apoderado de Gravelinas y Dunquerque, fue el punto en que las potencias enemigas reunieron sus principales fuerzas.

1654. Allí pasó el príncipe de Condé, despues de una guerra infructuosa en las fronteras de la Champaña, á dirigir las operaciones del archiduque Leopoldo, y le persuadió á que intentase la reduccion de Arras. Pero apenas se habia formado el sitio, cuando fué preciso levantarle para oponerse al mariscal de Turena, que habiéndose apoderado de Stenay, vino á atacar y forzar las líneas españolas. Protegió sin embargo Condé á los fugitivos con dos regi-

mientos, y detuvo los progresos del vencedor. Rindiéronse sucesivamente Landrecy y Quesnoy á Turena, y los españoles, rechazados delante de los muros de Solsona, vieron levantarse contra ellos un nuevo enemigo de resultas del tratado hecho por Luis XIV con Cromwel, que gobernaba como soberano la Inglaterra, bajo el título de protector.

1656. Habia experimentado el mariscal de Turena en el sitio de Valenciennes, el mismo revés de fortuna que Condé delante de Arras, viendo forzadas sus líneas por este príncipe, auxiliado por D. Juan de Austria; pero el tratado ajustado con Cromwel aseguró á Turena una superioridad decidida. Reforzado con seis mil ingleses escogidos, sostuvo su reputacion en los sitios de San Venant, Montmedi y Mardyck. Avanzaron los aliados á la campaña siguiente hasta Dunquerque, pero fueron batidos con gran pérdida, y perseguidos hasta las puertas de Furnes.

1657. A pesar de esta derrota, y de la pérdida de Valencia en el Milanesado, desechó la España con firmeza las proposiciones de paz hechas por el cardenal Mazarin. La muerte de D. Juan IV, rey de Portugal, hizo que Felipe redoblase los esfuerzos para rescatar

este reino. Los portugueses, mandados por Juan Mendez de Vasconcelos, habian embestido á Badajoz, y el ministro D. Luis de Haro pasó en persona al frente de quince mil hombres á socorrer esta plaza. Tuvo Vasconcelos la prudencia de evitar un combate con un enemigo superior en fuerzas, y poniendo el Guadiana de por medio, se ciñó á observar sus movimientos. El ministro, desvanecido con esto, mandó sitiar á Yelves, y la nobleza portuguesa acudiendo á las armas, atacó al ejército español, que viendo herido mortalmente á su caudillo el duque de San Germain, desmayó, poniéndole una vigorosa carga del enemigo en desórden, y obligándole á refugiarse á Badajoz con pérdida de mas de dos mil hombres.

1659. D. Luis de Haro, en vista de este contratiempo, se vió precisado á cambiar de sistema, y á confesar que los recursos de la España no bastaban para resistir á tantos enemigos como la atacaban á un tiempo. Reconoció la necesidad de hacer la paz, cuya medida persuadian por otra parte el cúmulo de males que amenazaban por todas partes á la casa de Austria. Fernando no existia ya, y su hijo Leopoldo habia experi-

mentado grande oposicion para subir al trono imperial. El duque de Mantua en Italia, abandonando la alianza con la España, observaba una rigorosa neutralidad. En el Monferrato el marques de Villa se habia apoderado de Trino, y en el Milanesado se habia sometido Mortara al duque de Módena. Las fuerzas de la Francia y sus aliados estaban al mando del mariscal de Turena, y Furnes, Dixmuda, Oudenardo, Menin, Gravelinas é Iprés se habian sometido á Luis XIV en persona, ó á su ilustre general. Tantos desastres no permitian á la corte de España esperar mejor fortuna. Las largas guerras que habia sufrido, la habian aniquilado, acabando con su juventud, y agotando las rentas del erario, al paso que las fábricas estaban paradas, y los campos desiertos, por cuya causa solo la paz podria preservarla de su total disolucion y ruina.

1660. Renováronse para conseguirla las negociaciones con la Francia, desechadas poco tiempo antes por la España; y conviniendo primero en una suspension de armas, se ajustó en la isla de los faisanes, que está en el Bidasoa á la parte de Irun, un tratado definitivo. Estipulóse en él, entre otras cosas,

que la Francia conservaría por siempre la posesion de la Alsacia y del Rosellon, que se casaria Luis XIV con la infanta Doña María Teresa, renunciando á la sucesion, mediante la dote de quinientos mil escudos, y que la Francia restituiría las conquistas hechas en la Cataluña, en el Milanesado y en los Países-Bajos, y no prestaría auxilios al Portugal. Los catalanes fueron reintegrados en sus fueros y privilegios, y se publicó una amnistía y olvido general de todo lo pasado.

Despues de este tratado, continuó aun el reinado de Felipe IV por cinco años, en los cuales se vió condenada la España á gemir bajo el yugo de la guerra. No pudiendo renunciar á la esperanza de rescatar el Portugal, confió esta empresa á D. Juan de Austria, que redujo sucesivamente á Arronches y Alconchel, y hubiera llevado mas adelante sus tentativas, si Carlos II, que había vuelto á ocupar el trono de Inglaterra, no hubiese socorrido y alentado á los portugueses. Sin embargo, sitió despues y redujo á Evora; mas obligado á retirarse por la aproximacion del conde de Schomberg al frente del ejército enemigo, y por la escasez de subsistencias, fue atacada su retaguardia cerca de Estremoz,

y se vió reducido á pasar por un desfiladero ocupado por los portugueses, que desordenaron y pusieron en precipitada fuga al ejército español, dejándose en el campo de batalla cerca de cuatro mil muertos.

No por eso desistió la España de su intento, antes bien agotó las guarniciones de Flandes y del Milanesado, para formar un ejército de quince mil veteranos de infantería y seis mil caballos, llamando al marques de Caracena, gobernador de los Países-Bajos, para encargarle del mando. Contentóse este con embestir á Villaviciosa, que se defendió bastante tiempo para dar lugar á que el marques de Marialva, que obtenia el título de general, y el conde de Schomberg, que desempeñaba las funciones de tal, viniesen en su socorro. Trabóse entre los dos ejércitos en el llano de Montesclaros una reñida acción por espacio de ocho horas, durante las cuales estuvo indecisa la victoria hasta el último momento, que se declaró por los portugueses, perdiendo los españoles cuatro mil muertos y otros tantos prisioneros, catorce piezas de artillería, y algunas banderas y estandartes, al paso que la pérdida del enemigo fue la mitad menos.

Las enfermedades y disgustos repetidos habian alterado hasta lo sumo la constitucion de Felipe, y este último golpe hizo en él grande impresion. Cuando leyó el pliego en que se daba cuenta de esta derrota, le dejó caer de las manos, y sin articular mas palabra que las siguientes, que dijo con la mayor resignacion, *Hágase la voluntad de Dios*, le dió una congoja, y cayó en los brazos de los que estaban á su lado. Cansado al fin de tantos desastres y sinsabores, y deseando acabar en paz sus dias, reconoció la necesidad de entrar en negociaciones con el Portugal, como de potencia á potencia; pero fue tal la lentitud de sus ministros en este negocio, que no llegó á gozar del bien que ansiaba. Atacado de una disenteria que se resistió á la habilidad de los médicos, vió ya su muerte inevitable, y se resignó á ella. Procuró asegurar la sucesion á su tierno hijo D. Carlos, nombrando á la reina por su tutora y regenta del reino, con un consejo compuesto del presidente de Castilla, el vice-canciller de Aragon, el arzobispo de Toledo, el inquisidor general, el marques de Aytona, y el consejero de estado conde de Peñaranda. Recibió los divinos auxilios con

la mayor piedad, y falleció en Madrid á los sesenta años y medio de edad en el cuarenta y cuatro de su reinado.

Las calamidades sin término que afligieron á la España desde el advenimiento de este monarca al trono, contribuyeron á dar una idea poco ventajosa de su caracter. Sin embargo, estaba dotado de un entendimiento muy claro y de un juicio muy sólido. Olivares habia procurado en los primeros años de su reinado alejarle de los negocios é infundirle aversion á ellos, distrayéndole con fiestas, y adormeciéndole en el seno de los placeres. Cuando se veía precisado á hablar sobre alguna materia de estado, lo hacia con tanta energía como elocuencia: protegía las artes, fomentaba las letras y las cultivaba él mismo con fruto, habiendo hecho algunas composiciones dramáticas. Ultimamente, el famoso panteón del Escorial, reedificado por él, dará á la posteridad una idea de su magnificencia.

CAPITULO 39.

Carlos II.

1665. Subió Carlos II al trono á la edad

de cuatro años, acompañado de aquella esperanza que lisonjea siempre á la multitud en los primeros momentos de un nuevo reinado. Desgraciadamente se desvaneció bien pronto este prestigio por el caracter de la regenta, que si bien era sumamente celosa de la autoridad soberana, queria ejercerla sin el menor obstáculo, violando sin escrúpulo las leyes de la justicia, y desentendiéndose de todas las consideraciones de la política. Introdujo en el consejo de regencia á su confesor el padre Nithard, jesuita alemán, nombrándole inquisidor general, por renuncia que á ruego y persuasion de la regenta hizo de esta dignidad el arzobispo de Toledo D. Pascual de Aragon. Obligó á Don Juan de Austria á salir de la corte para Conuegra, y esto irritó al pueblo, que sabia apreciar sus buenas cualidades y el interés que mostraba por el bien del estado.

el 1666. La nueva irrupcion que hicieron los portugueses en Estremadura, solo sirvió para probar la debilidad de la corte de España, y la lentitud de sus deliberaciones. Indecisa aun sobre el partido que abrazaria para consolidar la paz que tanto necesitaba, los preparativos de un nuevo enemigo la sa-

caron del letargo, y apresuraron las negociaciones.

1667. Luis XIV, desentendiéndose de la renuncia solemne que habia hecho de los derechos de su esposa la infanta Doña Maria Teresa á la sucesion de España, los reclamó formalmente, y fue preciso que la corte de Madrid aceptase la mediacion de la Inglaterra, y suscribiese con el Portugal á un tratado de paz, que despues de veinte y ocho años de guerra aseguró la independencia de este reino.

1668. Antes que se concluyese esta negociacion, habia invadido el rey de Francia la Flandes, apoderándose de Ath, Tournay, Oudenardo, Courtray, Charle-Roy, Binch y otras plazas, conquistando ademas en menos de un mes el Franco-Condado. Pero la triple liga formada entre la Inglaterra, la Suecia y las Provincias-Unidas para poner coto á la ambicion de la Francia, allanó la paz de la España con el Portugal, asegurando el monarca francés, por un tratado concluido en Aix-la-Chapelle, las conquistas hechas en los Países-Bajos, restituyendo sin embargo el Franco-Condado. Desaprobó Don Juan de Austria este tratado, y perseguido

por la corte pasó á Aragon, y se hizo fuerte primero en Jaca, y despues en Flix, amenazando al gobierno con una guerra civil, si no destituia al padre Nithard que le tenia altamente ofendido.

1669. No podia la reina resolverse á separar de su lado al depositario de toda su confianza, y D. Juan, sublevando en su favor el Aragon y la Cataluña, y sostenido por casi toda la grandeza, pasó á Madrid, y obligó por fin á la regenta á dar este doloroso paso, enviando al padre Nithard á Roma en calidad de embajador de España. A su partida acreditó que no desmerecia la confianza con que le honraba la reina, pues rehusó constantemente las crecidas sumas que el arzobispo de Toledo y el conde de Peñaranda le instaban á que recibiese, diciendo: « *Yo era un pobre eclesiástico, cuando entré en este reino, y saldré de él como vine.* »

Si esta medida calmó por entonces á Don Juan, la creacion de un regimiento con el nombre de Reales guardias, que hizo de allí á poco la reina para proteger á su hijo, sirvió de pretesto á la ambicion de aquel príncipe, para obtener el nombramien-

to de virey de Aragon y vice-regente de los estados que dependian de este reino.

1670. Habia conseguido Luis XIV, á fuerza de oro y de intrigas, disolver la liga formada entre la Inglaterra, la Suecia y la Holanda, uniéndose con las dos primeras estrechamente. Ansioso por vengarse de los holandeses que habian detenido sus progresos en la Flandes, se valió de cuantos medios pudo imaginar, para inducir á la corte de Madrid á seguir el ejemplo de las de Londres y Stokolmo; pero la regenta, inflexible en su resolucion, declaró con firmeza que era mas honorífico para la España participar de las calamidades de la Holanda, que no ser simple espectadora de ellas.

1672. Entró luego el rey de Francia en Holanda á la cabeza de cien mil hombres, y en menos de un mes conquistó las dos terceras partes de las siete provincias. Envió la España en socorro de sus aliados doce mil hombres, y el elector de Brandemburgo, el emperador, la Inglaterra y muchos soberanos del imperio se pusieron de parte de la Holanda, al paso que la Francia declaró la guerra á la España.

1673. El príncipe de Orange embistió y

tomó de asalto á Naerden , y los ejércitos aliados de España , Alemania y Holanda , se esparcieron por el electorado de Colonia , interceptaron la comunicacion entre las Provincias-Unidas , y obligaron á los franceses á evacuar sus conquistas en menos tiempo del que habian tardado en hacerlas.

1674. Volvió sin embargo el monarca frances á invadir el Franco-Condado : rindiósele Besanzon , apenas se presentó delante de sus murallas , y en el espacio de seis semanas subyugó la provincia entera , que quedó desde esta época incorporada á los dominios de Francia.

Continuaba la guerra en Flandes sin ningun resultado decisivo. Las fuerzas españolas y holandesas , animadas por el ejemplo del príncipe de Orange , disputaron en Seneffe el campo de batalla á los franceses mandados por el príncipe de Condé ; pero el mariscal de Turena , apelando á los recursos del genio y de la ciencia , defendió con veinte mil hombres la Lorena , la Alsacia y el Franco-Condado , ganando tres batallas consecutivas contra los alemanes que tenian fuerzas cuadruplicadas.

1675. Llamó el emperador para oponer-

le á Turena á un general digno de hacerle frente, como lo era el célebre Montecuculi; mas cuando estos ilustres rivales estaban á punto de librar su reputacion al éxito de una batalla, una bala de cañon arrebató á Turena. Atravesaron despues los imperiales el Rhin y tomaron á Tréveris.

1676. Cumplió Carlos II á esta época los quince años, señalados en el testamento de su padre para tomar las riendas del gobierno. D. Juan de Austria, que desde su retiro de Zaragoza estendia sus intrigas hasta Madrid, vino á rendir homenaje al Soberano, y su presencia fue el presagio de la desgracia de la regenta, que recibió muy en breve orden para retirarse. Este inesperado golpe, lejos de abatir á la princesa, le dió nuevo aliento para sacar partido de las ventajas de su sexo y del título de madre. Su hijo, al despedirse de ella, no pudo resistir sus lágrimas y tiernas reconvenciones, y la reina aprovechando la ocasion, pintó con tan negros colores á D. Juan, que el monarca le hizo retirar á Zaragoza.

1677. Volvió á dirigir el estado la reina, ó mas bien D. Fernando Valenzuela, á quien por recomendacion del padre Nithard habia

ido prodigando sucesivamente su favor, hasta elevarle de simple particular á primer ministro, marques de S. Bartolomé de los Pinares, y por último grande de España. No desconocía Valenzuela que su elevacion le habia de atraer enemigos por necesidad, y así procuró insinuarse en la gracia del pueblo, restableciendo la abundancia en la capital, haciendo diariamente justas y torneos, corridas de toros y comedias, á cuyos espectáculos tenia la multitud entrada franca. Aplaudia esta su liberalidad, que estendió tambien á la construccion de algunos puentes que costaron sumas inmensas, al paso que los descontentos decian públicamente, que si el tesoro se hallaba exhausto, los cofres del ministro estaban atestados de dinero. Los grandes sobre todo, exasperados con la popularidad que el ministro iba adquiriendo, atribuian á su incapacidad los descalabros de las armas de la España y de sus aliados. Nuevos desastres justificaron estas murmuraciones, y desvanecieron las esperanzas de Valenzuela; y señaladamente la derrota que la escuadra española y holandesa combinadas sufrieron en la rada de Palermo, aumentó el odio y desprecio hácia este ministro. D. Juan

de Austria, informado de cuanto pasaba, y solicitado por algunos señores, se encaminó á la corte con ánimo de librarla de la autoridad de un favorito arrogante y odioso; pero antes de llegar á ella, las sospechas que habian infundido al rey acerca de sus intenciones, le hicieron volver á Zaragoza.

En medio de esto el monarca, deseoso de salir de la especie de opresion en que le tenia su madre, y que los cortesanos no dejaban de vituperar como injuriosa á su dignidad, dejó una noche secretamente el palacio, y se fue al Buen-Retiro, dando desde alli orden á la reina para que no saliese del Escorial, donde á la sazón se hallaba. Declaró luego á D. Juan de Austria por primer ministro, confinó á su madre á Toledo, é hizo prender á Valenzuela, trasportándole á una prision en Consuegra, de allí al castillo de Puntales en Cadiz, y despues á Filipinas.

1678. Reformó D. Juan algunos abusos, haciendo concebir lisonjeras esperanzas, que se desvanecieron en breve. Aumentábanse los males de la España por todas partes: mientras que los franceses vencian al conde de Monterey cerca de Puigcerdá en Catalu-

ña, perdía el general Bracamonte una batalla en Sicilia á la inmediacion de Tuornina, y se apoderaban los franceses en Flandes de Valenciennes, Cambray y Saint-Omer. Los holandeses, cediendo al torrente que no podian detener, abandonaron la alianza de la España, y firmaron en Nimega un tratado por separado.

La defeccion de una parte tan considerable de la liga puso á la casa de Austria en la precision de haber de aceptar todas las condiciones de paz que tuvo á bien prescribir su adversario. Luis XIV exigió del emperador la cesion de Fribourg, y la España tuvo que abandonar á la Francia el Franco-Condado, Cambray, Valenciennes, Bouchain, Condé, Ipres, Aire, Saint-Omer, Babay, Cassel y Maubeuge.

1679. Habia tratado D. Juan de enlazar al monarca con una infanta de Portugal, y saliendo frustradas sus miras, puso los ojos en la princesa Luisa de Orleans, sobrina de Luis XIV, que en efecto vino á últimos del año á Quintanapalla, tres leguas de Burgos, á donde salió el rey á esperarla y recibir las bendiciones nupciales. No tuvo D. Juan el gusto de ver realizada esta union, pues

fue antes atacado de una enfermedad violenta, que le llevó al sepulcro á la edad de cincuenta años. Por mas que los extranjeros nos le representen como un héroe dotado de las cualidades de tal, y como el último de los grandes hombres de la dinastía austriaca en España, lo cierto es que en Portugal, Nápoles y Flandes dió pocas muestras de su habilidad. En España, mientras estuvo al frente de los negocios, no se ocupó mas que de intrigas de corte, y la administracion pública se empeoró en todas sus partes. La muerte de D. Juan produjo la reconciliacion del monarca con su madre, mas no mejoró la suerte de la monarquía, pues en tanto que Carlos encerrado en su palacio se mostraba insensible á sus males, crecian estos con la paralización de los negocios, y la debil administracion del secretario de estado y del despacho Gerónimo de Eguia.

1680. Saliendo el rey de su letargo, por las quejas de sus súbditos y las representaciones de los ministros extranjeros, confió los negocios del gobierno al duque de Medinaceli, el menos á propósito para dirigirlos, en razon de su debilidad, indecision é indolencia. Bajóse la moneda, que en la úl-

tima guerra se habia subido á seis veces mas de su valor intrínseco, y se hicieron otras innovaciones que acabaron de aniquilar el reino, que del mas rico en oro y plata se vió reducido por las operaciones poco acertadas del ministerio, á recurrir al papel y al cambio de los efectos. Luis XIV, por otra parte, desentendiéndose de los lazos de la sangre, obligó al monarca español á renunciar el título de duque de Borgoña, ceder una parte del territorio de las fronteras del Rosellon, y abatir en la mar el pabellon español ante el de la Francia. A mayor abundamiento el embajador, marques de Villars, importunaba con sus desmedidas pretensiones en tal manera á Carlos, que á pesar de la escesiva dulzura de su caracter, dijo á su esposa en un momento de indignacion, que iba á romper las hostilidades contra la Francia.

1682. Desengañóse bien pronto el monarca español de que una paz comprada á fuerza de sacrificios no puede ser de larga duracion. Las concesiones hechas á Luis XIV no sirvieron mas que para inflamar su ambicion: pretendió que sus ministros se habian olvidado de hacer mencion del pais de Alost en el último tratado de Nimega, y co-

mo la corte de Madrid se rehusase á mostrar su aquiescencia sobre una reclamacion tan poco fundada, puso sitio á Luxemburgo. Carlos, cansado ya de tantas injurias, le declaró la guerra.

1683. Mientras que el ministro español se ocupaba en reunir los fondos necesarios para poner las tropas en campaña, se apoderaban los franceses de Courtray y Dixmunda: una escuadra de Francia bombardeaba á Génova, que se habia declarado por los españoles, y se vió bien pronto reducida á aceptar la paz con las mas duras condiciones. Luxemburgo estaba sitiada, y apretada en gran manera, al paso que la vanguardia de un ejército campado en el Rosellon asolaba las fronteras de la Cataluña, y otro cuerpo amenazaba á Fuenterrabía.

1684. Confió la España las pocas fuerzas que pudo reunir al duque de Bournonville, que despues de haberse asegurado de un puesto ventajoso en las orillas del Ter, en Cataluña, hizo los mayores esfuerzos para detener los progresos de los invasores. Arrollado, empero, por las fuerzas superiores del enemigo, se replegó sobre Gerona, y la constancia con que defendió esta plaza, recha-

zando los varios ataques que le dió el mariscal de Bellefont, obligó á este á retirarse, sin haber sacado mas fruto de la victoria que la reduccion de Palamos.

Rindióse al fin Luxemburgo, y la España tuvo que abrir negociaciones de paz, bajo la mediacion del emperador, que allanando todas las dificultades, por medio de un tratado hecho en Ratisbona, estableció entre las dos partes una tregua de veinte años, ventajosa á la Francia. Es verdad que restituyó esta á Courtray y Dixmunda, pero conservó el Luxemburgo, y exigió ademas una suma equivalente á un millon de pesos fuertes.

1685. Despues de este tratado conoció el duque de Medinaceli que iba declinando de su influencia, y se retiró de los negocios. Las reformas que habia hecho en la casa real, y la reduccion de pensiones, le habian acarreado el odio de los cortesanos, y el pueblo le miraba de mal ojo por los desastres de la guerra, y las condiciones poco honrosas de la paz. Su dimision sin embargo no mejoró la suerte del Estado, porque su sucesor el conde de Oropesa, con mas ambicion acaso, tenia la misma incapacidad con corta diferencia. Sin embargo reformó los

gastos de la Hacienda, suprimiendo muchas plazas en los tribunales y secretarías, y rebajando los sueldos.

1686. Luis XIV, cuyo engrandecimiento empezó á llamar la atención de toda la Europa, bajo el pretesto de pedir una reparación de las pérdidas que habian sufrido algunos de sus súbditos en la América meridional, puso una escuadra delante de Cádiz, y Carlos II se vió reducido á comprar un acomodamiento, mediante la suma de quinientos mil escudos. Este nuevo ultraje aumentó los celos de las otras potencias, que conocieron mas que nunca la urgente necesidad de poner coto á las empresas de un ambicioso que no respetaba tratado alguno, buscando siempre pretestos para incomodar á sus vecinos.

1687. Acababa de formar el príncipe de Orange la liga de Augsbourg entre las córtes de Madrid, Viena, la Haya y Turin contra la Francia, cuando un nuevo acontecimiento volvió á encender la guerra. Jacobo II, que habia sucedido poco antes á su hermano Carlos II en el trono de Inglaterra, desechando los auxilios que le ofreció Luis XIV para obligar á los holandeses á permanecer

en su país, dió lugar á una revolución que le costó el trono.

1688. El rey de Francia, para precaver los efectos de la liga de Augsbourg, habia esparcido los cien mil hombres por el imperio, cercado á Philisbourg, y llevado el hierro y el fuego al interior de la Alemania. No ignoraba que el príncipe de Orange estaba sostenido por el oro y las intrigas de la corte de Madrid, y así propuso al rey de España una alianza, en la cual hubiera entrado probablemente por las persuasiones de la reina su esposa, si la muerte no la hubiera arrebatado á principios del año inmediato.

1689. Reparó Carlos II esta pérdida desposándose con Mariana, hija del elector Palatino, y desde este momento obró siempre de concierto con sus aliados. Los franceses tomaron en la Alemania en poco tiempo á Manheim, inundaron el Palatinado, reduciendo los pueblos á cenizas, los campos á desiertos, y los desventurados habitantes á abandonar sus albergues, presa de las llamas, y sangriento teatro de la brutalidad de los soldados. Los catalanes á este tiempo, resentidos de las vejaciones que les causaban

las tropas, se sublevaron, si bien el duque de Villa-hermosa pudo apaciguarlos.

1690. Volviendo á los franceses, diremos que experimentaron no obstante un gran revés cerca de Walcourt, en donde fue batido el mariscal de Humieres por el ejército aliado al mando del príncipe de Waldek; pero apenas saboreó este último el fruto de su victoria, pues fue derrotado por el duque de Luxemburgo en la famosa batalla de Fleurus, á la inmediación de Charleroy, en la cual se batieron los españoles con un valor que no pudo menos de admirar el enemigo.

1691. Luchaba el conde de Oropesa con denuedo contra la tempestad que por todas partes amenazaba á la España; mas como la masa del pueblo no le quería, y especialmente la reina, tuvo que ceder su puesto al conde de Melgar. Una enfermedad violenta, que atacó por entonces al monarca, reveló las miras del nuevo ministro, partidario acérrimo de la rama imperial de la casa de Austria. Propuso en el consejo que se llamase al archiduque Carlos para ceñir sus sienes con la corona de España; pero el restablecimiento del rey suspendió esta medida prematura.

1692. La defensa de los Países-Bajos exi-

gia una atencion particular de parte de la España; y en la imposibilidad de proveer á ella, nombró al elector de Baviera gobernador hereditario de los Países-Bajos españoles, mediante la recomendacion del rey de Inglaterra, obligándose á darle los subsidios necesarios para subvenir á los gastos de la administracion y sueldos de las tropas. Esto no impidió que Luis XIV sitiase y rindiese á Namur, no sin haberse defendido valerosamente, y vió la España con el mayor dolor pasar á manos del enemigo una plaza cuyas fortificaciones le habian costado sumas inmensas.

1693. El monarca español, reducido á la mayor penuria, tuvo que reformar un tercio de los dispendios de su casa y de los de la administracion pública, para atender á la defensa de Cataluña. Levantó un ejército al mando del duque de Medinasidonia, que no pudiendo impedir que el mariscal de Noailles se apoderase de Rosas, fue relevado por el duque de Escalona.

1694. Pasó Noailles el Ter, y derrotando á Escalona se apoderó de Palamos, Girona, Hostalric y Castelfollit, llevando la desolacion hasta las puertas de Barcelona, en

donde fue detenido por el marques de Gastañaga, que habia sucedido al duque de Escalona.

1695. La reconquista que hicieron los aliados de Huy y Dixmuda, y señaladamente la de Namur, dulcificó un poco la amarga suerte de la España, reducida al extremo de tomar dinero á préstamo con el interés de un quince por ciento, y á beneficiar los vireinatos de Méjico y del Perú en doscientos cincuenta mil pesos cada uno.

1696. Mientras que en Cataluña D. Francisco de Velasco, general de las tropas españolas, era derrotado cerca de Hostalric por los franceses, al mando del duque de Vandoma, abandonaba el de Saboya el partido de los aliados, haciendo un tratado con Luis XIV. Los moros que habian sitiado á Ceuta, despues de haber perdido la mitad de la gente, cambiaron en bloqueo el sitio de esta plaza y el de Melilla.

Muerta la reina madre Doña María Ana de Austria, cayó á poco tiempo enfermo Carlos de unas malignas tercianas que pusieron su vida en peligro, si bien recobró la salud con el auxilio de los medicamentos. Dícese que en esta enfermedad hizo su tes-

tamento, designando por sucesor á la corona al príncipe electoral su sobrino.

1697. Deseaban la paz todas las potencias beligerantes, y se empezó á negociar en Riswick por la mediacion de la Suecia. Luis XIV, que tenia ya puestos los ojos en el trono de España, y que pretendia obligarla á dejar las armas, hizo que el duque de Vandoma sitiase á Barcelona, que á pesar de haberse defendido con un valor heróico, despues de doce dias de trinchera abierta, hubo de capitular. En fin la España, en medio de sus calamidades, tuvo que aceptar una paz mas ventajosa de lo que podia prometerse. Luis XIV se avino á la restitucion del Luxemburgo, Charleroy, Mons, Ath y Courtrai, y á evacuar la Cataluña, haciendo otras restituciones considerables á las demas potencias.

1698. Los acontecimientos de que se vá á tratar esplicarán la moderacion que desplegó Luis XIV en este tratado. Aunque Carlos II no tenia mas que treinta y seis años, su constitucion débil y alterada por los males anunciaba una disolucion próxima. Como no tenia hijos, y la Francia, el príncipe de Baviera y el archiduque Carlos, repar-

tian ya entre sí los estados de España, formó Carlos II un consejo extraordinario para tratar de la sucesion á la corona. Declaráronse algunos á favor de la infanta Doña Teresa, hermana mayor del rey, por quanto la renuncia que habia hecho al tiempo de celebrar su matrimonio con el rey de Francia no habia sido autorizada por las córtes. Inclinábanse otros al archiduque Carlos, y los que sostenian al príncipe de Baviera, muerto este, hubieron de abandonar su partido.

1699. Los que apoyaban los derechos de la casa de Borbon, y los que estaban por la casa de Austria, temian igualmente al conde de Oropesa, que habia vuelto á ganar la confianza del príncipe. El cardenal Portocarrero y el inquisidor general, resentidos de haber perdido el favor de que antes gozaban, para recobrarle urdieron una trama tan ridícula, como vergonzosa y detestable. Fingieron que el rey estaba hechizado, y que tenia los demonios en el cuerpo, añadiendo que sus enemigos le habian puesto en este deplorable estado. El embajador de Francia apoyaba esta farsa, en la cual entró tambien el P. Froylan Diaz, nuevo confesor del rey,

abusando sacrílegamente de su sagrado ministerio para autorizar la intriga. Hizo exorcizar, por el capuchino alemán Fr. Mauro Tenda, al desventurado monarca, que aterrorado con el espantoso aparato de esta ceremonia, cayó en una negra melancolía que le precipitaba al sepulcro. Promovieron despues un alboroto con el pretesto de la carestía del pan; y obtuvieron el destierro del conde de Oropesa y del almirante de Castilla, que era lo que deseaban.

1700. El cardenal Portocarrero, libre ya de estos opositores, cogió el fruto de sus intrigas, haciendo firmar al monarca el testamento en que trasmitía la corona de España al duque de Anjou. Mejoróse despues por algunos dias; pero vuelto á enfermar, nombró para el gobierno del reino, durante su enfermedad, al cardenal Portocarrero, con los presidentes de los consejos y otras dignidades, y á los tres dias bajó al sepulcro. Lloráronle sus súbditos, porque siempre deseó su felicidad, y la hubiera labrado, si hubiese podido seguir los impulsos de su corazón benéfico.

CAPITULO 40.

Felipe V.

Ratificado el testamento de Carlos II por Luis XIV, el duque de Anjou fue proclamado rey en Madrid, y en todas las ciudades de España, bajo el nombre de Felipe V, y reconocido por todas las córtes de Europa, á escepcion de la de Viena. Salió luego de París para España, acompañado de los duques de Borgoña y de Berry, y de un gran número de señores españoles y franceses, diciéndole Luis XIV al despedirse de él aquellas notables palabras: *Hijo mio, ya no hay Pirineos.*

1701. Hizo su entrada pública en Madrid en medio de las aclamaciones de un numeroso concurso, y señaló su advenimiento al trono suprimiendo muchos oficios supérfluos, y reformando los gastos de palacio. Compuso su consejo privado del cardinal Portocarrero, de D. Manuel Arias, presidente del consejo de Castilla, y del duque de Harcourt. Acordó con Luis XIV que los grandes de España y los pares de Francia

tendrian recíprocamente los mismos honores en sus respectivas córtés. Contrató luego su matrimonio con Luisa Gabriela, hija segunda del duque de Saboya, y saliendo á recibirla á la frontera, á su paso por Aragon recibió el juramento de fidelidad de costumbre, como se le prestaron tambien las córtés de Cataluña á su llegada á Barcelona.

Alarimado el emperador de Alemania con la especie de agresion, que acababa de cometer Luis XIV en la Italia forzando al duque de Mantua á recibir una guarnicion francesa en la capital, se ligó con la Inglaterra y la Holanda; con el objeto de apoderarse de los estados que poseía el monarca español en la Italia. El buen éxito de las armas de los aliados aumentó sus pretensiones y su ambicion. El emperador hizo marchar un ejército á Italia, que bajo las órdenes del famoso príncipe Eugenio derrotó en Carpi y en Chiari las tropas francesas, italianas y españolas. Conjuráronse á este tiempo en Nápoles varios partidarios de la casa de Austria, para entregar la ciudad al archiduque; pero el virey, duque de Medinaceli, triunfó de los rebeldes y castigó á los gefes.

1702. Felipe, despues de haber celebra-

do sus bodas en Barcelona, quiso disipar con su presencia las alteraciones de la Italia, y confiando el gobierno á la reina asistida de un consejo, se trasladó á Nápoles, en donde fue recibido en triunfo. Perdonó á los habitantes muchos millones que debian á la real hacienda, y este pueblo eternizó su gratitud y reconocimiento erigiendo á Felipe una estatua ecuestre. Pasó despues á Génova, en donde recibió á los embajadores de todas las potencias de Italia, y atravesando el Milanesado se fue á unir con el ejército francés, que estaba peleando cerca de Santa Victoria con un cuerpo de cinco mil alemanes, que fueron derrotados por el duque de Vandoma. Felipe atacó al príncipe Eugenio en los llanos de Luzara, y la victoria coronó su esfuerzo, poniendo en sus manos esta ciudad y la de Guastala; mas cuando esperaba arrojar á los imperiales de la Italia, los sucesos de la guerra le obligaron á volverse á Madrid.

La escuadra combinada de Inglaterra y Holanda atacó la Andalucía, y se apoderó del Puerto de Santa María y de Rota, si bien el marques de Villadarias obligó á las tropas enemigas á reembarcarse. Resolvieron despues los

almirantes ir á atacar á Vigo en Galicia, adonde acababan de llegar los galeones que traían dinero de Méjico. Tomaron cinco navíos de guerra y cuatro galeones; siete fueron incendiados y echados á pique por los mismos españoles, y los demas perecieron; por manera que la España se quedó absolutamente sin marina hasta para hacer el comercio. El botin que cogieron los ingleses se calculó en ocho millones.

1703. El emperador de Austria y el rey de Romanos transmitieron sus pretensiones al trono de España al archiduque, proclamándole en Viena, bajo el nombre de Carlos III. Reconociéronle como tal la Inglaterra, la Holanda, el Portugal, la Prusia, la Polonia, la Dinamarca, el duque de Saboya, y otros varios príncipes del imperio. A este mismo tiempo Felipe, inducido por el cardenal de Etree, quiso despachar por sí solo los negocios, mientras que Mr. Orri arreglaba la hacienda, con cuyo objeto habia venido de Francia.

1704. Felipe, despues de haber reunido un ejército considerable, marchó al frente de él sobre Portugal, desde donde el archiduque Carlos reclamaba sus derechos á la corona de España. Conquistó entre otras pla-

zas á Portalegre, desbarató en varios encuentros á los portugueses, é hizo temblar á su rey Pedro II en su capital. Mientras tanto la flota inglesa, que habia conducido al archiduque á Portugal, saliendo de Lisboa se presentó delante de Barcelona, en donde el antiguo almirante de Castilla, conde de Melgar, que se habia refugiado á aquel reino huyendo de España, mantenía comunicaciones secretas para entregar la plaza á los enemigos. La vigilancia del virey D. Francisco de Velasco contuvo á los conspiradores, y la escuadra, dando la vela á Gibraltar, se apoderó sin dificultad de esta inespugnable fortaleza, por la indolencia y descuido de la guarnicion que la tenia casi abandonada. Intentó recobrarla el marques de Villadarias, pero dió lugar por la lentitud de sus operaciones á que los ingleses enviasen una nueva escuadra en su defensa.

1705. Volvieron á sitiaria poco tiempo despues los españoles y los franceses combinados, y no tuvieron mejor éxito, pues las fuerzas superiores de la marina inglesa les obligaron á levantar el sitio. Los portugueses tomaron al mismo tiempo en Estremadura á Salvatierra, Valencia de Alcántara y Albur-

querque, y el archiduque Carlos, embarcándose en una escuadra inglesa con doce mil hombres de tropas regladas, dió la vela para las costas de Valencia. Hizo saltar en tierra en Denia á un tal Juan Bautista Baset, valenciano, que sublevó el pais, suprimió los impuestos, y proclamó al archiduque rey de España, reconociéndole toda Valencia, á escepcion de Alicante y Peñíscola que permanecieron fieles á Felipe.

La llegada del archiduque á Cataluña produjo el terror y la confusion. Los traidores entregaron las plazas de Lérida y de Tortosa; Barcelona se vió obligada á capitular, y el archiduque fue proclamado en esta capital.

1706. Marchó Felipe sobre ella al frente de un ejército, y la embistió; mas quando estaba próximo á apoderarse de ella, la escuadra francesa que bloqueaba el puerto, tuvo que retirarse á la vista de otra inglesa mas numerosa, y Felipe hubo de ceder á la superioridad del número y regresar á la corte. El archiduque no tardó mucho tiempo en apoderarse, mas bien por la traicion que por las armas, de Aragon, Cataluña y Valencia. Un cuerpo de cuarenta mil ingleses y

portugueses al mando del marques de las Minas y del conde de Galway, entró entonces en España, y tomando á Ciudad-Rodrigo y Salamanca, se dirigió sobre Madrid. Obligado el duque de Berwick á cederles el paso que no podia defender con las pocas tropas de su mando, aconsejó al rey que abandonase la capital; y en efecto, obedeciendo, bien á su pesar, á la voz imperiosa de la necesidad, se trasladó á Burgos con un cuerpo de tropas fieles, si poco numerosas. Ocuparon los aliados la capital, y proclamaron á Carlos III, sin que los habitantes tomasen parte en este acto, como no fuese para mostrar su indignacion al ver los estandartes portugueses por las calles. Sucedió á este desastre otro harto doloroso, pues D. Luis Fernandez de Córdoba, conde de Santa Cruz, que mandaba las galeras de Cartagena, las entregó á los ingleses, consintiendo en tan infame traicion todos los oficiales, á excepcion de tres, cuyos nombres deben pasar á la posteridad, y fueron D. Juan Grimau, capitan de la galera en que iba el conde, el veedor D. Juan Manuel de Grimau, sobrino de aquel, y D. Manuel Fermosilla, que mandaba otra galera. Sin embargo, el con-

flicto de Felipe, y su grandeza de alma, alentaron el celo, y la fidelidad de sus súbditos, siendo los castellanos los primeros á dar el ejemplo. Acudieron á las armas en masa: obispos, canónigos, sacerdotes, monges y frailes, caballeros y paisanos, se distinguieron acometiendo á ingleses y portugueses con intrépido valor. Ardió el fuego del patriotismo en todos los corazones; hasta las mugeres y los niños empuñaron las armas, repitiéndose los prodigios de valor por todas partes.

Viéronse el marques y Galway obligados á sacar las tropas de Madrid, reducidas ya á la mitad, y unirlas con las del archiduque. Persiguiólas Felipe, apoderóse de Alcalá, donde tenían sus almacenes, y forzando al archiduque á retirarse á Valencia, entró en Madrid en medio de las mayores aclamaciones.

Felipe usó de esta victoria con una moderacion y dulzura ejemplar, contentándose con separar de sus empleos á algunos grandes y señores, que habian faltado en esta convulsion política á la fidelidad, y aun á la gratitud que personalmente le debian. La reina madre se retiró por insinuacion suya á

Bayona, en donde se le continuó pagando su asignacion puntualmente.

Ocupó el archiduque el Aragon, y reconocieron su autoridad las islas de Mallorca y Menorca, mientras que la derrota de los franceses en la funesta batalla de Ramillies arrastró tras sí la pérdida de los Países-Bajos españoles.

1707. La defeccion de los catalanes, aragoneses y valencianos, y la de algunos otros señores, solo sirvió para estimular el celo de los grandes y de los castellanos, resueltos á sostener en el trono á Felipe, tan digno de ocuparle por sus eminentes prendas y virtudes.

El duque de Berwick vino con los aliados á las manos en los llanos de Almansa, y en la famosa batalla de este nombre los derrotó tan completamente, que apenas se salvaron seis mil hombres de los treinta y cinco mil de que se componia su ejército. Subsiste aun en el lugar donde se dió la accion la columna erigida para perpetuar la memoria de ella, con una inscripcion, en la que se refieren algunas particularidades del combate. El duque de Orleans tomó al dia siguiente de esta batalla el mando del ejér-

cito victorioso, y redujo á la dominacion de Felipe los reinos de Valencia y Aragon, cuyos habitantes fueron castigados con fuertes contribuciones, y sometidos á las leyes de Castilla. Játiva en Valencia, que se obstinó en defenderse, fue arrasada y construida despues de nuevo con el nombre de San Felipe, que aun conserva.

Para colmo de gozo y alegria dió la reina al estado el heredero por que ansiaba en el príncipe D. Luis, cuyo fausto acontecimiento reparó todos los males. El clero, muchas de las ciudades, la nobleza y el tribunal de la Inquisicion, se apresuraron á ofrecer al monarca sus bienes y servicios. El general inglés, testigo de este amor de la nacion á su soberano, escribió á Londres: «que «todas las fuerzas de la Europa reunidas, no «serían capaces de destronar un príncipe tan «querido de sus súbditos.»

En tanto que Orleans pasando á Cataluña tomaba á Lérida, que el duque de Noailles se apoderaba de la Cerdeña, y el conde de Villars reducía á Menorca, en Italia la traicion de algunos de sus príncipes puso en manos del emperador el reino de Nápoles.

1708. Del mismo modo pasó la Cerdeña

á las de los ingleses, á pesar de los esfuerzos que hizo el virey marques de la Jamaica para contener á los traidores. Por otra parte dos mil marineros ingleses se apoderaron de Mahon, y los moros tomaron á Oran, al paso que el duque de Orleans forzaba á Tortosa, y el caballero Asfeld se apoderaba de Denia y de Alicante. En los Paises-Bajos los duques de Borgoña y de Vandoma sometieron á Gante, Brujas y Plasendal, siendo despues batidos aquí los franceses, como tambien en Oudenardo.

1709. Fatigado Luis XIV con una guerra tan larga y desastrosa, pide la paz á sus enemigos, dispuesto á hacer los mayores sacrificios; pero exigiendo estos que se una á ellos para destronar á su nieto Felipe, responde indignado: *Si he de hacer la guerra, mas quiero hacerla á mis enemigos que no á mis hijos.* Haciendo entonces toda la nacion los mayores esfuerzos, levantó en poco tiempo un ejército formidable, con el cual atacó á los aliados en Malplaquet, en donde se dió la mas reñida y sangrienta batalla de toda esta guerra. Pelearon como héroes el mariscal de Villars y el de Bouflers contra el príncipe Eugenio y el duque de Malboroug,

pero el campo de batalla quedó por estos, que se apoderaron luego de Mons.

1710. Este fatal golpe obligó al monarca francés á renovar sus proposiciones de paz, que los enemigos embriagados con la victoria desecharon, si no se ofrecia á arrojar con sus propias fuerzas á su nieto del trono de España en el término de dos meses. El pueblo francés, lleno de indignacion ofreció al monarca sus bienes y su vida para sostener la dignidad del trono.

Avanzaba á este tiempo el archiduque Carlos hácia Madrid al frente de veinte mil hombres, acompañado del conde de Staremberg. Salióle Felipe V al encuentro en Almenara; pero desordenada la caballería española por una carga de la inglesa, hubo de retirarse, llamando al marques de Bay, que se habia distinguido en Portugal por la reduccion de Miranda y la victoria de los campos de la Gudina en las riberas del Gaya, para ponerle al frente del ejército en lugar del marques de Villadarias. No mejoró el nuevo general el mal estado de las cosas, pues fue vencido delante de Zaragoza, y el archiduque ocupó segunda vez á Madrid.

Atribuyendo Felipe sus desgracias á la

incapacidad de los generales, pidió por todo auxilio á Luis XIV que le enviase al duque de Vandoma. Su presencia llenó al rey y á la nacion de esperanzas. Volvióse el archiduque á Barcelona poco satisfecho de la acogida que habia tenido en la corte. El general Stanhope, que se habia encerrado con cinco mil ingleses en Brihuega, tuvo que rendirse, y Staremborg, que venia en su socorro, fue vencido en los campos de Villaviciosa.

1711. Muerto el emperador de Alemania, y llamado al trono el archiduque bajo el nombre de Carlos VI, el ministerio inglés dejó de auxiliarle en sus pretensiones al de España, por temor de que no adquiriese un poder que podria ser fatal para la Europa, y la reina Ana firmó los preliminares de la paz con la Francia, asegurando la España y las Américas á Felipe V.

En Cataluña el duque de Noailles conquistó á Gerona, y el de Vandoma se apoderó de Balaguer y de Solsona; y en Aragon Benasque, el Valle de Aran y todas aquellas montañas entraron en la obediencia.

1712. Continuáronse en Utrecht las negociaciones de la paz, y despues de varios debates y altercados, y de haber transmiti-

do Felipe la soberanía de los Países-Bajos españoles al elector de Baviera, se ajustaron por fin las paces, renunciando solemnemente el monarca español sus derechos á la corona de Francia, y los duques de Berri y de Orleans sus pretensiones á la de España.

1713. Poco tiempo despues se firmó la paz con la Inglaterra, cediendo la España á esta potencia la plaza de Gibraltar y puerto de Mahon con toda la isla de Menorca, y reconociendo al fin la sucesion establecida en favor de la casa de Brunswick-Hanover. Puso ademas Felipe al duque de Saboya en posesion de la Sicilia, llamándole á la sucesion de España á falta de hijos. El Portugal fue comprendido en el tratado general.

1714. Retiró el emperador sus tropas de Cataluña; pero Staremberg, antes de embarcarlas, indujo á los catalanes con sus discursos y promesas á sustraerse á la autoridad de Felipe, y fue preciso dar de nuevo principio á la guerra. El mariscal de Berwiek sitió á Barcelona, que, si bien se defendió con valor y esfuerzo, hubo de sucumbir al cabo. El vencedor entregó esta sediciosa ciudad á las llamas, condenó á sesenta de los princi-

pales rebeldes, y quedaron abolidos sus privilegios.

La muerte de la reina María Luisa de Saboya causó á Felipe tan profunda melancolía, que abandonó su palacio y se retiró al del duque de Medinaceli, dejando los cuidados del gobierno á cargo del cardenal Giudice. Procuró sin embargo consolarle la princesa de los Ursinos que poseía hacía tiempo su confianza, y que por el deseo de perpetuarse en ella, no tardó mucho tiempo en perderla. El abate Julio Alberoni, encargado de negocios del duque de Parma en Madrid, que conocia la ambicion de esta princesa, le insinuó con sagacidad, que el único medio de conservar la autoridad de que gozaba, era el de negociar el matrimonio del rey con una muger débil, de poco talento, y que se dejase manejar, cuyas circunstancias, añadió, se hallaban reunidas en Isabel de Farnesio, heredera del ducado de Parma. Cayó la de Ursinos en el lazo, y facilitando este casamiento fraguó su ruina. Informada Isabel en su tránsito á España, por la reina viuda de Carlos II que la esperaba en S. Juan de Pie de Puerto, y despues por Alberoni en Pamplona, del caracter intrigante

y altivo de la Ursinos, que con sus demasias hacia odioso el gobierno, se previno ya contra ella. Continuando luego su viage la halló en Jadraque, y el aire de familiaridad con que se le presentó la Ursinos, advirtiéndola «que llegaba tarde en noche tan «fria, y que no venia aun vestida á la española» en tal manera ofendió á la reina, que dijo al momento: *que me quiten de delante esta loca*; y en aquella misma noche la hicieron salir para Francia. Envolvió la Ursinos en su caida á Orri y otros magnates protegidos por ella, como sucede de ordinario.

1715. Valióse Alberoni de su crédito con la reina para destruir el que tenia en la corte el cardenal Giudice por su probidad, por preceptor del príncipe de Asturias, por inquisidor general y por ministro de estado, y fue disponiendo contra él insensiblemente el ánimo de los reyes. Los habitantes de Mallorca, que persistian en su rebelion, hubieron de rendirse sin tirar un tiro al caballero Asfeld, que habia ido con un cuerpo de diez mil hombres sobre Palma. Falleció á este tiempo Luis XIV, llamado el *Grande* por sus gloriosos hechos, y por el

grado de esplendor y prosperidad á que elevó la Francia, fomentando todos los ramos del saber y de la industria.

1716. Dió á luz la reina Isabel en los primeros dias de este año al infante D. Carlos, y á este fausto acontecimiento se siguió el del levantamiento del sitio que los turcos habian puesto á Corfú, á cuya expedicion concurren las armas españolas. Obtuvo Alberoni con este motivo el capelo á que aspiraba, habiendo logrado antes quitar al cardenal Giudice la direccion del príncipe.

1717. Ocupóse luego el nuevo cardenal de los proyectos que habia formado sobre la Italia, enviando allí una numerosa flota al mando de Juan Francisco de Vera, marques de Leyde, que en dos meses se apoderó de Cerdeña. Procuró despues consolidar la autoridad del monarca en todo el reino, haciendo algunas reformas saludables.

1718. Nombrado por el rey arzobispo de Sevilla, se negó el papa á espedirle las bulas, y esto dió margen á una ruptura entre la corte de Roma y la de Madrid. Envió entonces Alberoni otra flota mas numerosa que la primera al mando del mismo marques de Leyde para invadir la Sicilia. El em-

perador, amenazado por la España, hizo treguas con los turcos, y accedió al tratado de la triple alianza, formado el año antes entre la Francia, la Inglaterra y la Holanda. Una escuadra inglesa atacó la española á la altura de Siracusa, y se apoderó de veinte y tres buques, una lancha bombardera y un brulote; mas no por eso desmayó Alberoni. Secuestró todos los efectos de los negociantes ingleses que se hallaban en los estados del rey de España, y mandó al marques de Leide que apresurase la conquista de Sicilia. Este general deshizo delante de Melazzo al general imperial Veterani, y le hizo prisionero; pero la llegada del conde de Merci con doce mil alemanes le obligó á abandonar á Melazzo, y poco despues á Mesina.

Descubrióse por aquel tiempo en Francia cierta conjuracion contra el duque de Orleans, regente de aquel reino en la menor edad de Luis XV, la cual se atribuyó al cardenal Alberoni y al príncipe de Celamare, embajador de España. Decian los franceses que Alberoni queria despojar á Orleans de la regencia para poner al frente de ella á Felipe V; pero si efectivamente hubo semejante trama, quedó sepultada en el silencio.

1719. Sin embargo, sirvió de pretesto á la Francia para declarar la guerra á la España, y el mariscal de Berwick se apoderó de Fuenterrabía y S. Sebastian. Disponíase Felipe V para pasar al ejército; pero la llegada á Madrid de Jacobo de Inglaterra, llamado el *Pretendiente*, le obligó á detenerse algunos dias. Desembarazado de este huesped marchó á Pamplona con la reina y el príncipe, y rendido el castillo de S. Sebastian á Berwick, hubo de regresar á la corte.

Estas pérdidas y las que experimentaron las armas españolas en Sicilia, indispusieron á Felipe contra Alberoni, á quien las atribuía; y como el duque de Orleans instaba por su destierro, fue al fin sacrificado á la salud del estado y enviado á Italia.

1720. Su caída facilitó la paz. El rey de España accedió al tratado de la triple alianza, abandonó sus intereses al duque de Orleans, y sus tropas evacuaron la Sicilia. El marques de Leide atacó con ellas á los moros que tenían sitiada á Ceuta hacia veinte y seis años, y despues de varias refriegas dejó esta plaza libre y espedita.

1721. Accediendo Felipe á los deseo

del duque de Orleans, envió á Francia á la infanta Doña María Victoria, que no tenia aun cuatro años, para que se educase á la vista de Luis XV, á quien estaba prometida, y en cambio vino á España Luisa Isabel, hija del duque de Orleans, á celebrar su matrimonio concertado con el príncipe de Asturias.

1722. El emperador Carlos VI, despues de muchas dilaciones y promesas, espidió la acta de investidura de los ducados de Parma y de Toscana en favor del infante D. Carlos, hijo primogénito de la reina Doña Isabel de Farnesio, con la cláusula de quedar aquellos ducados feudatarios del imperio, por cuya razon no la aceptó la España.

Felipe V, que padecia entonces una flojedad de espíritu que no le permitia ocuparse mucho de los negocios, y que era naturalmente inclinado al retiro y á los ejercicios piadosos de la religion, proyectó abdicar la corona en favor del príncipe de Asturias, digno por sus virtudes y talentos de obtenerla.

1723. Muerto el gran duque de Toscana, dió el papa al infante D. Carlos la investidura de los ducados de Parma y de Plasencia.

cia, para conservar sobre ellos los derechos de soberanía, de los cuales queria el emperador despojarle.

Vióse afligida la España por este tiempo con una sequía mortífera, á la cual se siguió tan espantosa lluvia, que en una casa de campo del duque de la Mirándula inmediata á Madrid, se ahogó la duquesa, el capitan general marques de Castel-Rodrigo, D. Tiberio Carraffa y otras personas.

1724. Publicó Felipe V su abdicacion en los primeros dias de este año en favor del príncipe D. Luis, que con el título de I fue proclamado rey de España. Reservóse aquel monarca para su manutencion seiscientos mil ducados, y el dinero necesario para atender á las obras de la Granja, en donde construyó una iglesia colegial, dotándola y adornándola con magnificencia.

El nuevo soberano no hacia cosa alguna de importancia sin consultar con su augusto padre. Concedió muchos honores y preeminencias á los militares beneméritos, al paso que el cardenal Belluga, obispo de Murcia, reformaba el clero. El emperador otorgó por fin al infante D. Carlos, y demas hermanos hijos de Isabel, la investidura del

ducado de Parma con las cláusulas mas amplias.

Un golpe inesperado vino á turbar la tranquilidad de que gozaba la corte. Unas viruelas malignas que acometieron al monarca, le arrebataron al sexto dia al amor de sus súbditos, que le lloraron amargamente por sus grandes virtudes. La reina viuda mal hallada con la seriedad española, se volvió á Francia al año siguiente.

Felipe V, cediendo á una consulta del Consejo de Castilla y á las declaraciones de los teólogos, volvió bien á su pesar á tomar las riendas del gobierno, á lo cual le probaron que estaba obligado en conciencia. Convocó luego córtes en S. Gerónimo, y en ellas fue jurado príncipe de Asturias D. Fernando.

1725. Entregado Felipe á los negocios con mas atencion de la que habia mostrado hasta entonces, reformó el ejército, mejoró la administracion de justicia, disminuyó el número de empleados, no proveyendo las vacantes, y pudo ajustar por fin las paces con el emperador, por medio de las negociaciones del holandés baron de Riperdá, que habia sido antes embajador de

su nacion en la corte de España. Cedió Felipe por este tratado quanto habia poseido en Italia, y el emperador renunció sus pretensiones á la España, reservándose el título de Rey Católico durante su vida.

El rey de Francia, á quien deseaban ver pronto casado sus súbditos, trató de enviar á España á la infanta Doña María Victoria, de quien se hizo mencion anteriormente, y que no tenia aun siete años; y Felipe V, lleno de indignacion, la hizo venir, anuló el matrimonio concertado del infante D. Carlos con la señorita Beaujolois, quinta hija del duque de Orleans, y la envió á Francia con la reina viuda.

1726. Riperdá, por haber ajustado el tratado de Viena, fue creado duque, y se le encargaron los negocios de guerra, marina, hacienda é Indias; pero su caida fue tan pronta como su elevacion. El rey, dando oidos á las sugestiones de sus enemigos, y penetrado tal vez de sus cortas fuerzas para sostener el peso de tantos negocios, le exoneró de ellos.

1727. El sitio de Gibraltar emprendido por la España, en fuerza de las instigaciones de la corte de Viena, tuvo el mismo éxi-

to que los que le habian precedido, pues hubo de levantarse á los cuatro meses. El cardenal Fleuri, primer ministro de Francia, estableció la concordia entre su monarca y el de España, y consiguió que esta potencia, el imperio y la Rusia de una parte, y la Francia, la Inglaterra, la Holanda y la Prusia de otra, firmasen en París los preliminares de pacificacion, y remitiesen al congreso de Soissons la discusion de sus intereses respectivos.

1728. En los primeros dias de este año se otorgaron en Lisboa las capitulaciones matrimoniales de D. Fernando, príncipe de Asturias, con Doña María Bárbara de Portugal, y del príncipe del Brasil D. José con la infanta de España Doña María Victoria. Pensó luego Felipe en resignar otra vez la corona en D. Fernando, mas la reina pudo disuadirle de este intento.

1729 y 1730. Pasó la corte de España á Badajoz, y vino la de Portugal igualmente á la raya, y hechas allí las recíprocas entregas de la princesa de Asturias y la del Brasil á sus esposos, los reyes de España pasaron á las Andalucías, en donde se detuvieron hasta el año siguiente. Celebróse en Se-

villa un tratado con la Inglaterra, al cual accedió la Holanda, saliendo estas dos potencias garantes á la España de los ducados de Toscana, Parma y Plasencia.

1731. La muerte del duque de Parma Antonio Farnesio, puso en manos del infante de España D. Carlos la herencia de los Farnesios y los Médicis, objeto hacia diez y seis años de las negociaciones de casi todas las potencias de Europa, con lo cual se vió el emperador obligado á abandonar sus pretensiones sobre estos estados. Una escuadra inglesa trasportó á D. Carlos con seis mil españoles á Italia, y reconocido gran duque de Toscana en Florencia, estableció su corte en Parma.

1732 y 1733. Habia proyectado Felipe enviar una expedicion al Africa, y habiendo obtenido del Papa la décima parte de las rentas eclesiásticas, pasó el conde de Montemar al frente de un numeroso ejército á embestir á Mazarquivir y Oran, de los cuales se apoderó, dando la vuelta á Madrid cubierto de gloria. Intentaron los moros recobrarlos, pero siendo batidos en diferentes encuentros, hubieron de abandonar la empresa.

1734. El infante D. Carlos condujo el

ejército de Montemar á la conquista del reino de Nápoles, en donde fue recibido mas bien como rey que como conquistador, apresurándose todos los pueblos á entrar bajo su dominio. Intentó no obstante el virey conde de Vizconti fortificar algunas plazas y detener los progresos de los españoles; pero Montemar le deshizo en su mismo campo de Bitonto, y esta victoria decisiva arrancó al emperador el reino de Nápoles, en el que fue D. Carlos proclamado como rey, y coronado con gran júbilo de los napolitanos. Apoderóse luego de Gaeta y de Capua, mientras que el conde de Montemar, creado grande de España y duque de Bitonto en recompensa de sus servicios, le hacia reconocer por rey en Palermo, y sitiando á Siracusa y Trampana, obligaba á los austriacos á abandonar estas plazas.

1735 y 1736. Mientras que D. Carlos, confirmado por un diploma de Felipe V en el título de rey de Sicilia, atacaba á los austriacos en esta isla, el duque de Montemar, el rey de Cerdeña y el mariscal de Noailles los perseguian por toda la Lombardía.

El amor y la predileccion que mostraba Felipe por D. Carlos, no impidió que soli-

citase y obtuviese del Papa el capelo para el infante D. Luis, que á la edad de ocho años fue hecho cardenal y arzobispo de Toledo y de Sevilla, teniendo estas dos sillas en administracion. Alteróse pocos dias despues la buena armonía que reinaba entre la corte de Roma y la de España, con motivo de haber asesinado en algunos pueblos del estado pontificio á los españoles que hacian allí la recluta; mas la satisfaccion dada por el Papa restableció la buena inteligencia.

El fallecimiento de D. José Patiño á últimos del año de 1736, fue una pérdida irreparable para la España. Ascendido por sus prendas y talentos de grado en grado á los ministerios de estado, marina y hacienda, á la grandeza de España y á la orden del Toison de oro, dirigió la monarquía con el tino y acierto que su crítico estado exigia. Su probidad igualaba á sus talentos, y su laboriosidad al ardiente celo con que procuraba la gloria y prosperidad del estado.

1737 y 1738. Empezáronse á concertar á mediados del primero de estos dos años las desavenencias de Nápoles, España y Roma, que no se terminaron hasta el siguiente, concediendo el Papa al rey D. Carlos la inves-

tidura del reino de Nápoles. Celebró igualmente en la misma época este monarca su matrimonio con Doña María Amalia, hija de Augusto II elector de Sajonia, ya rey de Polonia, mientras que el de España erigia en Madrid la academia real de la Historia.

1739. Deseoso despues Felipe de cortar las diferencias que tenia con la Inglaterra, hizo con esta potencia un convenio en el Pardo, allanándose á pagar noventa y cinco mil libras esterlinas por las indemnizaciones que reclamaba; mas este era un pretesto de que se valia la Inglaterra para ganar tiempo, y prepararse para la conquista de las Américas. En efecto, no tardó mucho en quitarse la máscara y declarar la guerra, invadiendo algunas de las posesiones españolas en el Nuevo Mundo. Sin embargo las represalias fueron funestas para aquella potencia, pues pasaron de cuatro mil los buques que le apresó la España hasta el año de 1748 en que cesó la guerra.

Concluyóse por este tiempo el matrimonio del infante de España D. Felipe con madama Luisa Isabel, hija primogénita de Luis XV rey de Francia.

1740. Mientras que los ingleses hacian á

la España en sus Américas una guerra, en cuyos pormenores no permiten entrar los límites de este Compendio, la muerte del emperador Carlos VI sin sucesion, despertaba la codicia y las pretensiones de casi todos los estados de la Europa, pues aspiraban al imperio su hija María Teresa de Austria, reina de Hungría, el elector de Baviera, el rey de España, el de Polonia, y los de Prusia, Cerdeña y Francia, mezclándose tambien en la querella la Rusia, la Inglaterra, la Holanda, y el rey de Nápoles. Sin embargo, el valor, el genio, la felicidad constante de María Teresa, y el celo, intrepidez y entusiasmo de sus súbditos, triunfaron de todos sus contrincantes.

1741. La España, apoyada en el duque de Módena y en el rey de Nápoles, quiso aprovecharse de las circunstancias para apoderarse de la Lombardía. El duque de Montemar hacia sus movimientos en Italia, mientras que las tropas de María Teresa estaban ocupadas en Alemania; pero su aliado y defensor el rey de Cerdeña destronó al duque de Módena, y contuvo los esfuerzos de los españoles.

1742. Esperaba el rey de España poder adquirir en Italia un establecimiento para su

hijo D. Felipe, y así hizo partir á este príncipe con un cuerpo de tropas á las órdenes del conde de Glimes, que se apoderó sin mucha dificultad de la Saboya; pero el rey de Cerdeña, acudiendo á la defensa de sus estados, obligó á los españoles á salvarse en el Delfinado.

1743. Llamado el duque de Montemar á España, su sucesor en el mando el conde de Gages atacó al ejército austro-sardo en Campo Santo, y después de una batalla de seis horas, en que perecieron cinco mil hombres de cada parte, quedó indecisa la victoria, si bien los españoles permanecieron en el campo.

1744. Declaróse Luis XV contra la reina de Hungría y la Inglaterra, uniéndose más estrechamente con la España para oponerse á las fuerzas de sus enemigos. Una escuadra combinada de españoles y franceses salió de Tolón en busca de la de los contrarios, y la acometió en las costas de Provenza. Pelearon nuestras naves casi solas, pues las francesas no pudieron, ó más bien no quisieron entrar en combate, á escepcion del navío que mandaba Mr. Court, que socorrió á nuestra capitana el *Real Felipe*, atacada por el almirante

te Matthews con cinco navíos de tres puentes de los mejores que tenia. Hicieron nuestros marinos prodigios de valor por espacio de seis horas, y aunque padecieron infinito por la superioridad de las fuerzas contrarias, la escuadra inglesa se retiró á Mahon mucho mas maltratada que la nuestra. Sin embargo, los ingleses quedaron dueños del Mediterráneo.

Reforzado el ejército de Felipe en la Provenza con otro de veinte y cinco mil franceses, al mando del príncipe de Conti, deshizo un cuerpo de diez mil piemonteses, y se apoderó de Niza, Montalvan y Villafranca. Estuvo sin embargo mas de un año sin poder entrar en Italia, hasta que habiéndose aliado los genoveses con la Francia y la España, lo verificó por el Genovesado. Aun mas adelante hubo de salir de Milan, de Lombardía y de toda la Italia, retirándose á Provenza. Celebróse á últimos de este año en el Buen-Retiro el matrimonio de la infanta de España Doña María Teresa con Don Luis, delfin de Francia.

1745. Los reyes de España, Francia, Nápoles, y el duque de Módena, obrando de concierto, obtuvieron varias ventajas so-

bre el rey de Cerdeña y los generales austriacos. Los franceses, especialmente, se distinguieron y adquirieron inmortal gloria en la celebérrima batalla de Fontenoi contra los ingleses, mandados por el duque de Cumberland. Consolóse la reina de Hungría de estos reveses con la elevacion del gran duque de Toscana, su esposo, al trono del imperio.

1746. Apoderóse de Guastala el general austriaco conde de Browne, y rechazado el marques de Castelar, que intentó defenderla, se encerró en Parma. Sitióle allí el conde, pero el general español, al frente de sus cortas fuerzas, salió de la plaza, y abriéndose paso por medio del ejército enemigo, despues de seis dias de acciones continuas se retiró á Plasencia. Los contrarios, superiores en número, no tardaron mucho en conquistar á Parma, Casal, Novi y otras plazas. Atacó el infante con fuerzas inferiores á los austriacos cerca de Plasencia, y perdió seis mil hombres, teniendo que hacer igual sacrificio para pasar el Pó y el Tidon.

Felipe V, que tenia hacia tiempo la salud quebrantada, murió casi de repente el 9 de julio en el Buen-Retiro. Pocos príncipes tuvo España mas dignos de ocupar el trono.

por sus virtudes que este monarca. Amaba á sus súbditos como á hijos; honraba y recompensaba el mérito y los talentos, y no concedía sus gracias y mercedes sino á los que se hacían acreedores á ellas; mostró en la adversa suerte tanta grandeza de alma, como moderacion en la próspera fortuna; procuró corregir los abusos, y promulgar sábias leyes y pragmáticas; restableció la disciplina en el ejército, creó la marina, fomentó la industria, protegió las ciencias; y en una palabra, bajo su cetro la España, exánime y cadavérica á fines del reinado anterior, cobró aliento y vida. Era devoto, justo, afable, benéfico y compasivo, hasta derramar lágrimas cuando llegaban á su noticia los trabajos y miserias de sus súbditos.

CAPITULO 41.

Fernando VI.

1746. Subió al trono Fernando VI, y señaló su advenimiento con actos de beneficencia, poniendo en libertad á los presos, indultando á los contrabandistas y desertores, y dando audiencia pública dos veces á

la semana para oír las quejas y remediarlas. Miraba con razon la guerra como una de las mayores calamidades que pueden afligir al género humano; pero persuadido de que el medio mas seguro de obtener una paz sólida era el de emplear medios bastante vigorosos para hacerse temer de los enemigos, hizo grandes aprestos, á fin de alcanzar la tranquilidad á que aspiraba.

El feliz éxito de las primeras operaciones lisonjeó sus esperanzas. Luis XV y su célebre general el mariscal de Sajonia redujeron sucesivamente en la Flandes á Bruselas, Mons y Charleroy. Namur, á pesar de estar fuertemente defendida por la naturaleza y el arte, fue tomada en diez y seis dias, y la escuadra combinada de la Inglaterra, la Holanda y el Austria batida por los franceses en Raucoux. En Italia se hacia la guerra con auspicios menos favorables. Los austriacos y los piemonteses obligaron á D. Felipe á salir de sus estados, y le persiguieron hasta Antibes. Los españoles y franceses, inferiores en número á los enemigos, les abandonaron la Lombardia y la Liguria. Génova se entregó á discrecion al conde de Browne.

1747. A pesar de que todas las potencias

cristianas enviaron por este tiempo sus ministros plenipotenciarios á Breda, y despues á Aix-la-Chapelle para tratar de la paz, continuaron sin embargo las hostilidades. Los austriacos intentaron invadir la Provenza y el Delfinado, y penetraron hasta cuarenta leguas dentro de Francia; pero los franceses, mandados por el mariscal Belle-Isle, no solo los hicieron retroceder á Saboya y al Piamonte, sino que persiguiéndolos les ganaron casi todo el condado de Niza, y recobraron las islas de Santa Margarita y San Honorato.

1748. Firmáronse á este tiempo en Aix-la-Chapelle los preliminares de una paz general, que se concluyó algunos meses despues, y en virtud de la cual se restituyeron mutuamente todas las conquistas hechas durante la guerra, obteniendo D. Felipe, á título de soberanía, á Parma, Plasencia y Guastala, á condicion de que si él ó sus descendientes sucediesen á la corona de España ó á la de las Dos-Sicilias, volverian aquellos estados á la emperatriz reina de Hungría y al rey de Cerdeña.

1749. El reinado de Fernando, despues de esta paz, ofrece muy pocos materiales pa-

ra la historia. Cicatrizar las profundas llagas que un siglo de guerras, apenas interrumpidas, habian abierto en el seno de la España, y aligerar la pesada carga de los impuestos, que constantemente se habian ido aumentando, hé aquí las benéficas miras de este generoso monarca, llamado con justa razon el *Sabio*. Fija la atencion en ellas, procuró llenarlas con un celo infatigable, y quedó recompensado con la prosperidad de sus pueblos.

Tuvo Fernando bastante filosofía para no abandonar tan gratas y dulces ocupaciones por las lisonjeras promesas y ambiciosos proyectos de la Francia, desechando la proposicion que le hizo aquella potencia del pacto de familia, á que accedió despues España, y cuyos efectos ulteriores acreditaron ser contrario á sus intereses. Solicitado despues por esta misma potencia para renovar la guerra contra la Gran-Bretaña, respondió friamente, «que él era mucho mas á propósito para obrar como mediador que no como aliado.» Privó de su confianza al marques de la Ensenada, que, elevado de simple comerciante de Cádiz á los primeros puestos, habia acreditado con el buen desempeño cuán digno era

de ellos, solo porque se habia mostrado inclinado á la union con la Francia. Jamás dejó de tratar á la reina Isabel de Farnesio con el respeto debido á la viuda de su padre, si bien procuró impedir que alterase la tranquilidad del Estado.

Pocas veces se suele atribuir la conducta pacífica de un príncipe á la moderacion de su caracter, y es por el contrario muy frecuente graduar esta virtud de flaqueza. Por este principio se ha querido atribuir el sistema de neutralidad adoptado por Fernando al influjo de su esposa, que como princesa de Portugal miraba con cierta especie de celos el poder y los proyectos de la corte de Versalles. Tambien algunos pretensos políticos, que afectan descubrir intrigas en las acciones mas comunes y ordinarias, han querido decir que el oro de la Inglaterra habia ganado á Farinelli, cantor italiano, que gozaba del favor de la reina en alto grado: sin embargo es mas justo, y mucho mas natural que todo el mérito de la conducta tranquila y moderada de Fernando recaiga sobre él solo. Este príncipe habia heredado el caracter de Felipe V, y aunque su melancolía natural no le apartó de los deberes de monarca, fue un

enemigo tan declarado como su padre de los horrores de la guerra.

Mientras que la Alemania se veía inundada de sangre, y ardía la discordia al oriente y occidente entre la Francia y la Inglaterra, aprovechaba Fernando la tranquilidad de que gozaba la España para labrar su dicha, si bien dijo alguna vez suspirando, que tan continuas fatigas eran superiores á sus fuerzas, y muy lentos los efectos de ellas. Corrigió no obstante una gran parte de los abusos que se habian introducido en la administracion, procuró reformar las costumbres de una corte degenerada, y dió con su ejemplo vigor y energía á las leyes.

Los males eran grandes, y no era posible remediarlos en pocos años. Las espulsiones repetidas de los moriscos, y la continua emigracion á las Américas de la juventud ansiosa de participar de los ricos despojos de Méjico y del Perú, habian reducido casi á la soledad y al abandono los distritos mas fértiles del reino. Dícese que á mediados del siglo XVIII la mayor parte de las tierras pingües de España estaban eriales, y que gemian en la miseria mas espantosa dos millones de individuos por falta de trabajo. Era difí-

cil que un hombre solo reparase tantos males; mas los esfuerzos que hizo Fernando para conseguirlo contribuyeron á su gloria y al bien de la nacion. Cuando una muerte prematura le arrebató á la edad de cuarenta y cinco años, dejó una marina de cincuenta buques de guerra, y el tesoro, vacío á su advenimiento, con quince millones de duros, fruto de una economía severa, pero que nunca se podrá elogiar como merece. El abrió la comunicacion con las dos Castillas, cerrada casi todo el invierno, construyendo el famoso camino de Guadarrama: él protegió la industria, alentó el comercio, favoreció las artes, y fomentó las letras; y en una palabra, consagró todas sus vigilias y desvelos á la prosperidad de la monarquía. Atribuyóse su muerte á la de la reina su esposa, á quien amaba en extremo. Como era naturalmente melancólico, luego que falleció esta Señora, abandonó los negocios inmediatamente, y se retiró á Villaviciosa, renunciando á la compañía, negándose á todo consuelo, y obstinándose en no tomar alimento; por manera que perdió todas sus fuerzas, y se acarreó una complicacion de males que le condujeron al sepulcro un año despues de su augusta esposa, en el de 1759.

CAPITULO 42.

Carlos III.

1759. Llamó Fernando por su testamento al trono de España á su hermano D. Carlos, rey de Nápoles, que le ocupó bajo la denominacion de Carlos III. Despues de haber trasmitido la corona de las Dos-Sicilias á su tercer hijo, que reinó con el nombre de Fernando IV, por imbecilidad jurídicamente declarada de su hijo primogénito D. Felipe, salió de Nápoles con el segundo D. Carlos Antonio, que no pudiendo, en virtud de los últimos tratados, reunir en su cabeza la corona de las Dos-Sicilias y la de España, fue destinado á la sucesion de esta última. El nuevo monarca entró á reinar bajo los mismos auspicios benéficos que su predecesor, restituyendo á la ciudad de Barcelona los privilegios de que Felipe V la habia despojado, dispensando gracias con mucha generosidad, y haciendo numerosas promociones en el ejército y la armada. Dedicó todos sus cuidados al fomento de la marina, é hizo traer del estrangero grandes acopios de granos,

que distribuyó para la siembra de Andalucía, Murcia y las Castillas, arruinadas por la grande escasez que habian sufrido.

Mostróse en un principio dispuesto á seguir las huellas de Fernando, observando una completa neutralidad entre la Inglaterra y la Francia, sin que las tentativas que hizo esta última para traerle á su partido surtiesen mas efecto por entonces, que el de enviar Carlos III al conde de Fuentes á la corte de Londres para ofrecer su mediacion entre las dos potencias.

1760. Entre tanto dedicado enteramente al alivio de sus pueblos, les perdonó sesenta millones de reales que debian á la corona, destinó diez millones anuales para el pago de las deudas de su padre, y añadió á ellos otros cincuenta de su tesoro, puso la mas escrupulosa atencion en la administracion de justicia, y se aplicó con un celo infatigable al fomento de la agricultura, del comercio y de las artes. Estas disposiciones pacíficas, y el profundo dolor que le causó el fallecimiento de su augusta esposa, que lloró la corte amargamente, no le impidieron tomar sus medidas para asegurar la tranquilidad del estado, y estar pronto para la guerra.

ra en cualquier trance, preparando un armamento considerable en Cartagena.

En estas circunstancias fue cuando los franceses pudieron inclinar al monarca español á que firmase el famoso convenio, conocido bajo el nombre de el *pacto de familia*, hecho con el mayor sigilo. La corte de Londres, que penetró la tendencia de esta union y temió sus efectos, desechó con desprecio una memoria que le presentó en aquel tiempo el ministro francés Mr. Bussi, pidiendo en nombre de su amo que se diese satisfaccion á la España sobre unos bajeles apresados con bandera española, sobre el derecho de pescar sus súbditos en los bancos de Terra-nova, y sobre la demolicion de las fortificaciones construidas por los ingleses en la bahía de Honduras.

1762. Continuáronse estas gestiones diplomáticas por algun tiempo, y solo pudo terminarlas la mútua declaracion de guerra que se hicieron por la Inglaterra y la España en los primeros dias de este año. Invitó el monarca español al de Portugal á abrazar su causa; mas como se negase á ello, el marques de Sarria, que mandaba las tropas españolas, se apoderó de Miranda, Braganza y

Moncorvo, posesionándose de una gran parte de la ribera del Duero, mientras que Don Alejandro O'Reilly entraba en Chaves, y las tropas españolas se estendian por casi toda la provincia de Tras-os-Montes. Otra division, penetrando en la Beyra por Val de la Mula y Val de Coelha, y unida á la que habia sometido á Tras-os-Montes, pensó en abrirse un camino para Lisboa, y dió principio por el sitio de Almeida, que se entregó por capitulacion. Marchando luego los españoles hácia el Tajo, fueron detenidos por algunos destacamentos enemigos, que les disputaron los pasos difíciles, y les interceptaron los convoyes. El general inglés, conde de la Lippe, que mandaba los portugueses, con la noticia de que los españoles habian hecho grandes acopios en Valencia de Alcántara para penetrar en la provincia de Alentejo, atacó aquella plaza mal defendida, y se apoderó de ella. Este y otros contratiempos semejantes, la falta de subsistencias y el invierno, obligaron al ejército español á abandonar el Portugal y retirarse á Estremadura y Castilla. No se limitaron los ingleses á auxiliar la guerra de Portugal, sino que acometieron en América la Isla de Cuba, to-

mando igualmente en Asia á Manila, mientras que D. Pedro Cevallos conquistaba en el Brasil la Colonia del Sacramento, y la Inglaterra perdía en una expedición contra Buenos-Aires una escuadra y las tropas que iban á bordo de ella.

1763. Sintiendo entonces las potencias beligerantes la necesidad de poner término á la guerra, entablaron negociaciones de paz, y se concluyó esta bien pronto, cediéndose mutuamente las partes las conquistas hechas durante la lucha, demoliendo la Inglaterra las fortificaciones de Honduras, y renunciando la España el derecho de pescar en Terranova.

Dedicaba el rey en medio de esto sus cuidados al gobierno interior del reino, estableciendo la limpieza de las calles de Madrid, hermo세ando sus edificios, reparando puentes y calzadas, abriendo canales y caminos, fundando sociedades patrióticas con el título de *Amigos del Pais* en casi todas las provincias para promover la agricultura y las artes, y academias militares en Barcelona, Cádiz, Oran y Ceuta, para la instrucción de los cadetes y oficiales del ejército, erigiendo por último en el Alcázar de

Segovia el colegio de artillería para los cadetes de este cuerpo, que tanto se distinguió siempre en honor, fidelidad, valor y entusiasmo por la defensa de la patria.

1766. Hubo de alterar la tranquilidad de la corte un alboroto popular, causado por la prohibición de llevar sombreros gachos, hecha por el marques de Esquilache que ocupaba el ministerio, y por la subida del pan; pero el conde de Aranda, presidente de Castilla, apagó con sabias providencias el motin, y restableció la calma.

1767. Dadas muchas y saludables providencias para el arreglo de la hacienda, buen gobierno de los corregidores, seguridad de la navegacion y prosperidad del comercio, volvió Carlos III los ojos á un objeto que habia ocupado ya las córtes de Versalles y de Lisboa, y siguiendo su ejemplo, echó á los Jesuitas de sus estados, transportándolos á los del Papa. Cuando llegaron á Civita-Vechia, Clemente XIII, que no aprobaba esta medida, se opuso á su desembarco, y fue preciso llevarlos á Córcega. Señalóse á cada uno de ellos una pensión vitalicia, y sus bienes fueron confiscados. En este tiempo celebró su matrimonio el príncipe de As-

turias con Doña María Luisa, duquesa de Parma.

1669 Mejoráronse sucesivamente todos los ramos de la administracion pública, introdújose en la milicia la táctica y disciplina de las otras naciones, y especialmente de la Prusia, aumentóse la marina, fortificáronse las plazas, y se pusieron en estado de defensa, y por último se poblaron los desiertos de Sierra-Morena, haciendo venir colonos de Alemania, Italia y Francia. Para poder recompensar los servicios, y señalar el nacimiento ocurrido entonces de Carlos Clemente, primogénito de los príncipes, instituyó el monarca la orden de Carlos III.

1770. La corte de Londres estuvo próxima á romper con la España, porque los gobernadores de esta potencia arrojaron á los ingleses de las islas Maluinas; mas una negociacion terminó estas diferencias. Libre el rey de este cuidado, se dedicó á propagar las luces, y estender los conocimientos de las ciencias naturales, tan necesarias para los progresos de las artes, estableciendo cátedras de todos los ramos del saber entonces conocidos. Reformó el estado eclesiástico, poniendo el mayor cuidado en que se ob-

servasen los sagrados cánones é instituciones de la Silla Apostólica, á la cual mostró siempre el mayor respeto y obediencia.

1771 á 1773. Redujo despues á justos límites la jurisdiccion eclesiástica de la Inquisicion, mandando que observase las leyes del reino, y que no metiese en las cárceles á los súbditos de S. M., sin tener pruebas claras y evidentes de sus delitos, ni impidiese la jurisdiccion y procedimientos de los otros tribunales, sopena de responder al trono de su conducta. Como nada se ocultaba á su celo y vigilancia, hizo fundir de nuevo la antigua moneda, que con el uso se habia desgastado y perdido su valor, supliendo de su propio peculio los crecidos gastos que ocasionó esta medida.

1774. Al sentimiento que causó á Carlos III la muerte del primogénito de los príncipes D. Carlos Clemente, tuvo que añadir otro nuevo. El emperador de Marruecos, rompiendo el tratado de paz celebrado poco antes con la España, embistió con numerosas fuerzas á Melilla y el Peñon. Acudió el monarca español á su defensa, y los marroquíes, despues de cuatro meses de asedio, hubieron de retirarse sin mas fruto que

la pérdida de ocho mil hombres y parte de su artillería.

1775. Renovada la paz con el emperador de Marruecos, como los argelinos insultasen el pabellon español, saqueando los pueblos de las costas, y llevándose algunos cautivos, dispuso Carlos en Cartagena una expedicion formidable contra Argel, dando el mando de la escuadra á D. Pedro Castejon, y el de las tropas de tierra al conde de O-Reilly. Dió la vela prósperamente, y á los seis dias avistó á Argel; mas la divergencia de opinion entre los dos generales sobre el punto del desembarco, retardó este por cuatro dias, que aprovechó el enemigo para atender á su defensa. Saltaron por fin en tierra ocho mil hombres á legua y media de la ciudad por la parte de levante, é intentaron apoderarse de una altura inmediata. Defendíanla los enemigos con muchas baterías y reductos, cuyos fuegos sufrieron á cuerpo descubierto por espacio de ocho horas los españoles, hasta que cansados del manejo de las armas, y fatigados del calor, de la sed y del hambre, hubieron de abandonar la empresa y reembarcarse por la noche, no sin riesgo y desorden. Esta desgraciada expedicion, en que se

perdieron sin fruto mas de cuatro mil hombres, llenó la corte de luto y amargura.

1776. Los portugueses invadieron en América las provincias del rio de la Plata, á pesar de la paz que reinaba entre las cortes de Madrid y de Lisboa, movidos sin duda por los ingleses, que trataban de impedir que la España favoreciese la insurreccion en que se hallaban sus colonias de América; mas una escuadra al mando de D. Pedro Cevallos, y del marques de Casa-Tilly, los dejó bien castigados, tomándoles las tierras y fuertes de que se habian apoderado, haciéndolos prisioneros, y recobrando la colonia del Sacramento y la isla de santa Catalina, depósito del comercio de los ingleses con el Paraguay.

1777. Ocupó entonces el ministerio de Estado, por dimision del marques de Grimaldi, D. José Moñino, conde de Florida-Blanca, hombre activo y laborioso, afable, gran político, y sumamente celoso por el servicio del rey y el bien del estado. Tuvo á los pocos meses la satisfaccion de renovar la paz con el Portugal, pues muerto el monarca José I, y separado de los negocios el marques de Pombal, partidario acérrimo de la

Inglaterra, la reina viuda, que era hermana de Carlos III, vino á Madrid, con lo que se allanaron todas las dificultades.

1778. A pesar de las solicitudes que hizo la Francia para que el monarca español, en cumplimiento del pacto de familia, tomase parte activa en la guerra que se hacian la Inglaterra y aquella potencia aliada de los Estados-Unidos, Carlos III se limitó á ofrecer su mediacion por entonces.

1779. Era muy difícil que sus proposiciones se ajustasen con la ambicion de los ingleses, y asi, cansado de hacer el papel de mediador, resolvió unirse á la Francia, que bajo el nuevo soberano Luis XVI habia cambiado de sistema, y tomó de concierto con ella parte en la guerra de América, justificando su conducta por medio de un manifiesto.

Presentóse entonces una escuadra francesa mandada por el conde de Orvilliers delante de la Coruña, é hizo señal á D. Antonio de Arce, para que con los ocho navíos y cuatro fragatas que tenia en aquel puerto saliese á unírsele, segun estaba convenido; mas como el general español no habia recibido orden de su gobierno para ejecutarlo, ni sabia qué grado y puesto habia de ocupar en la escua-

dra combinada, se escusó por entonces con pretesto de que el viento era contrario. Don Luis de Córdoba, que mandaba la escuadra de Cadiz, fue mas complaciente, y salió á la mar con treinta y dos navíos de línea, dos fragatas, dos brulotes y dos urcas. Reunidas en fin las fuerzas combinadas en número de cincuenta y dos navíos de línea, muchas fragatas, y un gran número de buques menores de guerra, se dirigieron al canal de la Mancha, y se presentaron delante de Plymouth, donde creían que estaba el almirante Hardip con su escuadra. Bloquearon el puerto con tres divisiones, y apresaron el navio *Ardiente* de sesenta y cuatro cañones, siendo esta la única ventaja de tan formidable armamento. Dos dias solos estuvo la escuadra combinada delante de las costas británicas, pues los vientos y las tempestades la arrojaron fuera del canal, y tuvo que entrar en Brest, despues de dejar en manos de los enemigos una nave española, cuyo cargamento estaba valuado en dos millones de duros.

En América se hacia la guerra con mas vigor. D. Bernardo Galvez, gobernador de la Luisiana, tomó á los ingleses los fuertes de Misilimakinak, Panmure y Baton Rou-

ge, estendiéndose cuatrocientas leguas sobre el Misisipí; y D. Roberto Ribas, gobernador de Yucatan, los arrojó de Campeche, haciéndoles muchos prisioneros. Saliendo entonces los ingleses de Jamaica, tomaron á S. Fernando de Omoa, llave de la bahía de Honduras, y cogieron en las naves de registro tres millones de pesos fuertes, muchos frutos, y doscientos cincuenta quintales de plata labrada. Acudió Ribas á recobrar esta plaza, y los enemigos intimidados la abandonaron, embarcándose con todos sus efectos en el navío Leviatan, que naufragó á poca distancia, y se recobró lo que llevaba.

1780. La escuadra de D. José Solano se apoderó de Panzacola, cedida por el tratado de Versalles en el año de 1762 á los ingleses, que se consolaron algun tanto de esta pérdida por la toma del fuerte de San Juan, que les abría el camino de Nueva-Granada. Carlos III, que deseaba ardientemente recobrar á Mahon y Gibraltar, sitió esta última plaza, que defendió con valor é intrepidez su gobernador Elliot contra el general en gefe español D. Martin Alvarez, y el de la artillería D. Rudesindo Tilly.

1781. Continuóse sin embargo el sitio

por mas de ocho meses, al cabo de los cuales el almirante inglés Rodney, ayudado de los elementos y de su pericia, se apoderó de un convoy de veinte y dos buques españoles que habian salido de S. Sebastian, y despues de haber derrotado la escuadra de Don Juan de Langara, que se defendió con el Fénix que montaba, por espacio de ocho horas, contra cuatro navíos enemigos, hasta que perdió el palo mayor, y herido, tuvo que rendirse, entró por último Rodney en Gibraltar libremente con su armada.

1782. El duque de Crillon fue mas feliz en su empresa contra Mahon, pues ocupó toda la isla de Menorca, á escepcion del fuerte de S. Felipe, en donde tuvo que encerrarse el gobernador inglés Murray. Sitióle allí el general español, y al cabo de ocho meses, en cuyo tiempo desplegaron sitiados y sitiadores un valor heróico, tuvo que rendirse.

Volvió Carlos III su atencion á Gibraltar, dando el mando del ejército al duque de Crillon, que con la mayor actividad puso todo el campo en movimiento, revolviendo en su imaginacion mil medios para apoderarse de esta fortaleza. Ayudábanle los oficiales,

formando cada uno á su modo sus planes, entre los cuales le pareció que no debia despreciar el de un oficial francés, llamado Arson, que se reducía á atacar la plaza con baterías flotantes. Construyéronse en efecto, situáronse algunas á trescientas toesas de la plaza en cuatro brazas y media de agua, y rompieron el fuego contra ella con buen orden y mucho acierto; mas cuando los enemigos empezaron á disparar sobre ellas bala roja de mayor calibre, se puso todo en confusion y desorden, y en un momento quedaron destruidas. Perecieron una gran parte de los hombres que las montaban, ya por las llamas, ya entre las ondas, y otros se salvaron en las lanchas, que el generoso é incomparable Elliot, compadecido de tanto estrago, envió para salvarlos.

1783. Este desastre apresuró la paz, cuyos preliminares se firmaron en 20 de enero, y los artículos se arreglaron definitivamente el 3 de setiembre. La España, recobrando todas sus pérdidas, ganó á Menorca y la Florida, concediendo á la Inglaterra la facultad de la corta del palo de Campeche en ciertos distritos, y restituyéndole las islas de la Providencia y de Panamá.

Con esta paz, celebrada en España con

fiestas y regocijos, tomó el comercio, que estaba como muerto, nuevo vigor; y el monarca para darle mas estension hizo un tratado con el Gran Señor, mediante el cual obtuvo la facultad de establecer cónsules en todos los puertos, y hacer el comercio en todos los dominios de aquel imperio, allanándose Carlos á recibir en sus puertos, y especialmente en Alicante, las naves mercantes otomanas. Hacia largo tiempo que los argelinos tenian fatigada la España con sus piraterías; y el gobierno, despues de haber empleado inútilmente todos los medios de conciliacion, apeló á la fuerza. El célebre marino D. Antonio Barceló bombardeó á Argel por ocho dias consecutivos, con seis navios de línea, tres fragatas y otros buques menores de guerra, lanchas bombarderas, faluchos y brulotes hasta el número total de setenta y ocho, pero con tan poco fruto, que tuvo que retirarse á los puertos de España, para volver al año siguiente, como lo verificó en efecto, con no mejor resultado. Mitigó el dolor de este contratiempo el nacimiento, en 14 de octubre de este año, del príncipe D. Fernando, que la Divina Providencia ha colocado en el trono, y conserva en él por medios tan extraordinarios, pa-

ra felicidad y gloria de sus amados súbditos.

1785. El bey de Argel, cediendo á las peticiones de los suyos, y á las persuasiones de la Puerta Otomana y del emperador de Marruecos, prometió entrar en negociaciones con la España. Envió esta á Argel á D. José de Mazarredo, que se presentó con una escuadra de cinco navios de línea y bandera de tregua; mas como en los preliminares pidiese aquella regencia dos millones de pesos fuertes, mitad en dinero constante, y mitad en artillería, municiones y pertrechos navales, se indignó en tal manera Carlos III de esta insolente proposición, que nunca hubo forma de reducirle á que la admitiese, y así las negociaciones se terminaron en una tregua.

Establecida la paz con Trípoli, no se ocupó ya el monarca mas que en hacer florecer las artes, el comercio y la agricultura. Formóse entonces la nueva compañía de Filipinas, á la cual se unió la de Caracas, y se estableció el gabinete de historia natural, que se ha ido aumentándo sucesivamente, y es hoy en algunos artículos el mas rico de Europa.

1786. Son obra igualmente de la munificencia de Carlos las fábricas de paños de San

Fernando, Guadalajara y Brihuega, el canal de Aragon, mandado continuar en el año siguiente, y un crecido número de edificios públicos, puentes y caminos, cuyas inscripciones recuerdan al viajero la grata memoria de este inmortal monarca.

1788. La pérdida de su hijo el infante D. Gabriel, bien conocido en la república de las letras, y señaladamente por la preciosa traducción del *Salustio*, que aplauden aun todos los sabios de Europa, alteró su salud, y á principios de diciembre le sorprendió una fiebre inflamatoria que degenerando en pulmonía le llevó al sepulcro al amanecer del 14 del mismo mes, á los setenta y dos años. Siguiéronle á él las lágrimas de todos los españoles, y el tierno amor, que mas bien como á padre que como á rey le profesaban.

Los reinados del Sr. D. Carlos IV su hijo, que le sucedió en el trono, y del Señor D. Fernando VII, su nieto, que hoy le llena dignamente, y Dios prospere, no han entrado aun bajo la jurisdicción de la historia, que á su tiempo podrá consignar en sus páginas los hechos y virtudes que los ilustraron.

FIN.

ÍNDICE

DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE

TOMO SEGUNDO.

	Pág.
C APÍTULO TREINTA Y CINCO. <i>Regencia del cardenal Jimenez.—Proclamacion del príncipe D. Carlos.—Administracion del cardenal: su conducta firme con la nobleza: medidas prudentes para conservar la Navarra: desgraciada expedicion contra Barbarroja.—Conducta de los favoritos de Carlos.—Restablecimiento de la paz con la Francia.—Llegada de Carlos á España: muerte de Jimenez: sus prendas y virtudes: sus hechos.—Carlos es reconocido rey, juntamente con Doña Juana.—Facciones de la Sicilia: heregia de Martin Lutero.—Descontento de la España.—Muerte de Maximiliano.—Advenimiento de Carlos al imperio.—Germania de Valencia.</i>	

tes de Galicia.—Partida de Carlos para Alemania.— Recibe la corona imperial en Aix-la-Chapelle.— Conquista de Méjico por Hernan Cortés.— Alteracion de la Castilla.— Comunidades.— Guerra civil.— Derrota de los comuneros: castigo de su gefe Padilla y otros.— Estincion de la Germania de Valencia.— Invasion de la Francia en la Navarra.— Alianza entre el Papa y el emperador.— Guerra de Italia: fallecimiento del Papa Leon X y eleccion de Adriano: los franceses toman á Fuenterrabia.— Enrique VIII ataca la Francia.— Llegada de Carlos á España: su clemencia y grandeza de alma: hace un tratado con el duque de Borbon y con Enrique VIII.— Los españoles y los alemanes son rechazados en la Borgoña y en la Guyena.— La España recobra á Fuenterrabia.— Operaciones de Borbon y del marques de Pescara en Italia: Francisco I sitia á Pavia: es vencido y hecho prisionero: conducta del emperador con este monarca: negociacion

—Liga de los protestantes : muerte de Lutero. — Turbulencias en el Perú. — Descubrimiento del Potosí. — Muerte de Enrique VIII y de Francisco I. — Conspiracion en Génova sofocada. — Muerte de Hernan Cortés. — Formulario denominado el Interin. — Viage del príncipe D. Felipe á Flandes. — Fin de las disensiones del Perú. — Conducta del príncipe Mauricio con los protestantes y con el emperador. — Tratado de Passaw. — Matrimonio del príncipe D. Felipe con María , reina de Inglaterra. — Muerte de la reina Doña Juana. — Abdica Carlos el dominio de Flandes y de Borgoña en Felipe : notables palabras con que exhorta á este á gobernar sus pueblos : renuncia luego en favor del mismo la corona de España : concluye una tregua con la Francia : abandona la corona imperial á su hermano : retirase á España al monasterio de Yuste, en donde fallece dos años despues : su caracter.....

CAP. 36. Conducta de Paulo IV con

Felipe II: repugnancia de este monarca á entrar en guerra con la Santa Sede: invade el duque de Alba el estado eclesiástico: hace treguas.— Sitio y rendición de San Quintín.— Reconciliase Felipe con el Papa.— Batalla de Gravelinas.— Paz de Cateau-Cambresis.— Vuelta de Felipe á España: pérdida ocasionada en la flota por un huracán.— Matrimonio de Felipe con Isabel.— Desgraciada expedición contra Trípoli: heróico valor de D. Alvaro de Sande.— Hassen, rey de Argel, sitia á Mazarquivir, y se ve obligado á retirarse.— Toma del Peñon por los españoles: publicacion del Concilio de Trento.— Soliman ataca á Malta: heróica defensa del gran maestro de la Orden, la Valette, y de los Caballeros: los turcos son derrotados por los españoles.— Alteracion de los Países-Bajos: administracion de la duquesa de Parma: castigo del señor de Montigni y otros.— Nombroamiento del duque de Alba para pasar á Flandes: caracter del principe D. Car-

los.—Conducta del duque de Alba en los Países-Bajos.—Escesos del príncipe D. Carlos: su arresto: su muerte.—Severas medidas del duque de Alba: expedición del príncipe de Orange: mal éxito de ella.—Insurrección de los moriscos de Granada: reduce los D. Juan de Austria á la sumisión.—Nueva alteración en los Países-Bajos: guerra con los turcos: batalla de Lepanto: expediciones del Duque de Alba: su retiro.—Sucédele Requesens: gloriosa expedición de D. Juan de Austria contra Tunez.—Pérdida de la flota de Amberes: sitio de Leide.—Invasión de la Celandia.—Muerte de Requesens.—Reclamaciones é insolencia de los soldados.—Gobierno de D. Juan de Austria.—Pacificación de Gante.—Edicto perpétuo.—Conducta de D. Juan de Austria con los Estados: eligen estos por gobernador al archiduque Matías.—Envia Felipe á Alejandro Farnesio á Flandes: sufre un descalabro D. Juan de Austria: enferma y muere: sus prendas.—Toma de

Mastrik.— *Estado de Portugal: aspirantes á esta corona.*— *Sométese el Portugal al duque de Alba.*— *Pasa Felipe á Lisboa á tomar posesion de aquel reino, y es proclamado.*— *Insurreccion de las Islas Azores contra Felipe: reprime-la el marques de Santa Cruz.*— *Las Provincias-Unidas de los Paises-Bajos eligen por soberano al duque de Anjou.*— *Proscribe Felipe al principe de Orange: procura este justificarse por medio de un manifiesto: tentativa para asesinarle.*— *Perfidia del duque de Anjou: prudencia del de Orange: muere asesinado: su caracter.*— *Rápidos progresos de los españoles.*— *Alianza de los Estados con la Inglaterra: el conde de Leicester nombrado gobernador de los Paises-Bajos protestantes: su mala administracion.*— *Hostilidades cometidas por los ingleses en las posesiones españolas de las Américas.*— *La escuadra Invencible: su destruccion.*— *Los ingleses rechazados en la Coruña y Lisboa: asesinato de Enrique III de Francia: Felipe declarado protector de la*

Liga.—Operaciones de sus armas en esta calidad: muerte de Alejandro Farnesio.—Antonio Perez: alteraciones en Aragon: castigo del Gran Justicia Lanuza y de otros.—El archiduque Alberto toma el mando de los Países Bajos: sus expediciones.—Los ingleses saquean á Cádiz.—Envia Felipe una escuadra á Irlanda: su fatal resultado.—Tratado de paz entre España y Francia.—Enfermedad y muerte de Felipe: su caracter. 94

CAP. 37. *Felipe III.—Influencia del duque de Lerma.—Estado de la España.—Operaciones de la guerra en los Países-Bajos — Expediciones malogradas de Argel y de Irlanda.—Paz con la Inglaterra.—Combate naval en el estrecho de Gibraltar entre la flota holandesa y la española.—Tregua de doce años —Espulsion de los moriscos de España —Asesinato de Enrique IV.—Doble alianza entre sus hijos, y los de Felipe.—Expediciones del marques de Santa Cruz y del duque de Osuna en la costa de Berberia.—Matrimonio*

del príncipe de Asturias con la hermana de Luis XIII, y de este monarca con la infanta de España.—Guerra con el duque de Saboya.—El duque de Lerma obtiene el capelo: su desgracia: la de D. Rodrigo Calderon. — Guerra de Alemania — Desgracia del duque de Osuna.—Indisposicion y muerte de Felipe III..... 161

CAP. 38. *Felipe IV. — Ministerio del conde de Olivares. — Negociaciones matrimoniales entre la Inglaterra y la España. — Liga entre la Francia y sus aliados contra el imperio y la España. — Viage de Felipe á Aragon y Cataluña.— Situacion de la España. — Política tortuosa de Olivares. — Conspiracion en Flandes. — Invasion en Francia. — Apuros de la España. — Insurreccion de la Cataluña. — Conspiracion en el Portugal. — Muerte del cardenal Infante.— Sucesos de la guerra en Cataluña, en Alemania y en los Paises-Bajos. — Destitucion de Olivares. — Su sucesor. — Muerte de la reina: reconocimien-*

<i>to de D. Juan de Austria y su nombramiento de generalísimo de mar. — Matrimonio del rey con Doña Mariana de Austria; insurreccion de Nápoles. — Paz con la Holanda. — Conspiracion en Madrid contra la vida del monarca, y su resultado. — Don Juan de Austria en Cataluña. — Negociaciones de paz. — Tratado de la Isla de los Faisanes en el Vidasoa. — D. Juan de Austria en Portugal. — Batalla de Montes-Claros. — Enfermedad y muerte de Felipe IV. — Su caracter.</i>	176
CAP. 39. <i>Advenimiento de Carlos II. — Caracter y conducta de la reina regente. — Paz con el Portugal. — Guerra con la Francia. — Retírase D. Juan de Austria á Aragon. — Separacion del P. Nithard de los negocios: su desinterés. — Ambicion y manejos de D. Juan de Austria. — Triple alianza entre la Inglaterra, la Francia y la Suecia. — Ministerio de Valenzuela. — Desgracia de la regenta. — Ministerio de D. Juan de Austria, y</i>	

suerte de Valenzuela.—Paz de Nime-
ga.—Casamiento del rey con la prin-
cesa Luisa de Orleans.— Muerte de
D. Juan de Austria: su caracter.—
Estado de la España.—Ministerio del
duque de Medinaceli: baja de la mo-
neda.— Guerra con la Francia y su-
cesos de ella.—Tregua de Ratisbona.
—Ministerio del conde de Oropesa.—
Liga de Augsbourg.—Muerte de la rei-
na: pasa el rey á segundas nupcias
con Doña María Ana, hija del elec-
tor Palatino.—Conquistas de los fran-
ceses en Alemania.—Dimision del con-
de de Oropesa.—Sucesos de la guerra
en Cataluña.— Muerte de la reina ma-
dre.—Toma de Barcelona por los fran-
ceses.—Paz con la Francia.—Miras
de Luis XIV con respecto á la suce-
sion de la corona de España.—Trata
el rey de este asunto en un consejo
extraordinario.— Trama ridícula para
hacer creer que el rey estaba hechiza-
do.—Tumulto de Madrid apagado.—
Testamento de Carlos á favor del du-
que de Anjou y su muerte: su buen

<i>natural.</i>	210
CAP. 40. <i>Advenimiento de Felipe V: su conducta. — Guerra de Italia. — Insurreccion de Nápoles. — Bodas de Felipe: su viage á Italia: su victoria en Luzara: su vuelta á Madrid. — La escuadra combinada de Inglaterra y Holanda se apodera del Puerto de Santa María y de Rota — Destruccion de la flota de Vigo. — El Archiduque Carlos proclamado rey de España en Viena. — Marcha Felipe contra él á Portugal. — Pérdida de Gibraltar — Esfuerzos inútiles para recobrar esta plaza — El archiduque reconocido en Valencia, Cataluña y Aragon: retirase Felipe á Burgos: los aliados ocupan la capital y proclaman á Carlos III. — Entrega de las galeras de Cartagena á los ingleses. — Entusiasmo de la Castilla en favor de Felipe. — Retírase el archiduque á Valencia y entra Felipe en Madrid. — Mallorca y Menorca reconocen á Carlos. — Pérdida de los Países Bajos. — Batalla de Almansa. — Reduccion de Valencia y</i>	

Aragon. — Nacimiento del principe Don Luis. — Entrégase el reino de Nápoles al emperador, y la Cerdeña á los ingleses. — Negociaciones de Luis XIV. — Progresos de los aliados en España: ocupa Carlos segunda vez la capital. — Toma el mando de las tropas de Felipe el duque de Vandoma: vuelve Carlos á Barcelona. — Rendicion de Brihuega, y victoria de Villaviciosa. — Preliminares de paz. — Sucesos de la guerra en España. — Paz de Utrecht. — Toma de Barcelona. — Muerte de la reina María Luisa. — La princesa de los Ursinos: su caracter. — Matrimonio de Felipe con Doña Isabel de Farnesio. — Caída de la Ursinos. — Alberoni y el cardenal Giudice. — Rendicion de Mallorca. — Invasion de la Sicilia. — Guerra entre España y Francia. — Desgracia de Alberoni: facilita la paz. — Socorro y libertad de Ceuta. — Investidura de los ducados de Parma y de Toscana en el infante de España Don Carlos. — Felipe abdica la corona en

- el príncipe D. Luis.— Muerte de este monarca.— Ocupa Felipe segunda vez el trono. — Ministerio y caída de Riperdá. — Preliminares de paz. — Enlaces del príncipe de Asturias con Doña Maria Bárbara de Portugal y del del Brasil con la infanta de España Doña Maria Victoria. — Tratado de Sevilla con la Inglaterra. — Pasa el infante D. Carlos á Italia á tomar posesion de sus estados. — El conde de Montemar toma á Mazarquivir y á Oran.— Nápoles y Sicilia reconocen por rey á Don Carlos.— Muerte de Patiño : sus prendas.— Matrimonio del rey de Nápoles D. Carlos con Doña Maria Amalia de Sajonia.— Ereccion de las academias de la historia.— Convenio del Pardo con la Inglaterra.— Combate naval en las costas de Provenza. — Batalla de Fontenoy.— Muerte de Felipe V.— Sus virtudes. 232*
- CAP. 41.** *Advenimiento de Fernando VI: su caracter benéfico. — Sucesos de la guerra en Italia. — Paz de Aix-la-*

Chapelle.—Pacíficas miras de Fernando.—Sus virtudes.—Estado de la España.—Monumentos de la beneficencia de Fernando.—Su muerte. 264

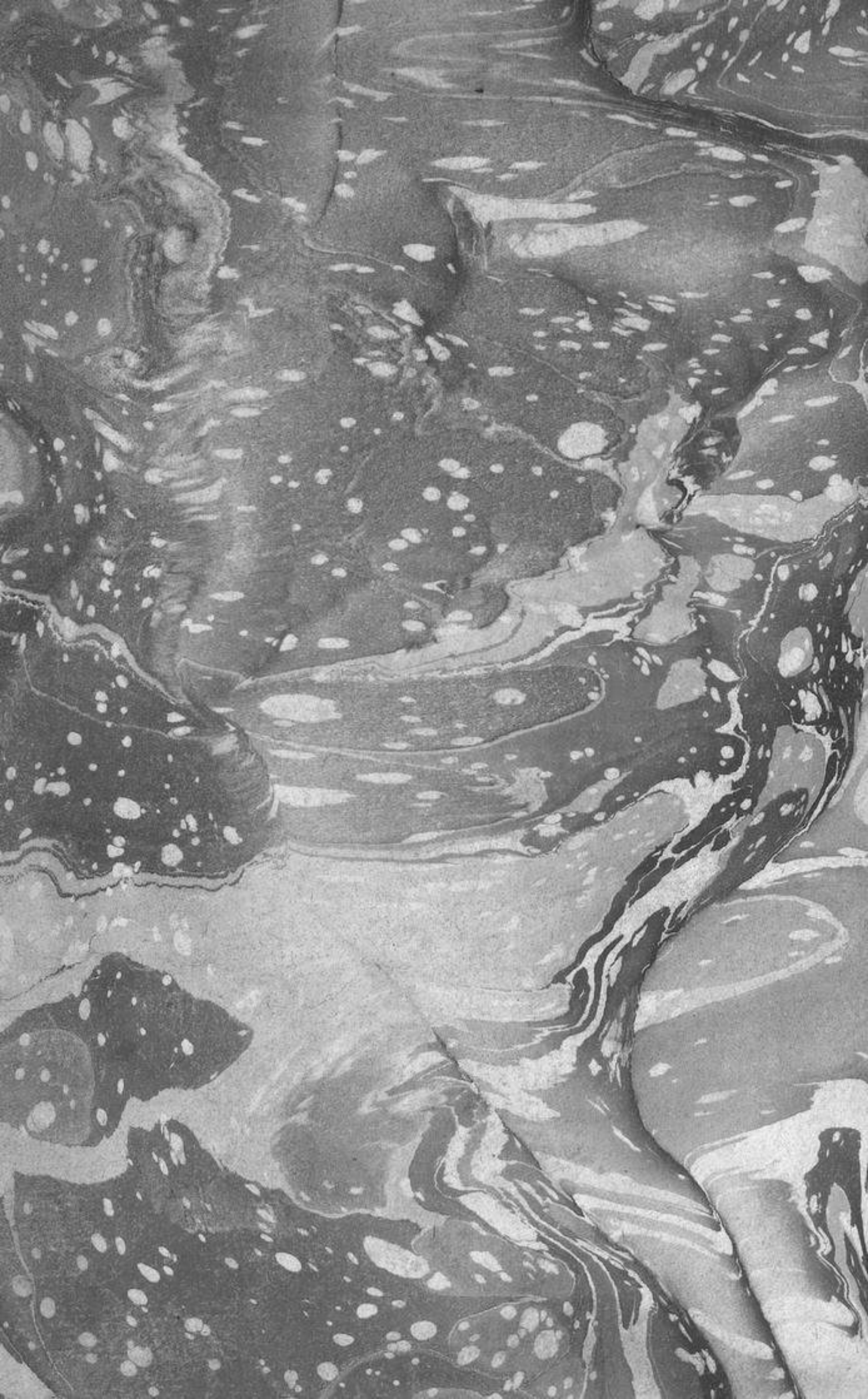
CAP. 42. Advenimiento de Carlos III:

sus primeros pasos.—Pacto de familia con la Francia.—Guerra con la Inglaterra y el Portugal.—Hostilidades de los ingleses en América.—Conclusion de la paz.—Sábias y benéficas medidas de Carlos III.—Alboroto popular en Madrid sobre los sombreros.—Espulsion de los jesuitas.—reformas en la administracion y en la Milicia.—Poblacion de Sierramorena.—Institucion de la Orden de Carlos III.—Arreglo de la moneda.—Espedicion desgraciada de Argel.—Invasion de los portugueses en las provincias del rio de la Plata, y su resultado.—Ministerio del conde de Floridablanca.—Paz con el Portugal.—Guerra con la Inglaterra.—Operaciones de la guerra en América.—Sitio de Gibraltar.—Toma de Mahon.—Infausto éxito de las operaciones sobre Gibral-

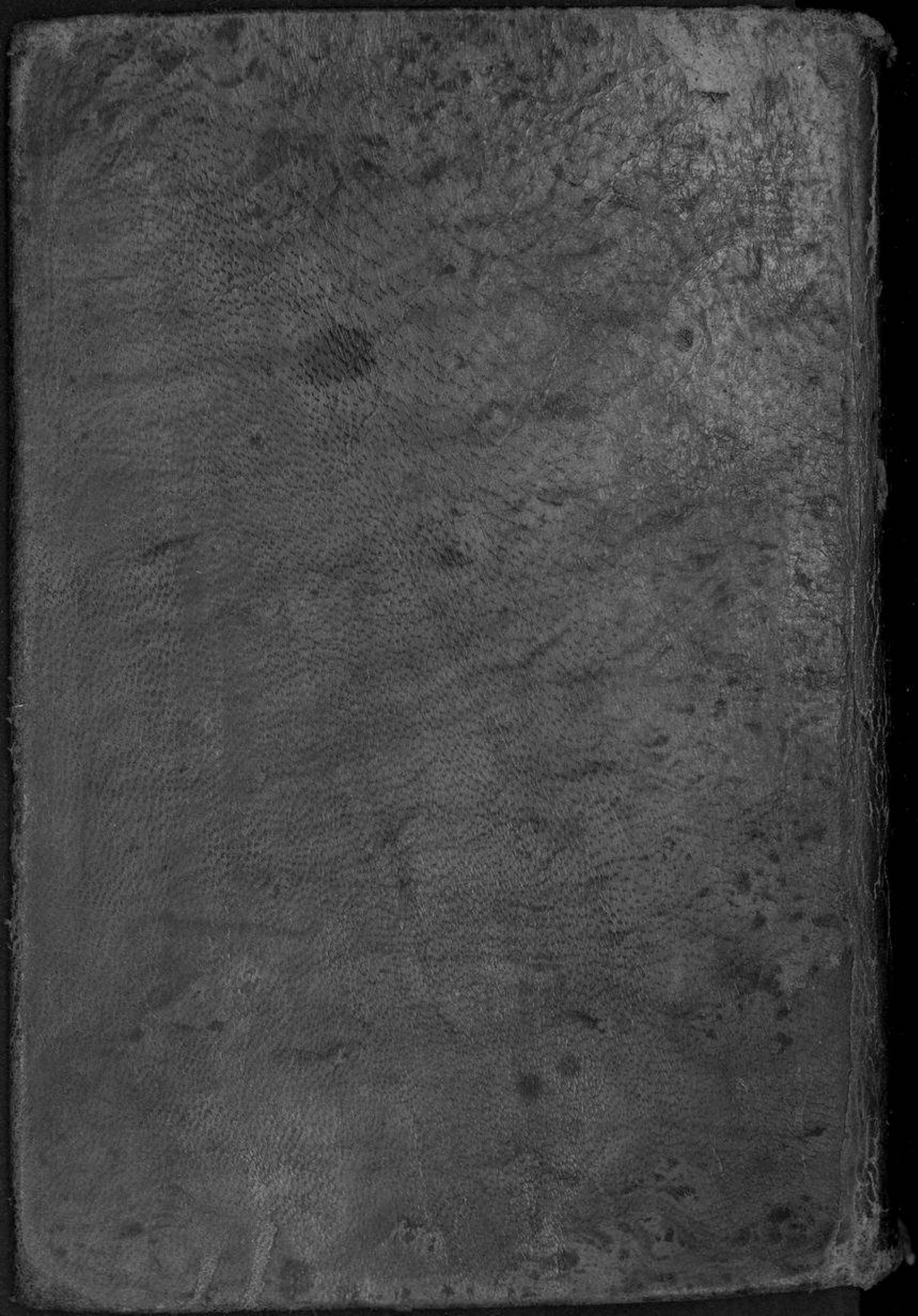
tar.—Paz con la Inglaterra.—Tratado con el Gran Señor.—Bombardeo de Argel.—Nacimiento del príncipe Don Fernando, que hoy felizmente reina.—Treguas con Argel y paz con Tripoli.—Monumentos de la beneficencia y sabiduría de Carlos III.—Fallecimiento del Infante D. Gabriel: su traducción del Salustio.— Muerte de Carlos III, y fin de este Compendio..... 271



Januarius
Guedo 28-VII-
1949







ESCOSURA
COMPENDIO
DE LA HIST.
DE ESPAÑA

2